

PARAGUAY/

CATALO BOGADO BORDÓN NACÍÓ EN VILLARRICA EN 1955.

Insurgencias del recuerdo es una colección de cuentos que recupera la memoria colectiva de sectores oprimidos del Paraguay rural profundo. Sectores que usualmente no cuentan la Historia, y que tampoco son contados por ella.

La narrativa de Catalo Bogado Bordón contrapuntea la versión dominante de los hechos (que instaura los silencios, los olvidos: la que resguarda y protege los traumas de la memoria) y se propone como discurso contrahegemónico que avanza, bello y activo. Con un doble propósito –artístico y político–, este libro procesa fragmentos extraídos de la memoria colectiva paraguaya con ánimo de protesta. Denuncialista y rebelde, uno de sus fines es recuperar la memoria de hechos sombríos de la historia del Paraguay moderno para arrancarlos del olvido colectivo en el que cayeron para beneficio de quienes los cometieron.



INSURGENCIAS DEL
RECUERDO

Bogado Bordón, Catalo
Insurgencias del recuerdo. Muñecas 970 / Catalo Bogado Bordón y
Mariano Fiszman; con prólogo de Rocco Carbone y Ana Ojeda - 1a.
ed. - Buenos Aires: El 8vo. Loco, 2009.

320 pp. ; 19x14 cms - (69/ Argentina es Latinoamérica; 3)

ISBN 978-987-22685-6-5

1. Literatura Latinoamericana. 2. Literatura Argentina. I. Fiszman,
Mariano II. Carbone, Rocco, prolog. III. Ojeda, Ana, prolog. IV. Título

CDD HA860

colección 69/ Argentina es Latinoamérica

#1: Ojeda • Fiszman

#2: MoralesBermúdez • Ferrari

Diseño **LU**

grafica@el8voloco.com.ar

© EL 8VO. LOCO EDICIONES, 2009

Castro Barros 980 2° D/ Ciudad Autónoma de Buenos Aires

info@el8voloco.com.ar

www.el8voloco.com.ar

HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11.723

IMPRESO EN ARGENTINA - *Printed in Argentina*

catalogo**bogadobordón**

INSURGENCIAS DEL RECUERDO

SEGUIDO DE UNA PRESENTACIÓN A CARGO DE
ROCCO CARBONE



EL 8vo. LOCO
EDICIONES



ÍNDICE

La escuela	9
La clausura.....	13
Crónica de un sobreviviente del Ycuá Bolaños	15
Galeano Tavy.....	37
El amor de la memoria	45
Encuentro.....	105
Memoria de la soledad.....	107
El aire que el ciego se imagina.....	141
 Presentación, a cargo de Rocco Carbone.....	 145

LA ESCUELA

Esa escuela debió llamarse: “Don Vicente Bordón”, sí señor, porque él la construyó con la ayuda de la gente del pueblo. Sin embargo, allí está la placa que dice: Escuela Doña Eligia. Una obrera del Gobierno de la Nación. ¡Mentira! Lo hicimos nosotros, sobre todo don Vicente, que a pesar de la desgracia que tuvo, pues su único hijo se le había muerto de fiebre amarilla, no regateó esfuerzos, se humilló ante los acopiadores de frutos, hasta vendió sus animalitos de corral, para poder comprar algunas herramientas necesarias para la construcción de la escuela por todos anhelada.

9

Si usted lo conociera... ese hombre sí que era bueno y querido; siempre andaba por el vecindario con el machetito al cinto y su sombrero de paja deshilachado hablando con los parroquianos de lluvias o del último novillo que escapó. Era buen conocedor de las yerbas medicinales y... ni hablar de la albañilería, en donde era todo un maestro; pero donde realmente se ganó el respeto de la gente fue con su ejemplar modo de vivir, como un verdadero cristiano. Él encabezaba los rezos cuando había alguna novena y las pocas veces que venía un cura a la aldea, era él quien ayudaba en la celebración de la misa.

No sé cómo, pero ese hombre se las sabía todas; hasta leyes conocía y sin mentirte, te juro, sabía más de éstas que el propio juez de paz y justicia del pueblo; él fue quien insistió y nos llevó a la Capital para gestionar los títulos de propiedad para nuestros

lotecitos; qué bárbaro, el hombre se desempeñaba como un pez en el agua por aquellas oficinas llenas de gente con corbatas coloradas, que hablaban en un castellano amanerado...

Daba gusto ver a ese hombre trabajando... hacheando, asestando o dirigiendo. ¿Se acuerda del camino a Potrero Negro? Era intransitable en los días de lluvia, pero don Vicente con nuestra ayuda lo convirtió en una avenida con puente y hasta con palmeras a los costados.

10 Parece mentira, no teníamos más que tortillas para comer, pero apenas don Vicente movilizaba a la gente y dábamos algunos hachazos empezaban a llegar las campesinas con sus comidas típicas o con algunas gallinas vivas. Tenía el don de despertar en la gente ese espíritu de solidaridad que hoy tanta falta nos hace. Como le decía, esta escuela debió llamarse "Don Vicente". Cada piedra, cada listón de madera pasó por sus manos... y para el techo de zinc contribuimos todos los agricultores, donando nuestros productos, que fueron llevados y vendidos en la misma capital del país.

Fue después de aquel viaje que don Vicente nos habló de la necesidad de juntarnos y trabajar en cooperativas. "Los acopiadores nos están robando los frutos de nuestro sacrificio, al pagarnos por ellos precios totalmente injustos, se están enriqueciendo a expensas de nuestra miseria, aprovechando nuestra ignorancia y abandono, se ponen de acuerdo para fijar los precios y así pagarnos lo más bajo posible." Ninguno de nosotros entendió lo que nos decía, pero le seguimos y vimos los resultados.

Ah... si usted viera la cara que pusieron los acopiadores cuando tras la cosecha llenamos los camiones que nos enviaron los compañeros de la Juventud Católica de Villarrica y levantando polvo fuimos para la ciudad y regresamos al otro día, sólo que con cuadernos, lápices, pizarras, bastimentos, medicinas

para las lombrices, la fiebre amarilla y hasta un pedazo de riel para la campana de la capilla de San Isidro.

Fue como un mes antes de la inauguración de la escuela, ya le estábamos dando los últimos toques de pintura... Cuando un viernes llegaron tres camionetas coloradas de donde bajaron varios hombres vestidos de civil y preguntaron:

—¿Quién es Vicente Bordón?

—Soy yo, para servirlos —les dijo don Vicente.

Y sin más, varios hombres con pistola en mano se le abalanzaron y a golpes lo llevaron hasta una de las camionetas; allí le ataron de manos y pies y... se lo llevaron. Fue la última vez que lo vimos... ¿Qué hicieron con nosotros? Nos llevaron para averiguaciones hasta la delegación de Villarrica y allí nos tuvieron por seis meses incomunicados. Bajo ningún cargo formal, excepto el de subversivos, como siempre nos llaman nuestros torturadores. ¿Ves estas cicatrices? Y tengo otras que no me atrevo a mostrar a nadie... Todo fue para que firmáramos unos papeles que ni idea teníamos de qué se trataban, pero que serían de pretexto para desollarnos cada semana; uno de nosotros, Marcelino, no aguantó más y murió. Así sin más ni menos. Llamaron a su gente para que le retiraran y lo enterraran en el mismo día.

¿Usted oye ese aullido? Es el perro de don Vicente, que sobrevive en el monte gracias a los vecinos, que lo alimentan a escondidas de la policía. Pobre perro, anda por todas partes sin que nadie lo vea, llenando de maldición nuestra aldea con su aullido de desconsuelo.

LA CLAUSURA

Fue un día aciago para mi pueblo cuando Tomás Cubilla salió de entre las tinieblas del cañaveral con una linterna en la mano y gritando: “Dénme un fusil, carajo”.

El pueblo entero se había volteado para mirarlo. Era sólo el rastrojo de aquel joven que un día marchara a trabajar para la compañía azucarera. Su piel tenía unas arrugas negras que azuzaban y atraían a las zumbantes moscas azules, pero que a los piojos les repugnaban y apenas tomaban alas las abandonaban. Aquel hombre gusanoso, carcomido por la sombra, la desesperanza y la miseria, asombró a los muchachos, cuyas ilusiones se evaporaron, pues ellos sabían que su futuro estaba también en el ingenio, y las muchachas, al notar las angustias reinantes, cortaron las alas de sus sueños de un tajo y las guardaron bajo piedra inamovible.

13

Ante aquella peste en erupción que era Tomás Cubilla, los niños se morían de miedo y los fetos de nueve meses se aferraban aún más al útero de sus madres.

Las ancianas se ahorcaron con sus escapularios y los temblorosos viejos se refugiaron en fosas cavadas en las profundidades de los cementerios, en donde fueron mordisqueados por las ratas del silencio, de las cuales fueron cómplices por décadas.

En las colinas cercanas, en donde se refugiaron, los perros aullaron hasta morir de tristeza. Y sus osamentas ahuyentaron a todos los duendes de la leyenda de la Fertilidad.

A la semana siguiente aparecieron los del ejército junto con los agentes de la compañía azucarera y lo llevaron a Tomás (no se sabe si vivo o muerto). Pero quedaron como mil soldados para limpiar las veredas por donde caminó el infeliz fugitivo.

Año después, al retirarse dinamitaron las vías de San Agustín hasta el km. 17 y los puentes que con tanto sacrificio y muerte habían construido los prisioneros bolivianos de la guerra del Chaco.

Así clausuraron los caminos de salida de la compañía que llevó el progreso a aquella tierra obsequiosa, de gente creyente, sumisa y servicial.

De Tomás Cubilla nunca más se supo nada.

CRÓNICA DE UN SOBREVIVIENTE DEL YCUÁ BOLAÑOS

Con profundo respeto a lo familiares de las víctimas del Ycuá Bolaños.

C.B.B.

I

15

A las 10:45 del día domingo 1º de agosto de 2004 hubo una tremenda explosión en el supermercado Ycuá Bolaños del barrio Trinidad de Asunción que movilizó a todo el país. El accidente, de graves consecuencias, según los técnicos que vinieron de los Estados Unidos de Norteamérica, se originó en una insignificante chimenea del patio de comidas, pero las llamas, esparcidas por la explosión, recorrieron como un tornado el piso del local, terminando en el acto con la vida de unas cuatrocientas personas. Aunque, para mayor desgracia, algunos no murieron inmediatamente.

Como es común en estas ocasiones, se registraron incidentes de toda naturaleza; allí se vio gente verdaderamente cobarde, ladrona y heroica. Pero se destacó nítidamente entre todos aquellos, por su valentía, la desesperada acción de un hombre de camisa blanca y pantalón azul que, a los pocos segundos de producirse la explosión, llegó corriendo de la calle y desafiando la gran humareda se lanzó al interior del edificio en llamas en busca de víctimas.

Al final de la jornada, al menos seis personas le debieron la vida a la heroica acción de aquel arrojado hombre. Contaban los bomberos que el anónimo personaje no quiso desistir de su humanitaria labor de rescate a pesar de que su rostro, sus brazos y sus manos ya habían recibido horribles quemaduras, y de que toda esperanza de salvar más vidas ya estaba abandonada definitivamente debido a la intensidad del humo, las llamas y la posibilidad inminente de un derrumbe.

Ninguno de los muchos curiosos, empleados, policías y bomberos pusieron límite a sus elogios, todos coincidieron en que el hombre era como un torbellino que atravesaba el humo y las llamas, una y otra vez, como si no existieran; en que parecía imposible que un solo hombre pudiera hacer tanto en tan poco tiempo.

16

Al día siguiente de la tragedia, como es corriente, los periódicos hablaron largamente del siniestro, de las víctimas y del héroe anónimo. Dijeron que a causa del esfuerzo había perdido el conocimiento, pero que, gracias al testimonio de un chofer de ambulancia se había podido conocer su identidad: se trataba nada más y nada menos que del intendente de la ciudad.

El heroico jefe comunal había pasado la noche en el hospital y, en algún momento, los radios habían informado que se temía por la pérdida de una de sus manos. Entre tanto, la mirada de todo el país no se apartaba del televisor; pues la prensa, con ese entusiasmo epidémico que en parte conduce y en parte sigue el capricho de su público, decidió unánimemente que se trataba de la “gran noticia” del momento. Los canales de televisión interrumpían cada cinco minutos su programación para dar flashes informativos sobre el estado de salud del intendente, y los periódicos estamparon, en primera página, la fotografía del

joven líder municipal, de cuando era candidato y prometía a la ciudadanía: salud, educación, trabajo, honestidad y seguridad.

En el hospital, por orden del director médico, no se permitió el ingreso de los periodistas a la sala donde reposaba el jefe comunal. Pero, a través de las cámaras de televisión, que a hurtadillas montaron los camarógrafos en las ventanas, se pudieron ver las piernas y los brazos vendados y la cara semicubierta de gasa, con una expresión de cansancio y algo de tristeza. Ver a aquel buen hombre con el rostro meditabundo y las extremidades vendadas, tirado sobre la blanca sábana de la camilla en la sala fría del hospital era impresionante. Y algunas mujeres aseguraron que si perdía la vida, aquel hombre tenía que ser el segundo santo paraguayo.

Algunos cronistas de los varios medios de difusión que cubrían el hospital, viendo que no podían acercarse al jefe comunal, decidieron ir en un solo enjambre del centro de salud al domicilio del intendente, a fin de entrevistar a la esposa, a algún familiar o, al menos, a algún vecino. Al llegar a la residencia, en la entrada de la lujosa mansión encontraron a un hombre joven muy bien dispuesto para contestar cualquier pregunta; era el encargado de la seguridad de la casa y de la familia. Así, entre otras cosas, se supo que hacía tres días que la esposa y los hijos del jefe comunal habían salido de vacaciones rumbo a la ciudad de Buenos Aires, y que la casa estaba por el momento deshabitada.

La revelación hecha por el guardia de seguridad hizo que el interés por el “caso del intendente” aumentara enormemente, pues según deducciones, el señor intendente había preferido atender sus obligaciones con los ciudadanos que ir de vacaciones con la familia... Las afirmaciones periodísticas situaron el heroísmo del jefe comunal en cumbres más elevadas todavía que antes. Uno de los principales comentaristas de la televisión, el periodista Charly

Martín, halló tema para un largo y conmovedor artículo, y un coro de alabanzas se elevó desde todos los rincones del país. Incluso, uno de los más prestigiosos columnistas de Buenos Aires, el señor Gilberto Santacruz, escribió –un día después– en *El Diario*: “Muchos, sin duda, hubieran hecho lo mismo por sus seres queridos, pero la abnegación y la devoción de este líder comunal fueron para completos desconocidos, y en ello demostró ser digno, de un modo magnífico, de su posición de jefe comunal. En estos días en que tanto se habla del fracaso de la ‘clase política’ para atraer y orientar a las masas, la abnegada bravura de este intendente colorado arrancó una nota cuyos ecos serán más ruidosos que la gritería de sectarios opositores”.

18 A las 9:15 horas del martes 3 de agosto, un ciudadano que leyó el conmovedor artículo de *El Diario* llamó sin identificarse a la redacción para decir que en todas aquellas lacrimosas historias sobre el jefe comunal había un gran error. Dijo: “un gran error involuntario”. Pero también dejó entrever que se trataba de una patraña premeditada para confundir a los lectores, para distraer la atención de la gente del principal problema que condujo a la enorme tragedia ocurrida en el supermercado. Una tragedia que se debía exclusivamente a la desidia, a la irresponsabilidad del administrador municipal de la ciudad, y que si querían verificar sus afirmaciones, podían recurrir al aeropuerto brasileño de Foz de Iguazú y aguardar a los pasajeros del vuelo 303 de la empresa aérea Mercosur, que cubre el trayecto Buenos Aires-Foz de Iguazú, que allí encontrarían al nombrado intendente de la ciudad... Los potentes focos de la prensa se concentraron entonces sobre el aeropuerto y en el jefe comunal que, efectivamente, llegaba de la capital argentina.

Requerido sobre su ausencia de la ciudad en momento tan crítico y sin contar con el correspondiente permiso de los ediles,

el intendente respondió que se debió a una “emergencia familiar”, que había vuelto por el Brasil porque apenas enterado de la tragedia había buscado la manera más rápida de estar con su gente, y que esa vía era la única disponible para llegar lo antes posible; que de ninguna manera era, como se insinuaba, para entrar de incógnito y ocultarse de la prensa... Desde ese momento, el hospital de los quemados quedó en silencio con su anónimo, pensativo y vendado paciente.

Debido a una información errónea que diera el chofer de la ambulancia a la gente del hospital, el hombre a quien después llamarían en guaraní *Bolaños jary'i*—por vivir rondando siempre los muros de aquel edificio siniestrado—, había llegado a ser por unos pocos días el más famoso de los héroes. Sí, sólo por un malentendido los medios de difusión se habían disputado fieramente por publicar su historia, su foto y la de su familia junto a las crónicas que relataban la gran tragedia del incendio del supermercado; después, cuando se dieron cuenta de que no era nadie “importante”, se olvidaron de él y de su heroico acto. Tanto que, también en el hospital, enseguida lo cambiaron de sala y le dieron el alta. Tuvo que abandonar solo el centro de salud, con las heridas a medio curar, sin que a nadie interesase su destino.

Lo dejaron salir caminando una mañana, apenas amaneció. Solo. Anduvo por mil veredas, sin saber lo que es cansancio, hambre o sed, sin importarle el calor reverberante del mediodía ni el frío aliento de la noche. Tal vez anduvo procurando encontrarse a sí mismo, pues una nube de humo negro se había apoderado de su memoria y le impedía acceder a sus recuerdos. De tanto andar por las interminables veredas de las inmediaciones del supermercado siniestrado, los vecinos del barrio se fueron familiarizando con su figura y lo bautizaron *el fantasma del Bolaños*.

El fantasma del Bolaños. ¿Quién no conoció a aquel personaje de andar alocado y a veces solemne de las calles del barrio Trinidad? Aunque, la verdad, no me extrañaría si alguien me dijera que no. Somos un pueblo muy desmemoriado. Un par de años después, pocos son los que guardan memoria de las cosas que sucedieron aquel 1° de agosto de 2004. Pues las telenovelas, los mundiales de fútbol y las llamas de tantas otras basuras unidas a la inclemencia del tiempo las fueron borrando del cielo de los recuerdos, como se borró aquella inmensa humareda negra del fatal incendio que enlutó el hogar de miles de familias paraguayas y el del personaje cuya historia les vengo refiriendo.

20

Estoy seguro de que usted lo vio alguna vez, aunque sea en la televisión o en la página amarilla de algunos de los periódicos..., permíteme que insista; no puedo resignarme a creer que usted no sepa nada sobre él. Al menos en Asunción todo el mundo comentaba sus actos de locura por las calles. Por eso me extraña mucho que usted me diga que no ha escuchado nada... Si procura un poco se va a acordar, es cuestión de refrescar su memoria. Lo que pasa es que uno ve y escucha todos los días en la radio, en la calle y en la televisión la misma porquería, y una vez que la curiosidad de la mente se harta, como para sobrevivir, se defiende desentendiéndose de las cosas que son demasiado cotidianas y triviales, y a veces también desecha las que son realmente memorables.

Fíjese en este detalle: al principio de 2005 la gente iba hacia el Botánico, a pie o en auto, para ver el esqueleto del edificio incendiado, y de paso preguntaba por el personaje de los baldes que mojaba a los transeúntes. Años después, allá por 2007, la presencia de aquel hombre harapiento, ya ni de los muchachos

más curiosos del barrio llamaba la atención; pues ellos habían crecido con la constante de esa presencia llena de feas cicatrices y la tomaban como un complemento grotesco del paisaje de la Asunción moderna.

Pero sí, según me confirmó el padre Boccelli de la iglesia de Trinidad, allá por los años 2005 y 2006, aquel extraño personaje familiar a los vecinos del barrio como el fantasma del Bolaños, era muy conocido; deambulaba por las calles a toda hora, indistintamente en las gélidas noches de invierno como en las bochornosas siestas del verano; pasaba entre la gente reunida en la parada de colectivos de las avenidas Artigas y Santísima Trinidad como un ser inmaterial, con una sarta de baldes colgados de sus sarmentosos brazos.

De repente, cuando la noche de su pasado se posesionaba de su espíritu atormentado con saña devastadora, como no encontrando la manera de defenderse, se detenía un rato, apoyándose en algún muro y esperaba que se levantara el oscuro velo de los recuerdos que le arrancaba un río de lágrimas. Los transeúntes advertían el efecto de aquel tremendo alud que lo aterraba; sin embargo, proseguían su marcha sin interesarse en demasía por él. La ciudad en su eterno movimiento impedía a las personas detenerse ante la descompostura de un prójimo, y hasta forzaba a éste a retomar su camino de sonámbulo, tras unos minutos de agonía.

El fantasma, indefectiblemente, iba hasta la canilla de agua instalada en la gasolinera de la esquina de las avenidas ya mencionadas; allí llenaba sus recipientes y tras una breve y desesperada corrida los vaciaba sobre cualquier objeto de la calle, para luego correr a llenarlos nuevamente. Había días en que aquella actividad era tan frenética que exasperaba a la gente que miraba.

Un morbosos, quizá natural, deseo de conocer de cerca la personalidad de aquel hombre insano, me llevó en varias ocasiones

a intentar entablar conversación con él, mas fue inútil: con su gesto cansado y sus borrosos ojos de mirada perdida, parecía no ver ni oír nada de lo que pasaba a su alrededor. Vivía, aparentemente, en un mundo donde sólo importaban aquellos baldes que llevaba en las manos callosas y el grasiento grifo del surtidor.

22 Innumerables veces me pregunté cuál sería la causa de aquella “bomberomanía” inofensiva que hacía que aquel hombre, robusto y fuerte, venerase con unción mística, con un absurdo fetichismo, todos los recipientes vacíos que encontraba en su camino. Una calurosa siesta de enero del año 2008, en que el sol reverberaba como nunca sobre el asfalto y todas las cosas parecían refugiarse en sí mismas, yo estaba procurando sacar unas fotos a dos árboles panzudos de *samu-u* que crecían como siameses, bien pegados al muro de la iglesia, cuando de repente vi al fantasma que venía a toda marcha en dirección a la iglesia de Trinidad. Traía en ambas manos varios recipientes vacíos. Cuando pasó a mi lado, lo saludé como si lo conociera bien, desde la sombra del *sam'ú*; como de costumbre, pareció no darse cuenta de mi presencia y, solemne, sordo y mudo, prosiguió su caminar por la vereda de la avenida hacia la playa de estacionamiento del surtidor.

Lo seguí brevemente y al llegar a la calle Bogotá, me adelanté a sus pasos y le entregué un balde de plástico que me dio la limpiadora de la iglesia. Al recibir el recipiente, pese a su indiferencia me pareció ver en sus ojos perdidos el florecimiento de una luz lejana y una leve sonrisa. Miró hacia arriba, el cielo resplandecía como un globo infinito de luz azulada, sin nubes. Respiró con vigor y al sentir que el aire le aumentaba las fuerzas en todo el cuerpo, caminó a pasos elásticos de atleta, como si su corazón recobrara la juventud y el vigor de antaño. Lo seguí sigilosamente desde varios metros de distancia con la esperanza de hablarle más tarde.

Llegó junto al grifo y, con desesperación, llenó uno a uno los baldes que, en su mayoría, no eran más que unas cuantas latas de pintura vaciadas; parecía que todo su alma rudimentaria y simple se hallaba concentrada en aquella inocente, pero a la vez extraña tarea, pues la cumplía con la gravedad solemne de un rito, con toda la delicada solitud de un perito y con la delectación voluptuosa de un iluminado. No sé porqué, quizá por lo misteriosa que me resultaba su actitud, pensé que aquel hombre no era humano, que más bien podía ser la encarnación de un mito de la leyenda popular, un *carai pyharé* desquiciado de su natural dimensión, o algo parecido.

En el surtidor, una vez llenado el último recipiente, el fantasma se irguió con los cacharros ensartados en sus endurecidas manos y miró a su alrededor; recién entonces pareció darse cuenta de mi presencia. Con los baldes llenos de agua, se hallaba como transfigurado: toda la inexpresiva dureza habitual de su semblante había desaparecido; una claridad astral nimbaba su rostro que entonces me pareció hermoso y creí ver brillar, en el fondo de sus ojos, lágrimas de ternura infinita. Todo él era una beatitud extática, como si al llenar aquellos recipientes hubiese pasado sobre su espíritu dormido una mano milagrosa y taumaturga.

Al verme sorprendido por el fantasma, sentí como un remordimiento e intenté alejarme; pero con voz dulce y melancólica, que nunca creí pudiese brotar de aquella boca sellada por unos labios afectados por cicatrices que le daban el aspecto de un idiotismo incurable, me dijo triunfante:

—*Ko'avape amboguetama, amboguetama!* (¡Con éstos ya apagaré, apagaré!)

Pero aquello fue sólo un relámpago. Volvió a agachar la cabeza. Las tinieblas de la inconciencia volvieron a velar su cerebro

y su alma; se apagó la lumbre de sus ojos alucinados y su cara volvió a cubrirse con la oscura máscara de la locura. En forma ligera me acerqué y golpeándole la espalda le pregunté:

—¿*Mba'epa che ryke'y peñamboguetaba?* (¿Qué es, hermano, lo que vamos a apagar?)

El hombre levantó la cabeza y se quedó fijo como un monolito, mirándome como un armazón sin alma, sin sentido, como un ser hecho de materiales angustiados y cubierto por fría esencia de cosas indiferentes. De repente, pareció despertarse de su profundo letargo y dándose vuelta, con la vista levantada hacia el horizonte, gritó:

—¡El fuego, el fuego! ¿No ves el humo del incendio?

24 Miré hacia el lugar que indicó con la mirada y, sin dudar un segundo para no darle tiempo para el asombro, le arranqué uno de los baldes que tenía como racimo en las manos y le grité:

—¡*Jabake, jabake pye'e ñambogue!* ¡*Eku'eke pye'e!* (¡Vamos, vamos rápido a apagar! ¡Muévase rápido, corra!)

El pobre insano de un solo salto se me adelantó, corrió esquivando los automóviles que impacientes aguardaban la luz verde del semáforo. Fui tras él hasta llegar a la siguiente esquina de la avenida Artigas; allí derramamos el contenido de nuestros recipientes por la base de la pared del gran edificio abandonado de color rosa.

La coloración del muro —resto de la pared del edificio que una vez, con sus grandes ventanales enrejados y sus puertas de cristales, fuera el supermercado más moderno del país— estaba en visible estado de decadencia y, próximo a la tierra, su desteñido iba en progreso hasta convertirse en un musgo negro.

Tras vaciar mi balde, casi a los pies del fantasma, le grité otra vez:

—¡*Oguema, ñamboguema, oguemama!* ¡*Ndaipori veima tatárendy!* (¡Ya se apagó, lo apagamos, ya están todos apagados! ¡Ya no queda ninguna llama!)

Sudoroso, con los ojos llenos de asombro e incredulidad me miró y, con un tono lleno de dudas, me preguntó:

—¿*Oguema?! (¿Se apagó?!)*

—¡*Oguema, ñamboguepama, kova ko tata na bendyveima mba'eveicha veró, chamigo!* (¡Está apagado, ya apagamos, este fuego ya no tiene ninguna posibilidad de volver a prender ninguna llama, mi amigo!)

El hombre se rascó el cuello y la cabeza nerviosamente no muy convencido, dudando de mis aseveraciones; pero justo en el instante en que se iban imponiendo sobre su juicio las nubes de la duda, los vendedores de frutas y baratijas apostados bajo los semáforos y algunas personas que nos estaban observando desde las paradas de colectivos, en son de burla tal vez, nos aplaudieron fuertemente gritando:

—¡Bieeeeeennn!

—¿Ya ves? ¿Ya ves que apagamos? —le dije, simulando una increíble euforia.

Por suerte, el hombre pareció entender que los gritos y aplausos eran para festejar nuestro triunfo sobre el “incendio”. De súbito, largó los cacharros y, tras acercarse en forma rauda, me abrazó con fuerza. Doblado sobre mi hombro, me repitió en sollozos:

—¡*Oguema*, gracias a Dios apagamos, lo logramos, *ñambogue-makatu*, por fin *ñambogue ko'añamemby!*

Desde aquella tarde, aquel hombre apodado “el fantasma” no volvió a aparecer por el barrio.

Cuánto tiempo, años quizá, el orate aquel estuvo dedicado a cumplir el oscuro designio de ir y venir con los baldes de agua desde la canilla del surtidor hasta la esquina de las avenidas

Trinidad y Artigas. En esto meditaba cuando, puntual, a la hora señalada previamente, la silueta de Tobías, como supe más tarde que se llamaba el popular fantasma de Bolaños, venía asomando en la esquina de las avenidas Sacramento y Trinidad.

Me levanté y fui presurosamente a su encuentro. Sabía que su salud mental estaba recuperada, que la oportuna ayuda profesional de la doctora Cardozo había sido un éxito. Ese día teníamos una importante cita con el cura de la iglesia de Trinidad y un miembro de la extinguida Comisión de Emergencia, para saber realmente qué había pasado con los restos de sus seres queridos.

3

26

Era Tobías Bordón el mozo más guapo y conversador de Kaguaré'i, una humilde aldea de la región oriental del Guairá. Sus fogosos 26 años desarrollados en la vida plena y simple de la naturaleza habían templado sus músculos y su corazón, lejos de los refinamientos de la ciudad que envenenan el alma y atrofian el cuerpo.

Desde los albores de la juventud tuvo que habérselas cara a cara con la vida, pues la muerte de su madre Gabriela lo dejó solo con su padrastro ya anciano al frente de una rica finca que explotaban prudentemente.

Tobías había conocido a Ana María, su compañera, cuando ambos eran muy niños. Cuántas veces Tobías y Ana María se apartaron del grupo bullanguero y sucio de los demás niños de la aldea para irse juntos hasta el bosque cercano a juntar frutas silvestres y a bañarse en el fresco arroyo... Así había nacido el amor puro e ingenuo entre ellos; idilio campesino que brotó bajo el auspicio venturoso de los cielos abiertos, de la ternura

egológica de los campos dilatados y de la límpida pureza de sus almas simples. Amor que en floración violenta encadenó, para siempre, sus destinos.

De un día para otro Tobías, el arrogante saltarín número 9, mimado por todas las mujeres de la aldea y respetado por todos los hombres amantes del buen fútbol, sin dar ninguna explicación colgó los botines y ya no quiso escuchar nada del popular deporte. La flecha de Cupido había herido su corazón; totalmente absorbido por el cariño de Ana María, no hacía otra cosa más que rondar impulsivamente, con sano celo, el rancho de su amada a todas horas.

El padrastro de Tobías, el viejo Pedro Alcántara, notó la aflicción que atormentaba a su hijo y que lo enflaquecía más y más, día tras día. Impregnado de compasión fue a entrevistarse con los padres de Ana María, quienes accedieron gustosos a la propuesta matrimonial, pues Tobías contaba sobradamente con el capital requerido para ser un buen marido; además era un mozo honesto, trabajador y sin vicios.

Tobías recibió jubiloso la buena noticia que le trajo su padrastro quien, al anunciarle la aceptación de los padres de Ana para la unión, prometió darle el rancho con todos sus muebles y enseres de labranza.

—Yo construiré un ranchito a orilla del monte y me iré con mis perros a vivir allá, para que puedas disfrutar de la vida con tu palomita, solos —le dijo.

Tras las reiteradas negativas de Tobías a la idea de mudanza de su padrastro y la insistencia del buen anciano de llevar adelante su proyecto, este último accedió a vivir en compañía de los jóvenes enamorados. Antes de un mes, una tarde de sábado, que en el calendario campesino es más celebrada que todo el domingo, Tobías y Ana María, radiantes de felicidad y juventud,

ante la simpatía y la envidia de la gente, salieron muy juntos de la pequeña capilla de la aldea.

El matrimonio vivió en pleno idilio, en la felicidad absoluta que sólo se encuentra en la vida pura de la gente sencilla; mas la felicidad humana nunca es perfecta ni durable por estar afincada en la tierra. A la hora de cosechar los frutos del duro trabajo agrícola, que debía ser de mayor satisfacción, llegaron los desengaños: no habían quien adquiriese los productos, al menos al precio que el gobierno había garantizado. Don Pedro, no por él mismo sino por la joven pareja, se lamentaba maldiciendo las mentiras del Presidente y a los insaciables acopiadores. Tobías y su mujer no veían aquella situación como el fin del mundo; estaban acostumbrados a sufrir las mentiras de los poderosos capitalinos y de los políticos de la zona. Ellos, como jóvenes, tenían la fuerza y la esperanza de superar los obstáculos con su trabajo y con su amor.

Al año de haberse formado el nuevo hogar, en el pequeño rancho con techo de paja y tapias de barro rojo, con la única asistencia de su marido, Ana María dio a luz al primer vástago de la pareja. Al recién nacido lo llamaron Romario.

4

Una tarde de septiembre, allá por el año 2002, anunciados por los desesperados ladridos de los perros, llegaron montados en una lujosa camioneta pidiendo un vaso de agua, un brasillero y un conocido dirigente político de la zona; los visitantes, tras felicitar a los dueños por el buen estado del rancho, les preguntaron si estarían interesados en vender la tierra.

Tobías, sorprendido por la inesperada pregunta, los miró de reojo y señalando al viejo les dijo:

—Hablen con mi padre, todo esto le pertenece... si de mí dependiera no lo vendería ni por todo el oro del mundo. Esta tierra es lo único que nos da de comer, es nuestro medio de vida.

El brasileiro, con los ojos llenos de avaricia, tras pedirle a su acompañante un pañuelo rojo para secarse el sudor del rostro, se acercó lentamente al padraastro de Tobías y le dijo:

—Amigo *meu*, sólo por curiosidad, si tuviera que vender la *terra*, ¿por cuánto vendería?

—No sé. Nunca pensé en tal cosa.

—¡Vamos, amigo, diga, cinco millones, diez millones, veinte, treinta millones...!

—¡Ni por cuarenta! —gritó Tobías para desalentar al *rapái*.

—Bueno... es cierto que son cuarenta hectáreas... tienen los títulos... los impuestos pagados... si cerramos el trato mañana mismo... les puedo pagar, oh *meu Deus*, qué pucha, cuarenta *milloes* es mucho *dineiro*... —miró a Tobías y luego a su joven mujer y, dirigiéndose al anciano padre prosiguió—. *Diosião*..., cómo me gustaría ayudar a esta pareja y a su *menino*. Con el *dineiro* que le voy a ofrecer pueden ir a la ciudad... en la ciudad sí puede tener futuro este pequeñín, allí los padres pueden poner un negocio, educar a su *menino*... por aquí, ya sabe, no hay futuro que no sea una vida de miseria... Le voy a pagar cincuenta. ¡Cincuenta *milloes*! Eso sí, mi oferta es hasta mañana, si no deciden mañana mi oferta bajará.

Los visitantes agradecieron por el agua, se subieron a la camioneta y se fueron levantando una nube de polvo.

¡Cincuenta millones! ¡Cincuenta millones! La cantidad quedó como el eco de una campana invisible, sonando en el espeso silencio del rancho, embarullando la imaginación de sus habitantes. El viejo cerraba fuertemente los ojos para no pensar en la oferta; trató de distraer su mente de mil maneras, procuró

dormir, pero fue inútil; estaba lleno de confusión, de sentimientos encontrados. Pensaba una y otra vez en la oferta, en la posibilidad de la venta, en los cincuenta millones, en Tobías, Ana María y Romario; en los cincuenta millones, en el cariño que tenía a sus árboles y a sus animales domésticos y en los cincuenta millones.

Con la sola posibilidad de la venta en su imaginación, el viejo redobló su ansiedad de ternura a los dos perros, perennes huéspedes del fogón donde tomaba cada mañana su mate amargo; y volvió a pensar, una y otra vez, en Tobías, en Ana María, en los cincuenta millones, en el bebé, y lloró, lloró por todos, por los buenos y los miserables momentos que pasaran juntos.

30 Faltaba todavía mucho para que amaneciera cuando el viejo se levantó de la cama, se puso una camisa con cien remiendos y se paró en la puerta del rancho. Un aire fresco, ligero, con olor a melones y a frutos maduros, le acarició los pulmones. Desde allí, desde la puerta, miró a Tobías, a Anita y al niño que aún dormían bajo la incierta luz de una luna vieja que se colaba por la ventana sin postigo. Luego caminó por entre las camas, levantó una almohada que yacía en el suelo, cubrió con la descolorida sábana al niño que dormía destapado y pasó la temblorosa mano por los cabellos renegridos del nieto. Después, con una sonrisa leve se volvió hacia la puerta abierta del rancho y salió al patio.

Desde las profundidades de la madrugada trepaba el canto de un gallo: triste, lastimero, con fuertes palmoteos de alas que otros gallos contestaban a la distancia, provocando un cuchicheo en los nidos de las aves. La claridad del amanecer encontró al viejo con la drástica decisión tomada. A poco de levantarse, Anita encontró sobre la mesa un papel doblado cuidadosamente. La nota, escrita con mucha falta ortográfica, decía escuetamente:

Benda la lote y vaya con la plata a la ciudad. Allí tendrá futuro.
Dio me perdonara. Suerte mi hijo y mi hija. Adió.

Tobías, casi ahogado por el llanto contenido, desató la piola del cuello del viejo Alcántara y bajó el cuerpo de la gruesa rama del árbol. Aquel anciano que lo había adoptado, le había dado su apellido y lo había criado como un padre ejemplar le había dicho más de una vez que lo único que deseaba, tras su muerte, era que lo enterraran bajo la sombra de su añoso *urunde'y*. Así fue que Tobías, cuando el sol iba asomando en el horizonte, cavó la fosa bajo el viejo árbol y enterró a su padrastro. Fue una ceremonia simple, sin más testigos que los escualidos perros.

5

31

Era de noche cuando Tobías y su familia llegaron a Asunción. Tuvieron la impresión de que entraban a la región donde se gestan los arco iris de la primavera: los edificios con sus grandes ventanales de vidrios, las altas columnas de los coloridos carteles y los automóviles con sus luces titilando por todas partes hacían que la ciudad semejase una mágica caja de joyas, una de aquellas noches sin luna de diciembre en el campo, cuando todavía se podían ver los cocuyos, *ysoidy* y otras especies de luciérnagas.

En la terminal de ómnibus los recibió una nube de niños de las calles, hijos de la ignorancia y el ocio de los hombres. Mientras esperaban que apareciera el compueblano que prometiera recibirlos, Tobías pensó en las luciérnagas y en otros insectos que él simplemente llamaba “bichitos de luz” y en los posibles motivos de sus desapariciones; sin saber realmente

el porqué, asoció la misteriosa ausencia de los bichos luminosos con la presencia de los tractores de los brasileros: “Desde que los *rapái* vinieron, los bichos desaparecieron; seguramente el ruido de los motores los asusta”. En esto estaba pensando cuando alguien gritó su nombre; era el compueblano que, al fin, había venido a recogerlos.

Tras el abrazo de bienvenida y la pregunta de cómo había sido el viaje, el compueblano fue cargando los pocos bultos de los recién llegados en un taxi. Tras una fingida protesta del taxista, quien pretendía cobrar más por los bultos, llegaron a un acuerdo de pago y se marcharon.

32 Fueron por las avenidas más lujosas, por donde los edificios parecían perderse entre las nubes; luego, las alturas de las casas fueron bajando y las luces se pusieron más amarillentas.

—Ya estamos por llegar —les decía el compueblano a cada rato, como queriendo tranquilizar a los recién llegados por el brusco cambio urbanístico.

Tras una hora de viaje, el aire de la noche se ponía cada vez más fétido y las calles asfaltadas y luego las empedradas terminaron, y empezaron unas de fangosa materia. Cuando las luces del taxi chocaron con un puente en construcción, el compueblano dijo al taxista:

—Aquí, hasta aquí nomás, señor, ya llegamos.

Descendió rápidamente del taxi y, tras recoger los bultos, se adelantó a los demás para bajar en fila india por el caminito de tierra húmeda que conducía a su casa, ubicada muy cerca del río Paraguay. Allí la ciudad olía a barro, a inmundicia, y parecía tener su lado más oscuro. De las casitas con techos de cartón y piso de madera se escapaban los ecos de unos extraños lamentos producidos por la tuberculosis, la sífilis, la disentería, la desnutrición y los reumas deformantes.

Dos semanas después, con la ayuda del compueblano, Tobías y Ana María encontraron una casita de alquiler y decidieron mudarse, pero primero había que instalar los cables de electricidad, los caños de agua, comprar una cama, una cocina, un ropero y una heladera. Luego se dieron cuenta de que también hacían falta colchones, sábanas, cortinas, almohadas, frazadas, garrafa, cubiertos, televisor. Todos los enseres que el humilde compueblano poseía y les decía que eran necesarios para la vida citadina.

Como agua entre los dedos, el dinero, que parecía abundante, empezó a escurrirse de la celosa cartera de Ana María. Tobías empezó a buscar trabajo; probó todas las fórmulas que le proporcionaron: compró diarios, visitó agencias, requirió a vecinos y amigos; ninguna resultó. Pues él sólo sabía atender bueyes, arar, carpir, sembrar, cosechar algodones. Muchas veces algún político estuvo a punto de darle un empleo, le pedía el número de su cédula y al comprobar que no estaba afiliado a su partido, le decía: “Por ahora no hay vacancia”.

Al fin, el compueblano lo convenció para adquirir una camioneta usada con el fin de traer pescado de Ayolas. Las hipotéticas ganancias de la venta de pescado sonaban tan buenas y razonables que valía la pena realizar la importante inversión; el producto, teóricamente, se vendería como pan caliente. Además de la camioneta sólo había que comprar dos freezer, uno para la casa y otro portátil para la camioneta.

El primer viaje lamentablemente no resultó, pues no tenían en Ayolas los contactos para conseguir la mercadería, al menos a un precio razonable. El segundo viaje sí ya fue un fracaso, porque se descompuso la camioneta antes de llegar a Asunción, y apenas pudieron evitar que se pudrieran los pescados.

El mecánico, un señor muy honesto según el compueblano, diagnosticó rotura de la correa de tiempo y la necesidad de rectificar el motor. Se necesitaba bastante tiempo y dinero para solucionar el problema. Mientras la camioneta quedó en terapia intensiva, el compueblano le propuso a Tobías realizar el trabajo que él venía haciendo con unos vecinos: vender cachivaches en los semáforos.

Así se instalaron en la esquina de las avenidas Artigas y Santísima Trinidad. Al final del día, tras el cansador ir y venir entre los vehículos parados por la luz roja del semáforo, Tobías y su compueblano entraban al supermercado ubicado en la esquina de las mencionadas avenidas, a comprar los productos necesarios para sus respectivas casas.

34

Tobías, que en el ir y venir bajo los semáforos había aprendido a hacerse entender en castellano, encandilado por el ambiente, se quedaba un poco más de lo necesario a averiguar precios y curiosar, y siempre se prometía traer a su mujer y a su hijo para disfrutar de todas aquellas maravillas que se desplegaban ante sus ojos, en aquel lujoso sitio.

Y fue un domingo 1° de agosto de 2004 que Tobías llevó, por fin, a los suyos al mágico lugar que hacía mucho tiempo les venía anunciando. Eran las 10:30 cuando ingresaron a la lujosa catedral del consumo. Tras animar a Ana María a no sentirse cohibida y a disfrutar con el niño de los juegos infantiles, Tobías fue en busca de su compueblano que vendía frutas en la calle. Antes de salir de la casa habían decidido con su mujer ofrecerle una buena comida, como una simbólica recompensa por todas las atenciones que les prodigara desde su llegada a la capital: un almuerzo como se merece un verdadero y servicial amigo.

Los vendedores de la esquina, al ver a Tobías sin sus mercaderías, se golparon para preguntarle mil cosas.

—¿Conseguiste trabajo, compañero?

—¿Ganaste la lotería, amigo?

—¿Qué le ofrecieron, compañero?

Él no respondió nada, dejó que cada uno hiciera su comentario, su conjetura. Buscó con la mirada al compueblano hasta hallarlo. Como esperaba, estaba entre las hileras de autos. Sin pensarlo más, se dirigió apuradamente hacia él para comunicarle la invitación.

—¿En serio?! ¡*Nde rasóre!* ¡Qué bien...! Espérame hasta las once y media y nos vamos —le dijo de buena gana, sorprendido por la invitación, cuando de repente se escuchó una tremenda explosión.

Tobías giró y vio una enorme nube negra que se escapaba por una de las entradas del supermercado. Instintivamente corrió hacia la entrada principal y subió la escalera que conducía hasta el primer piso; pero los escalones estaban llenos de cuerpos agonizantes, asfixiados por las llamas y el humo. Empezó a cargarlos como leñas humeantes, para ir sacándolos hasta la vereda del edificio. Uno tras otro los fue sacando hasta llegar al final de la escalera. Allí se encontró con un cuadro dantesco, espeluznante: vio tras la reja de la puerta, cerrada por un montón de personas desvanecidas, a su hijo aferrado al cuello de su madre, ambos parecían estar tranquilamente dormidos, mientras una larga lengua de fuego les lamía el cuerpo.

—¡Abran las puertas! ¡Abran las puertas! —gritó, una y otra vez, con desesperación, mientras empujaba con toda su fuerza la infranqueable reja de metal.

Fue todo inútil; el fuego y el humo que asaltaron su cuerpo penetrando en lo más profundo de sus pulmones lo desvanecieron. Minutos después, los bomberos trabajosamente lo desprendieron de los barrotes de hierro y lo arrastraron penosamente

hasta la vereda, donde lo cargaron en una ambulancia y lo llevaron al hospital. En la esquina, un funcionario municipal que había presenciado su heroica labor salió al paso de la ambulancia y le gritó al chofer:

—Amigo, en nombre del intendente, cuide a ese paciente.

GALEANO TAVY

Tibiamente el sol de noviembre se desperezaba sobre la temblorosa esmeralda de los surcos. Galeano meditaba en el sueño que había tenido la noche anterior. Cosa de vivir solo, le gustaba recordarlo mientras trabajaba, porque al final de la jornada le encontraba significado. Era un hombre de espesa barba que entre los abismados paisajes parecía soñar. Brasas vivas lanzaban sus ojos que se asemejaban a estrellas de intensa luz azul.

Una noche de hondo misterio había en sus ojeras. Su cabeza parecía sostener un cielo de cuero crudo, estaba montado sobre un caballo de algodón vaporoso, que cual espuma marina se mecía para consumir los valles y las cordilleras.

En la cintura llevaba enfundada, en leve curvatura de río, la espada de cabellera eléctrica y en su mano un pergamino que mostraba insistentemente. Su pecho estaba partido por un arco iris, cuyos colores parecían recién nacidos.

En los costados del pedregoso camino había palmeras, naranjos y algunas plantas de ceibo, todos caídos en distintas direcciones, como si estuvieran soplando tres huracanes distintos en un mismo instante. También había algunos huesos humanos, que una vieja iba juntando. No, los huesos creo que fueron de otro sueño, eso puede esperar.

Se decía todo esto mentalmente mientras daba duros golpes a los yuyos con su azada. En ese momento, saltando las montañas de cardos, aparecieron sus tres perros, que parecían muy hambrientos de ternura, porque se le abalanzaron y le lamieron la

boca, el cuello y las manos sudorosas. “Basta, basta, bueno ya”, gritó. Los perros moviendo la cola se retiraron hasta la sombra de un cedro, en donde a dentelladas lucharon contra las pulgas.

¡Hum!, creo que las imágenes son del cuadro del Mariscal López que vi alguna vez en alguna parte, pero ¿por qué? A ver, mi rama generacional se perdió en aquella jubilosa exterminación de la Triple Alianza. Hum... de aquella época aún hay tesoro escondido... pero por acá no pasaron la guerra ni las Residentas. De eso estoy seguro; lo sé porque según mi bisabuelo, que en este lugar nació, tuvo que hacer un viaje de ocho días a caballo para llegar al campamento donde estaban sus hermanos. Se unió a ellos a la edad de 11 años. Pobre mi bisabuelo, cómo me dolía verlo trabajar esta tierra, tan viejo.

38

Se agachó para limpiar la tierra empastada en su azada. Por simple intuición, con el machetillo apartó las ramas de un tronco en brotes; ahí abajo, el amparo dulzón de las hojas, dormía una yarará con los ojos bien abiertos. Con un palo dio muerte a la víbora y continuó su trabajo con la misma tranquilidad del comienzo.

Las nubes viajeras de vez en cuando ocultaban el sol. Un alegre aroma de aire mojado llenaba el valle y los pulmones. Galeano se quitó el sombrero y midió con la mirada la posibilidad de la lluvia. En ese momento vio a un hombre a caballo que venía por entre el maizal. Galeano, no acostumbrado a visitas, le miró atentamente. Venía montado en un caballo blanco de pelo brillante, su dueño tenía un aire silencioso de héroe. Por un fugaz momento Galeano recordó su sueño pero de repente vio al caballo arrancando una de sus mejores plantas de maíz. El hombre no mostraba intención de evitarlo. “Hey”, le gritó Galeano. Cuando dio unos pasos para reprimirlo, reconoció al hombre, se volvió con vergüenza. Era el honorable señor Adolfo, quien dijo: “*Mbaeichapa*”.

¡Buen día!, contestó Galeano, cargando su peso en posición de descanso sobre la azada. Después vino un silencio bastante largo que parecía molestar a los perros. Ellos estaban con las orejas levantadas y los músculos de las piernas en suspenso como para salir corriendo en cualquier momento.

También el viejo Galeano estaba así; mientras analizaba a su visita, recordaba su sueño y creyó encontrar algunos puntos coincidentes en la figura de don Adolfo.

—La verdad es que no sé cómo empezar —dijo don Adolfo desde el caballo.

Hubo otro silencio corto.

—Y... por el principio —dijo el viejo con una seguridad inocente.

—A veces es mejor empezar por el medio, así no se está muy lejos ni del comienzo ni del final —dijo don Adolfo y se calló.

El caballo siguió arrancando cogollos.

—Bueno, ya hace varios meses que mandé avisarte que no cultives más estas tierras, éstas son mías, tengo el título y no te sirve seguir cultivando porque voy a mandar alambrar ya mi ganado.

—Y ¿quién le vendió, se puede saber? —preguntó Galeano.

—El gobierno —contestó secamente don Adolfo.

—¿El gobierno? No... Esta tierra fue mía desde antes de nacer. Usted lo sabe, ¿van a vender mi tierra?, no... Aquí está mi casa, todas mis raíces, no se puede arrancar a un hombre de su tierra como si fuera un yuyo. ¿Qué haré sin estas tierras? ¿Adónde iré? Ya soy viejo, no conozco otro lugar, ni otro lugar me conoce, excepto el Chaco donde luché tres años sin preguntar jamás de quiénes eran las tierras.

Mientras hablaba, recorría con su mirada pausadamente la superficie reverberante de la sementera.

—Creeme —le dijo don Adolfo—, estoy siendo justo contigo. En mi obligación de pagarle por la mejoría que hizo aquí sólo figura la cantidad de G 13.000. Yo deposité G 20.000 en el juzgado. Recuerda que sólo quiero la tierra. La casa, lo que a usted se le ocurra sacar, lo puede hacer.

Galeano giró lentamente, miró el sendero que bajaba hasta su casa. Fue una mirada, nunca antes le fue tan desgarrante aquel paisaje de pobreza que se extendía casi escondido entre los follajes. Frente de sí tenía el rancho con su techo de paja y paredes de barro salpicado de agujeros. Tendido en el sol sobre el pasto había un poncho sucio, en unas cuerdas de junco, colgadas a secar, las ropas harapientas. ¿Qué es lo que puedo llevar?, pensó al recoger su mirada.

40 —Yo sólo quería comunicarle personalmente, de aquí en adelante esto queda a cargo del juez y del comisario —dijo don Adolfo, mientras hacía girar a su caballo en el maizal, como un torbellino blanco.

Galeano había quedado como flotando entre el cielo y la tierra. Quiso gritar, seguir discutiendo, pero las palabras ya habían huido de su boca seca. Todo lo que hizo fue seguirle con la mirada a don Adolfo. Éste se alejaba por el verde maizal.

Sus esqueléticas manos extendidas hacia adelante parecían paralizadas en la muda llama. Un fuego helado cubrió todo su cuerpo, fue consumido por una exasperación violenta, las lágrimas brotaron como de un niño y partieron su rostro en grandes surcos, como cuando llueve en las quebradas de la montaña erosionada. Aquella cruel tierra, cuya virginidad había sido rota y fecundada por los ancestros de Galeano con sudores y sangre, estaba estremecida de saberse ajena de su labrador.

El día parecía consumido por unas nubes de fuego. Pronto la noche llegó, el calor seguía acercándose en gigantescas olas.

Galeano transpiraba, le resultaba difícil respirar, los perros le miraban con ojos dormidos, todo parecía estar contagiado por la tristeza de ese silencio agrio y pesado que la luz húmeda de la luna disputaba con las sombras de los follajes.

En la sedosa noche, los animales, la luna, el viento y el mundo ya estaban dormidos; menos Galeano y el silencio, que siguieron frente a frente, él con el rostro encendido entre las palmas de sus manos, y sentado en el borde de su cama desnuda. El fuego ya no crepitaba. En el Este, la aurora que parecía hecha de un oro juvenil, despertaba en el canto de los pájaros. Recién en ese momento Galeano fue vencido por el sueño, sueño horroroso, lleno de caídas en un abismo sin final.

La música grave de los hacheros no tardó en darle un brusco despertar. Sentado en el borde de la cama, con los nudillos de los dedos arrancó el resto de sueño de sus ojos. Su espalda estaba llena de huellas dejadas por la trama de cuero crudo de la cama. Sin levantarse aún, seguía atacando el sueño, mientras sus piernas flacas de puro hueso y piel bailoteaban al compás de los golpes.

En la lona, con júbilo de taimado verdugo, las hachas hundían su odio de hierro en la madera. Éstas resignadamente se dejaban asesinar. De repente, Galeano pareció recobrar un sentido perdido y de un salto se puso de pie. Hizo oído con un gesto de animal en peligro y salió al patio de su rancho para analizarla. “Nooooo”, gritó y salió corriendo hacia la loma, sus piernas temblaron, parecía que la tierra le aprisionaba con un fuerte imán; jadeando, casi arrastrándose, llegó hasta el ceibal. Sintió un fuerte mareo, toda la tierra giraba, el trueno sólido de las hachas cubría el silencio. Galeano, abrazado a un tronco de ceibo, como hermanos en desgracia, trataba de recuperar el aliento perdido. Miraba de vez en cuando el extraño paisaje de carrusel, todos estos árboles horizontales que se entrecruzaban;

creyó que eran fruto de su mareo, y volvió a cerrar los ojos. El aire olía a una pegajosa humedad de savia herrumbrada, polen enloquecido, a clorofila desmayada, y vio las columnas de hormigas implacables que llevaban hojas destrozadas, abejas semi-muertas, y semillas que ya no germinarían. Allí recobró el hilo de su sueño y vio claramente a don Adolfo montando en su caballo, riéndose de él mientras que el animal devoraba con avidez las ramas más niñas de su alfalfa. Un chorro de cortina negra y turbia cayó en su corazón; como atraído por una fuerza extraña, corrió hasta su rancho; asfixiado por la furia, agarró el cántaro y lo hizo trizas contra la tapia.

42 Las ramas de agua corrieron como asustadas cuesta abajo sin dejarse absorber. En el pavoroso naufragio, desesperado, no divisó una mísera orilla... y corrió hacia la solera del rancho donde tenía guardado su machete. Lo tomó y, con desatada violencia, empezó a sembrar la muerte.

Exterminó a los gatos, cerdos, gallinas, patos, gansos, ovejas, cabras y persiguió hasta a las mariposas que cruzaban el patio. Por la infinidad de sangre sumergida, casi moría el arroyo; los cuervos, puntos negros del cielo, bajaron y vivieron. Para Galeano, él era el muerto porque le habían matado sus sueños. El sueño estaba muerto, sus babas se escurrían veloces.

El patio del rancho era un charco de lodo pestilente, lleno de destrozados pétalos de jazmines, sinesias, rosas, lirios y claveles. El sol también era un cadáver helado, incapaz de persuadirlo de su ceguera al viejo Galeano, que con una tea de paja seca empezaba a prender fuego a la casa. Pero el fuego también parecía frío, sin ganas de crecer por la humedad de la atmósfera, por la sangre derramada. ¡*Añamemby!* Con ese grito de furia lanzó su última tea sobre el techo y se alejó con su roja locura.

Cruzó la sementera, tratando de no mirar las decapitadas sombras de los troncos, pero el camino estaba lleno de cadáveres de amigos, le era imposible no detenerse a llorar. La verde alfombra de la alfalfa estaba llena de pisadas de animales, estiércoles y babas. Las frutas de cebolla desenterradas parecían sangrantes corazones tendidos al sol.

Después de un lento y largo caminar, había llegado a la loma más alta del lugar. El valle estaba impregnado de un aroma de selva asustada y de sangre quemada. Con un aire de despedida, giró la mirada lentamente hacia atrás. Vio a lo lejos, como una nube abatida bajo el cielo impoluto, el rancho humeando débilmente. Toda su vida había trabajado en aquella tierra sin más sueño ni ambición que morir en paz en su humilde rancho. Ahora, aunque su rostro habla de dolores interiores y sus ojos de profunda y amanecida tristeza, su movimiento es ágil y alegre, tiene un aire de pájaro. Su voz es aún dulce y suele cantar a su perro una canción sin palabras, de noche bajo los árboles, de día por los caminos del valle. Pies descalzos, al hombro sostenido por un bastón de caña la pequeña alforja, toda su ropa harapienta. A su lado, siempre, ni atrás ni adelante, un perrito somnoliento. Su silbido, su andar pensativo y sus pasos a veces vacilantes ya no llaman la atención de nadie, porque ya forman parte del paisaje, con él han crecido las nuevas generaciones. Los años y muchos problemas como el suyo le fueron minimizando, le fueron borrando de la conciencia. Ya ni los niños se asustan por su miserable presencia, como sucedía antes. En la zona nadie tiene clara memoria de su nombre y muchos menos de su edad. Galeano es simplemente ¡Galí! o Galeano Tavy. Muchas veces se lo encontró llorando y acariciando con unas manos de ciego a su esquelético perro, nadie sabe el porqué. Quizás llora por algunos recuerdos que él mismo ha olvidado, como... Saturnino, su nombre.

EL AMOR DE LA MEMORIA

*Todo relato, imaginario o no,
presta su luz a la verdad.*

Idries Shah

Sólo el lejano aullido de un perro y la tenue luz crepuscular impedían que el silencio y la espesa sombra que bordea el tajamar se apoderaran de las pocas horas que aún le quedaba a la tarde.

—*Madre, ¿podrías contarme esta noche un cuento?*

A orillas del tajamar, recostado por el tronco de un laurel medio caído, acariciando distraídamente el mango de su machete estaba José Ignacio escuchando su propia voz de niño, mientras sus ojos, perdidos en un abismo desconocido, contemplaban aparentemente el negro espejo del agua estancada por el destino. El reflejo del fluctuante paisaje celestial, le hacía recordar su horrible sueño de la noche anterior. No era la primera vez que la pesadilla le arrastraba al brumoso campo de su dominio, en donde era acosado por hachas homicidas. Cuando se despertaba, cansado y sin aliento, se levantaba y corría hasta el pajonal, porque estaba seguro de que aquellas tribulaciones nocturnas no eran otra cosa que el mal sueño de “su árbol” que el viento sin tiempo arrastraba hasta su subconsciente. A fin de romper el hechizo del espejo del tajamar, José rompió un pedazo de rama seca y lo tiró con violencia contra las nubes acuáticas.

Impulsado por una repentina decisión se enderezó y, tomando la bolsa en la que cargaba sus elementos para tomar tereré, se

46 encaminó hacia la orilla del bosque. Allí orientó la mirada hacia la loma, por cuyo aire surcaba una bandada de loros bulliciosos que no sabían para qué lado huir de ese algo que arrastraba al día hacia la oscuridad. Al alejarse los pájaros se fue regenerando poco a poco el silencio y a José Ignacio le pareció entonces oír en el pajonal el pausado respirar del solitario árbol. Clavó en el suelo su machete y se puso a prenderle fuego a su cigarro para tratar de ahuyentar con el humo a los avaros mosquitos, que más bien eran de su imaginación. Con la malicia de un niño juguetero, sonrió al pensar que su árbol ni se estaba imaginando que él lo estaba observando. El prolongado y nostálgico canto del urú se había apagado con el último parpadeo del sol. De las nubes en fuego se fueron apagando imperceptiblemente, auto-consumiéndose, las llamas. El aire empezaba a oler a selva y a luna por nacer.

José Ignacio seguía con la mirada fija en el árbol del pajonal. Hacía años que ellos se miraban. Él lo había visto por primera vez pequeñito, como un trébol de cuatro hojas, y más tarde lo vio ir expandiendo sus ramas tras cada invierno. El árbol le vio a él de niño, de adolescente y después hecho adulto. Ambos se conocían como sólo podían hacerlo quienes comparten el sabor del triunfo sobre la muerte.

Las llamas del crepúsculo ya se habían apagado totalmente y del cielo empezaban a caer, como mariposas muertas, unas luces multicolores que, empujadas por la neblina lunar, iban traspasando el contorno de las sombras e impregnando el silencioso pajonal de un olor a incendio apagado.

—*Mami, te pregunté si podías contarme un cuento esta noche.*

—*No te preocupes, hijo, esta noche te voy a contar ese que te gusta a vos, el del árbol.*

Apareció la luna, arañando el costado del cerro Ybytyruzú, y los demás astros prefirieron entonces retirarse un poco más allá de las copas de los grandes árboles, pero de donde igual siguieron hurgando, con sus linternas de luz azulada, el fantástico universo del pajonal, en donde millones de insectos empezaban su diaria jornada, ejerciendo el inalienable derecho que concede a todos la madre naturaleza, que es la búsqueda de la felicidad.

Entre el humo del cigarro, José miraba al árbol y le pareció, por la quietud reinante, que estaba dormido. Lo imaginó soñándole, viéndolo sumergido, volando por encima y por debajo de una tormenta acuciante... Con la desgracia sin límite de no tener raíz.

—*Pero, madre, yo quiero saber si en verdad los árboles antes hablaban.*

A pesar de todo, de las pesadillas o ausencias de sueño, de las incontables situaciones de zozobras y júbilos, había algo más fuerte que la simple pena o alegría que los dos compartían, y era la de sentirse atados por un misterio. Los dos estaban ligados a ese algo que fluía en la savia del árbol y hacía que el árbol y hombre se complementaran y se conservaran en la esperanza que transparenta la visión de la vida y del universo. Acción de unión que hacía que el árbol sin el hombre no fuera nada y el hombre sin el árbol, mucho menos. Eso... hasta ese día, sólo José Ignacio lo podía entender.

Como toda noche de insomnio, un silencio ilímite flotaba en el ámbito inusualmente sin viento. José sacó de la haraposa bolsa una vieja revista que perteneciera a su madre y, buscando la mayor claridad de la luz que destilaba la luna, hojeó la revista; en la tapa se podía leer *Curso de enfermería* y en la primera página había un corazón con las arterias pintadas de azul y rojo. En la siguiente, bajo el rótulo de “Prólogo”, había unas anotaciones

entre las líneas, que José ya se sabía de memoria por haberlas leído tantas veces desde su niñez.

—Hijo, destello único del alba, puente seguro de un día por nacer. Tú me hiciste decidir por la vida y por la honra. Por ti subiré a la casa de los tigres, para que tengas el pan seguro y no falte abrigo a tu alegría.

¡Madre!, dijo mirando hacia el cerro, buscando la cara de la luna que en ese momento se perdía tirándose hacia el otro lado. ¡Madre!, ¿por qué me dejaste? Cerró la revista y siguió repitiendo “madre, madre”, como para forzar a su mente a recordar cosas que ya no estaban en su memoria.

48

Había silencio. Mucho silencio porque por primera vez desde el día de revolución en que derrocaran al dictador dejaron de sonar las campanas de las aldeas. En ese momento, José se acordó de la última vez que había visto a su madre. El olor a jazmín en el aire era igual, la luz de las remotas estrellas también. Desde la loma se podían ver perfectamente los techos de las casitas del pueblo aunque, por la luz titilante de las estrellas, eran como hongos sumergidos en las aguas de un estanque. Algunas muchachas hacían ladrar a sus perros en la tranquera a fin de evitar que el silencio entrara y se apoderara de sus corazones.

Hoy, cerca del mediodía, cuando parecía llover fuego sobre las polvorientas calles, aprovechando que la mayoría de la gente del pueblo dormía su acostumbrada siesta, José había salido del pueblo. En su casa, bajo los cuidados de su vieja tía Emilia, había dejado a Sinembargo, su perro, a quien le daba el privilegio de acompañarlo por todas partes; quiso regresar cuando escuchó sus aullidos lastimeros, porque al parecer no se resignaba al abandono, pero él ya había ganado la orilla del arroyo Pirapó, cuyo curso de agua decidió seguir cuesta arriba a fin de evitar que los perros de los mariscadores pudieran seguir su rastro.

Su mente y su corazón estuvieron excitados. Las avaras abejas del recuerdo se nutrían de las palabras coaguladas por años en su garganta. Se sentía flotar entre los barrancos que bajaban huyendo de las milenarias venas del cerro Ybytyruzú, bello escenario de incontables tragedias humanas.

Desde que se difundió la noticia de que vendrían algunos miembros del comité de iglesia y senadores del nuevo gobierno en busca de tumbas anónimas había notado una actitud hostil hacia su persona de parte de las autoridades del pueblo. Doña Juana Silvero, vendedora ambulante de hierbas medicinales, le había comentado que esa mañana, al pasar por enfrente al Juzgado de Paz, había escuchado al presidente de la seccional colorada del pueblo mencionar al comisario los nombre de los sospechosos de ser liberales.

—Y tu nombre está en la lista, José. Te van a apresar.

Aprovechando la fuga del reflejo de la luna, la luz de las tres Marías y otras estrellas enormes caía verticalmente sobre el bosque cercano y el pajonal. En el borde de las hojas empezaban a brillar, como inquietos diamantes, algunas gotas de rocío. José Ignacio seguía sin poder conciliar el sueño. Estaba acostado sobre unas pajas que le servían de lecho, tenía las manos como almohada y los ojos abiertos, devorando la fresca intemperie.

—*Hijo, por ti subiré al monte, a la casa de los tigres.*

El eco de su pensamiento navegaba contra la turbulenta corriente de la más remota estrella. Una sola frase, como un zumbo frenético, daba vuelta en su cabeza. ¡Madre, madre! Hasta que de su cerebro salió proyectada la imagen nítida de una mujer oliente a jazmín. La vio a contraluz de las estrellas, vino flotando hasta su lecho. Cerró los ojos y sintió que ella se arrodillaba junto a su cama. Le pareció que se secaba unas lágrimas del rostro, le puso bajo las sábana la vieja revista, sintió las caricias de su

mano en su cabello, el húmedo beso en su mejilla. Cuando abrió los ojos sólo vio que dos luciérnagas bebían el líquido salado de las lágrimas de su madre.

En el cielo parecían empezar a soplar los vientos, esos siderales que apagan las estelas, que dejan los cientos de estrellas fugaces en su enloquecida huida de la dorada luz auroral. La selva cantaba, su voz eran los pájaros y los grillos y ranas en el tajamar. José Ignacio escuchó unos disparos de fusiles hacia el pueblo y supuso que serían los militares. “Deben ser los soldados del general Ovelar, festejando el hecho de que dejaron de sonar las campanas. ¿Serán ellos?”, terminó preguntándose.

50 Al oriente, la aurora desplegaba su majestuosa llamarada de nácar y oro. En el pajonal, abejas, mariposas y colibríes empezaron a abandonar sus refugios para lanzarse a la disputa del tesoro de las flores, quienes parecían también desperezarse en el balcón aéreo, por donde se asomaba el nuevo día.

No hay sentido averiguar si los soldados están allí, sitiando la aldea, o si ya se han marchado. La población se ha acostumbrado a los militares y sus locuras, aplauden sus atropellos y hasta se sienten importantes al obedecer sus órdenes más cuestionables de mando. El amor a la cadena ha llegado a tanto que parece una locura colectiva. Suficiente es mirar las grandes concentraciones de agradecimientos a los verdugos, quienes les han plagado de miseria, despotismo y corrupción su país, para darse cuenta del autodesprecio popular. Aquí, hasta el sentido de la esclavitud se ha degradado. La gente ha perdido el natural instinto de la libertad, que es común hasta en los animales más insignificantes.

No, no hay sentido averiguar si los soldados están allí, sitiando la aldea, o si ya se marcharon. A lo mejor, ¿quién dice que no se han marchado hace ya tiempo? ¿Qué sentido tendría averiguar hoy? Muchos hermanos, traicionados por la limitación del tiempo

humano, murieron sin atreverse a indagar. En estos años llenos de días en que no ha pasado nada, nunca se supo de alguien que haya intentado romper el cerco psicológico que la dictadura ha levantado alrededor del pueblo. Por eso la gente se autovigilia, se censura y reprime, y porque ninguno de los que pudieron escaparse ha regresado, los que se quedan no se atreven a buscar la salida. Éste es Charará, mi pueblo, cuyo nombre se ha vuelto sinónimo de barbaridad por haber sido el centro de operaciones antisubversivas, el temor es su sombra y la de sus habitantes. Aquí, todas las personas hallan huella sobre sus huellas, sienten que vigilan sus pasos y sus pensamientos, y una obsesión de persecución se apodera de la mente, reemplazando en muchos casos la negra leyenda de los duendes malignos que antiguamente perturbaban a los lugareños. Ahora, como antes, la gente se reúne para comentar los sucesos más fantásticos del acontecer diario, pero ya no se trata de simples fantasías que agudizan la imaginación popular, sino que por puro instinto de supervivencia se autodegradan hasta la complicidad con los asesinos.

—Ese lindo muchacho, quién va a creer que estaba metido en política...

—Por algo lo mataron. Comentan.

Todo esto estuvo meditando José Ignacio como tratando de entender y juzgar la realidad social que sin querer lo había envuelto desde su niñez. Lo hacía mientras se ventilaba con su sombrero de paja, luchando contra los insectos que se disputaban la sal de su sudor. Se levantó, desprendió la camisa y, aplastando con los pies descalzos los yuyos del pajonal, se dispuso a acostarse un rato otra vez, pero antes echó una sigilosa mirada de fugitivo hacia el sinuoso camino que bajaba hacia la aldea.

El sol ya estaba en la plenitud de su madurez y cada minuto que pasaba parecía ensanchar la intensa claridad del día. Las

hojas de las añejas casuarinas dejaron de dialogar con el viento, permitiendo que el silencio empezara a pintar el valle con el color de su predominio. Mientras, en el medio del pajonal, el siempre tierno follaje del solitario lapacho proyectaba hacia el suelo una extraña sombra de humo azulado que era casi como un bello hematoma en la cara reverberante del caluroso mediodía. A José le daba la impresión de que aquella espesa sombra ahogaba, más que cualquier otra cosa, la terrible fiebre que provocaba el siempre rencoroso sol tropical que, aunque era marzo y otoño, no dejaba de lamer hasta el último rincón, con su fatídica lengua de fuego, convirtiendo con su aliento de purgatorio al Alto Paraná en un “eterno Infierno de esmeralda”.

52 La brisa de un desatinado torbellino sopló de repente y, todo alegre, el caminito se vistió de hojarasca. Mientras, una enorme culebra con su deslizarse silencioso bajaba hacia el tamar en busca de alguna rana desprevenida. Vio la sombra azulada del lapacho, quedó paralizada completamente. Con la cabeza levantada a unos centímetros del suelo estuvo inmóvil por varios minutos, sin poder deshacerse de la espesa indecisión que en otro momento podría haber sido fatal para ella. Pero no aquel día, que era el de la exhumación, el de la resurrección; el día en que José Ignacio pensaba demostrar al mundo que la muerte es vencible.

La víbora vio que el hombre le estaba mirando fijamente a los ojos, entonces, haciendo sonar ruidosamente su cascabel, se alejó de la sombra azulada, dejando en los bordes del camino una bella huella zigzagueante. José, sentado en la sombra del árbol, era un albor. La camisa desprendida y el machete en la cintura le daban un aspecto temerario, pero aunque estuvo mirando a la serpiente con la frialdad de un verdugo empedernido, la verdad era que ni la veía ni la oía, porque sus ojos y su pensamiento estaban navegando por una lejanía angustiada.

Tras agujerear el espeso follaje del árbol, los colores semi-muertos de la luz del sol caían, titilantes, en gotas al suelo cubierto de briznas. Las tímidas luces daban dos o tres saltos y luego suavemente venían a arremansarse junto a los pies descalzos de José Ignacio, que los miraba como mira un niño por primera vez a las mariposas. Una vez más una sensación desconocida le apretaba el pecho y no podía explicarse si estaba hecha de alegría o de una angustia que se desprendía del árbol, bajo cuya sombra, posiblemente, se sentaba por última vez. Sí, quizás sería el último momento de intimidad que tendrían porque pronto, mañana o esa misma tarde, ese árbol, si sobrevivía, no sería el mismo de siempre; sería uno de tantos que crecen por los pasionales y que, de un día para otro, desaparecen víctimas de la impunidad de los hacheros del comisario y sus socios. Por eso, hombre y árbol tenían transida de dolor el alma de un modo lacerante; y porque, también, aquél era el momento en que realmente comenzaba un fin esperado, pero que no por esperado dejaba de tornarse lóbrego y atormentador.

53

A José Ignacio le hubiera gustado, como en aquel cuento que su madre le contaba de niño, conversar con “su árbol”, mas no tenía la fuerza suficiente para llegar a un diálogo, que de seguro terminaría en un mar de llantos. Su corazón estaba inexplicablemente enternecido y sentía que de su pecho subía una gran pena que le coagulaba en la garganta todas las palabras anhelantes. Entonces fue que se dio cuenta, pero ya era muy tarde, de que su acción le iba a lanzar a los fuegos de una soledad de fuego inextinguible, que le consumiría de por vida hasta dejarle hecho una ceniza de sombra y silencio.

José Ignacio ya no estaba seguro de gustar la miel de sus largos años de viglias, su confusión se agravó mucho más cuando trató de encontrar en el cuento que le contaba su madre un

significado, una moraleja, una metáfora o simplemente un sentido que justificara el hecho de que él hubiera vivido toda su vida obrando bajo la influencia de aquella abstracta herencia.

Ahora el día más deseado de su vida ha llegado y esto también le confunde porque, como muchos, se había convencido de que no llegaría nunca. Pero ha llegado. Unos cuantos cañonazos de un general habían hecho posible el milagro que muchos mártires a lo largo de más de tres décadas no habían podido y la noche que tanto calumnió al día, ya hoy era casi un recuerdo, no porque un sol libertario —como decían las radios— se hubiera instalado en el turbio cielo de la patria, sino simplemente porque la gente de esta parte de la tierra tiene morbosamente corta la memoria. José mismo al mirar a su árbol creyó que ya todo había concluido y que tanta obsesión de su parte no había sido necesaria.

54

Una quietud paralizadora había descendido sobre las marañas de arbustos. La brisa que antes rodara por el pajonal, se alejó persiguiendo al divertido torbellino de paso ebrio. José Ignacio miró las gotas de luces, que cual insectos jugaban resbalándose por las mangas de su camisa desabotonada hasta caerse entre las inmóviles hojas secas que esperaban ansiosas la llegada de algún viento. Tomó su sombrero y recostándose sobre las pajas, se tapó la cara, cerró los ojos fuertemente y se dejó devorar por las avaras abejas del recuerdo que enseguida aparecieron y felices se colaron entre el arrítmico divagar e hicieron su festín acostumbrado. En pocos minutos José Ignacio reconstruyó cronológicamente los días de su atribulada niñez, hasta llegar al instante mismo en que vio arrancada, bajo una lluvia, la plantita que era “su lapacho” para traer a transplantar en el sitio en donde ahora estaba recostado y recordando.

5 de enero de 1960. Ese día con su noche lo recordaría José para siempre. Sí, porque hay fechas que la memoria registra con

tinta roja en su calendario blanco, para después recordar u olvidar, deformar mezclando con humo y escombros de fantasías, o perfeccionar al punto de hacer posible su reconstrucción en fracciones de segundo. Se podría asegurar que José Ignacio no estaba recordando, sino reviviendo dolorosamente los más mínimos detalles de su atormentada niñez. “José... José”, sintió la voz de su madre llamándolo. Asomó la cabeza por la destartalada ventana, pero no había más que algunas gallinas cacareando en el patio de la casa.

La noche de aquel 5 de enero fue larga. José la recuerda como una de las más calientes y horribles. La luna con su pálida luz, apenas se alumbraba a sí misma. No podía conciliar el sueño y cuando lo hizo, soñó con pálidos camellos cagando de hambre en el destripado jardín de su casa. Los pasos de los esqueléticos camellos lo despertaban a cada rato. Él se levantaba, tosía y se iba caminando desde su cama hasta la boca de la claridad a revisar su par de gastados zapatos, puestos con unos manojos de frescas alfalfas en la ventana, en espera del regalo que nunca llegó y que supuestamente debían traerle los reyes magos. La casa de madera, con su techo de paja y piso de tierra apisonada, más bien parecía aquel día una *tatacuá* en donde se hornean los chanchos para la fiesta de Semana Santa. En su cama, el colchón y la sábana estaban mojados por el sudor de su cuerpo, y la almohada, por la saliva viscosa de su boca. José estaba solo; su padre hacía diez días que andaba “de guardia urbana” en alguna parte del pueblo. Por aquellos días toda la aldea estaba militarizada ante el levantamiento de unos campesinos descontentos, quienes esperanzados por un supuesto bien armado movimiento que vendría desde el lado argentino ingresaron al monte del Alto Paraná. Pero nada fue más falso que aquello, reflexiona ahora bajo su árbol. Todo fue un gran engaño montado por el

gobierno para eliminar a los oponentes a su política de proyectada dictadura. Cuando llegaron “los hombres del movimiento” a quienes les dijeron también que les estaría esperando todo un ejército popular bien armado fueron masacrados en la ribera misma del río Paraná. Así, unos cuantos hombres valientes que se escaparon quedaron prisioneros, atrapados por la maraña impenetrable del monte, por donde vagaron perdidos sin comida ni abrigo, ni brújula, trepando a las altas copas de los árboles para tener noción de los puntos cardinales y orientar sus pasos lejos del acecho de los animales, militares y civiles “cazadores”.

56

La mañana del 6 de enero José Ignacio se levantó antes que el sol, caminó hasta la ventana, recogió los zapatos y los guardó debajo de la cama. Con la salida del sol llegó su padre, le sirvió su acostumbrado mate amargo y luego los dos se sentaron en la rústica mesa a desayunar. Soplaba un fuerte viento Norte.

Durante el desayuno, José Ignacio vio manchas de sangre en la manga de la camisa de su padre, pero como no se quejaba ni tenía a la vista ninguna herida, no le preguntó nada. Desayunaron en silencio. La mañana tenía el olor recién despierto del manojito de alfalfa verde. Por la calle polvorienta pasó a gran velocidad un jeep militar y el padre de José Ignacio se levantó inmediatamente, como si de pronto se acordase de algo muy importante. En la mesa quedó el desayuno azuzando a las voraces moscas; José Ignacio, confuso por la repentina actitud de su padre, apenas atinó a preguntar si se iría a la escuela. “No, no quiero que hoy vayas por el centro del pueblo”, le dijo el padre. En aquella rara prohibición, en especial en el tono de la voz de su padre al pronunciarla, había sin duda algunas cosas muy graves. Así lo entendió José Ignacio aquella vez y ahora, recostado a su árbol, lo recuerda con nitidez. Cuando su padre tomó aquella vez el fusil, su machetito y se preparó para salir,

a él le temblaron las piernas. Sólo se tranquilizó cuando desde el portón su padre le dijo: “Andá y decile a tu tía Emilia a ver si puede venir a prepararnos el almuerzo, vamos a comer ese pollo –y señaló a una de las aves–, que prepare un *borí* con pollo y orégano. Vos limpiás toda la casa, vendrán para comer con nosotros el teniente García, el comandante Ovelar y un gringo”. José Ignacio, engañándolo con unos granos de maíz, hizo entrar al pollo señalado por su padre a la cocina. Allí lo capturó y lo guardó en una pequeña cesta de mimbre.

La sombra con su color azul de otoño ahora tenía un leve olor a melón maduro. A José Ignacio le pareció ridículo pensar, justo en ese momento, en todo lo que había estado pensando; nunca le había gustado pensar en su padre, porque siempre le avivaba su rencor y su soledad. Cuando era más joven le odiaba terriblemente, pensaba que por su culpa había crecido huérfano. Es una bestia. ¡Mi padre fue una bestia! Por nada castigaba a mi madre cruelmente. ¡Bestia!, afirmaba recordando un dicho que rezaba que la violencia sólo era el derecho de los animales. Pero ahora comprendía que toda aquella violencia que había presenciado en su niñez tenía sus raíces en la pobreza, en la impotencia de cambiar un destino inexorable y en el miedo, en el terrible miedo al sistema de gobierno imperante. De todas maneras, le pareció tonto pensar en cualquier otra cosa que no fuera en lo que iba a revelar esa tarde: el secreto de su árbol. Mas, en ese instante, se dio cuenta de que era inevitable pensar en lo que había estado pasando, ya que todo había empezado aquel 6 de enero de 1960. ¿Quizá antes? A lo mejor antes, con el cuento que su madre le contaba. ¿Seré yo Cupíí o Marangatú?, se preguntó recordando los nombres de los muchachos del cuento.

De regreso de la casa de su tía Emilia, pasó por la de los Sánchez para averiguar qué había sido lo que les habían traído

los Reyes a sus amiguitos, ya que desde temprana hora se oían las risas de felicidad y los gritos de júbilo. Cuando llegó a la casa, los niños jugaban con una pelota de cuero, que a José Ignacio ni le dejaron tocar. Él se quedó allí olvidándose de todo, contemplando a sus amiguitos, sus ojos se extasiaban con cada jugada, y cada golpe que le daban a la pelota hacía saltar su corazón, llenando su pecho de una extraña ansiedad. La madre de los niños, quien le estuvo observando, se acercó y le explicó que la pelota era un regalo de los Reyes Magos a sus niños por haberse portado bien. “Los niños buenos reciben regalos”, le dijo.

58

José Ignacio salió corriendo de la casa de los Sánchez. Por el camino hacia la suya le ladraron los perros de don Enrique, el carnicero, y él respondió al ladrido con unas piedras, que enardecieron más aún a los cachorros. El ladrido de los perros quedó atrás. Recuerda ahora sentado en la sombra del árbol estar sentado en el borde de la laguna, cerca de la vía del ferrocarril, rompiendo con pequeños escombros el espejo que reflejaba su mal humorada imagen y su rabia.

—*Chis, nde mita í*—le gritó Don Vicente, quien llegó montado sobre un descolorido caballo.

Hacía calor. El animal, con las crines en llamas, se introdujo en la laguna y allí bebió y chapoteó por el puro placer de quebrantar a las aves acuáticas y a los llantenes.

—¿Está tu papá? —le preguntó.

José Ignacio le tenía una especial estima a don Vicente por su modo de hacerle sentir niño sin tratarlo como tal.

—No sé —contestó lloroso José Ignacio.

Don Vicente se bajó del caballo y, tomándole suavemente del cabello, le preguntó qué le estaba pasando. José Ignacio respondió que nada.

—¿Te trajeron algo los tres Reyes? —insistió don Vicente.

—Nada —le dijo José Ignacio, con la vista siempre puesta en la superficie de la laguna.

—Y a tus amiguitos sí, ¿no? —le interrumpió don Vicente.

—Sí, una pelota así de grande, de cuero... Y yo sé que ellos no son buenos, mienten, ellos mienten a sus padres.

Don Vicente sintió que se le desbarrancaba de dolor el corazón ante las quejas de José. Soltó la cuerda que sostenía en una de las manos y con las dos vacías se arrodilló y secó las lágrimas que corrían hacia la laguna tras ensuciar el rostro infantil de José Ignacio.

—Yo te voy a contar un secreto —se sentó a su lado—. No digas a nadie que yo te conté, ¿sí? Mira, los Reyes Magos no existen. Son los padres de los niños quienes ponen regalos. Y cuando los padres son muy pobres o no tienen vocación no les compran nada. Es por eso que hoy muchos niños, buenos como tú, no tienen su merecido regalo. Si me acompañas hasta la tienda de Doña China te compraré una pelota igual a la de tus amiguitos. Creeme, ¿sí?

59

Los ojos de José Ignacio se llenaron de una luz de felicidad desbordante. Ahora se sonríe, al recordar con tanta nitidez aquel incidente de su ya lejana infancia.

—José, vení acá, mi hijo. ¿Dónde quedamos anoche?

—En que me contaría la historia del árbol generoso, mami.

—Bueno. *Cupúí y Marangatú eran dos niños guaraníes de la tribu Guayaki, que habitaban la zona del Guairá, y en especial la ladera del hermoso cerro Yhytyruzú —“allá” le decía la mamá señalándole el cerro—. De invierno era el día, el sol anémico, enfermo quizás de lombrices, apenas alumbraba la superficie del húmedo suelo. Los árboles, magullados por las heladas, fantaseaban y ejercitaban sus habilidades para hacerse los muertos ante el frío; escondían sus frutos en estado de sabía, celosamente en las profundidades de la tierra. Los pájaros se miraban frente a frente con*

el silencio, el silencio hacía callar a los pájaros. Tristes y hambrientos los dos muchachos iban por el silencioso cerro, sí, con mucha hambre y tristeza vagaron por entre los estériles árboles milenarios, hasta que en un claro de la selva vieron... ¡una planta de Pacurí! Ellos se iban tristes y con hambre, el árbol estaba frondoso, con abundantes frutos. Cuando el árbol sintió la presencia de los muchachos, agitó sus hojas y dejó caer algunas de sus deliciosas frutas. Los niños corrieron hasta el árbol; ya no están tristes, pero sí, aún hambrientos. Con muchas ganas comieron las frutas hasta saciarse, luego encaramándose por el tronco, treparon hasta la parte más alta de la copa, después se deslizaron hacia las ramas más flexibles y se hamacaron hasta casi el anochecer. Ese día —ahora José Ignacio, sentado, escucha nuevamente el cuento que le contaba su madre—, ese día los niños y el árbol se juraron amistad y fidelidad para siempre. Y los tres fueron felices.

60

José Ignacio recuerda ahora que aquella noche en que su madre le contó el primer capítulo del cuento sonaron unos disparos de fusiles que asustaron mucho a su madre. Entre los aullidos de perro se escuchaba la voz de un hombre que decía por medio de un altoparlante: “Que nadie salga de su casa, nosotros vamos a entrar”. Era uno de los primeros allanamientos en busca de libros y otros materiales subversivos. A la mañana siguiente, José se enteró de que los militares se habían llevado preso a don Vicente por salir a protestar el atropello. ¡Qué vergüenza! Con qué naturalidad la gente se arrodillaba, sonriendo se ponían las manos en la nuca. Idolatraban a aquellos salvajes, quienes los tenían castigados bajo el ardiente sol hasta que les dieran a una hija o su oro a cambio de un pedazo de sombra. Era la forma más repugnante de degradación humana. “Para que no se les ocurra levantarse y luchar por sus dignidades”, bromeaba cínicamente el coronel Colmán a sus allegados.

—Y después, ¿qué pasó con los indios, mami?

—Bueno, los días, meses y años pasaron. El árbol era el secreto mejor guardado de Cupití y Marangatú. Ellos, a escondidas de sus padres y de los demás miembros de la tribu, lo visitaban casi a diario, no tanto ya para comer su deliciosa fruta, sino más bien para estar juntos, para trepar por su tallo y columpiarse en sus ramas. Cuando el calor del verano se metía en el monte, como la muerte debajo de la cama, y sólo quedaban los lagartos atontándose frente a la luz, ellos se iban a refrescar días enteros bajo la sombra de su árbol. Recostados en las raíces salientes, con abundantes hojas que el árbol les regalaba, se construían nidos de esmeraldas, en donde jugaban hasta quedarse dormidos de feliz cansancio. Los niños estaban dichosos con su árbol, y el árbol en cada reencuentro correspondía el cariño de los muchachos dando frutos cada vez más dulces y, a veces, vanidosamente coqueteaba adornado sus ramas con loros, papagayos y lagartijas de colores. Así fueron pasando los años. Pero por hoy ya basta, es muy tarde, hay que dormir, mañana seguiremos.

La mañana del 8 de enero —si tener larga memoria es tener inteligencia, yo la tendría, pero hay memorias que sólo son catálogos de ruinas, reflexiona José Ignacio sentado sobre los yuyos, bajo el árbol— se levantó temprano, como siempre, sirvió el mate, desayunó con su padre y luego salieron; él para asistir a clase en la escuela y su padre para ir hacia el centro del pueblo, hacia la alcaldía, para saber qué le ordenaban para hacer. Cuando pasaron por enfrente a la casa de don Rodas escucharon una guitarreada con arpa. Los músicos, según su padre, eran el famoso arpista Leguizamón y su conjunto, quienes aquella mañana estaban ensayando la polca *Charará potí*, bajo el oído atento del coronel Colmán. Al acercarse a la alambrada de la casa, José pudo ver en el patio a varios hombres sucios y barbados, quienes estaban encadenados entre sí y a otros más hacia el fondo, que estaban tirados en el suelo de tierra con los pies metidos dentro de los agujeros de unos pesados durmientes. Entre aquellos hombres

había uno que se parecía mucho a don Vicente. José Ignacio quiso detenerse para mirar mejor, pero su padre le dijo que no mirara. Él obedeció y se reprochó a sí mismo por haber pensado que podría ser su amigo. ¿Qué podría hacer don Vicente entre aquellos malos?, se preguntó. Sí, le pareció que era tonto haber pensado reconocerlo. Apretó su sombrero contra la cabeza y corrió para poder alcanzar a su padre, quien caminaba mucho más rápido que él.

—¿Son comunistas todos ellos, papá?

—No sé —le respondió sorprendido el padre.

—Se parecen mucho a nosotros —comentó José, apurando siempre los pasos para poder ir a la par de su padre.

62 —Sí, se parecen, pero ellos no tienen Dios, no son católicos, observó el padre sin mayor convicción, pero mirando la reacción de su hijo.

—¿Verdad que don Vicente no es liberal?

—No, él es colorado.

Esta afirmación le había tranquilizado mucho a José aquella vez.

—¿Dónde fue que quedamos anoche, hijo?

—De que los tres eran felices. El árbol y los dos niños.

—Ya me acuerdo. Bueno, con el correr de los años, los niños fueron cambiando. Cupii, que era un año mayor que Marangatú, conoció en la aldea a una preciosa muchacha y, como quería ganar su amistad y cariño, una vez le habló a ella de su árbol maravilloso. Al principio la muchacha no le creyó nada, pero ante la insistencia de Cupii, un mediodía, aprovechando que sus padres dormían, se internaron en el bosque. El corazón de Cupii latía fuerte por el júbilo ante la posibilidad de enseñar y gozar con su amada todo lo que el mágico árbol ofrecía con generosidad. Pero grande fue su confusión ante la sorpresa de no encontrar absolutamente nada en el

lugar donde siempre estaba el árbol. Se extraviaron y pasaron toda la tarde sin poder hallar jamás el lugar. ¿Me estás escuchando, José?

—*Sí, mami.*

—*Bueno, Amambay, que así se llamaba la muchacha, ya muy cansada de vagar detrás de Cupíi por el monte y ante la proximidad del ocaso, se rebeló, se sentó sobre lo que alguna vez seguramente fuera un lapacho y le dijo a Cupíi: “Hasta aquí no más”. Y muy enojada empezó a retarle tratándolo de mentiroso, de farsante, y le pidió que la llevara inmediatamente de regreso a su casa y le diera explicaciones a sus padres. Así fue que muy a pesar de Cupíi, el secreto del árbol se mantuvo entre los dos hermanos. Desde aquella vez, el interés de Cupíi por visitar a su árbol amigo se extinguió. Las fibras de su corazón se conmovían por otra clase de emociones; otra clase de hambre empezaba a acecharle y en el descubrimiento progresivo de aquella nueva sensación gastó sus mejores años de adolescente. Se había olvidado casi por completo del árbol. Se había vuelto taciturno y la gente decía de él que se había vuelto loco por andar rondando siempre la casa de la muchacha que un día le odió por mentiroso.*

La serpiente, que horas antes había bajado hacia el tajamar, volvía sobre su huella y, cuando se dispuso a cruzar el caminito que iba hacia el pueblo, quedó nuevamente como paralizada por las vibraciones y el ardor de la sangre caliente que fluía por las venas de José. En un gesto elegante, sin el más mínimo ruido, levantó la angulada cabeza y se irguió hacia lo que ella creyó que podía ser su primera presa del día. Como anticipando el deleite de su hazaña, se movía sigilosamente al tiempo que se relamía la venenosa boca con las dos puntas de su larga lengua. Ya a escasos metros de su víctima se detuvo a observar con mucha atención al sujeto de la vaporosa jaula que no era otro sino José Ignacio, quien absorto estaba recordando el cuento que su madre le contara hacía treinta y un años. La súbita llegada de un torbellino que andaba extraviado por el pajonal asustó a la

temible víbora, quien bajando velozmente la cabeza se perdió en el yuyal sin que José tuviera tiempo de verla.

—Mami, ¿y qué pasó con el otro muchacho? La otra vez me dijiste que él tampoco volvió a visitar a su árbol, que se había marchado lejos. ¿Qué pasó?

—Sí, José. Pero, mira, escúchame bien. Marangatú se había ido lejos, pero de vez en cuando venía a visitar a sus padres en la aldea. Eso sí. Él nunca se atrevió a comentar a nadie sobre la existencia de su extraño árbol. Los sacerdotes europeos que lo llevaron para estudiarlo y hacerlo estudiar, “hacerlo letrado”, eran hombres muy severos que castigaban con crueldad indecible al que quería mantener la creencia y fantasía entre los nativos. Bueno, eso podía ser un motivo, pero de todas maneras para él el árbol amigo era un inconfesable secreto que iba a defender con su propia vida. Lo quería muchísimo, con decirte que las veces que venía a la aldea lo primerito que hacía era tomar disimuladamente una pala y dirigirse hacia el bosque. Se internaba para que nadie lo viera, por la zona más impenetrable. Lo hacía siempre solo, sin ningún perro siquiera como compañía. A cada paso que daba por entre los añosos bejucos, su corazón latía con enloquecida ansiedad y, al sentir el grito emocionado de su árbol que festejaba jubiloso su presencia, las lágrimas le brotaban incontenibles. Marangatú, desesperado por la urgencia de llegar, corría, corría hasta llegar y abrazarse al tronco de su amado amigo y benefactor árbol. No le importaba nunca que los espinos le arrancaran jirones de su piel. Lo quería muchísimo. “Muchacho, muchacho, muchacho, qué gusto verte”, le decía el árbol, mientras hacía caer sobre el joven sus ramas más niñas en un gesto lleno de ternura. Enternecido, Marangatú, secándose las grandes lágrimas de felicidad de sus ojos, balbuceaba también algunas palabras amables. Pasaba horas enteras arrancando con las manos los malos yuyos y los musgos asesinos que amenazaban con trepar por el tronco de su árbol. Con la ayuda de la pala cubría cuidadosamente las raíces desnudas por el raudal de las grandes lluvias veraniegas. Comía la deliciosa fruta y al entrar el sol en su ocaso, se alejaba en silencio

sin mirar hacia atrás, como temiendo aumentar la tristeza del amigo que quedaba nuevamente en la soledad del bosque.

Unos ruidos de motores llegaron a los oídos de José Ignacio desde el pueblo que había estado en silencio absoluto todo el día. “Deben de ser ellos”, dijo pensando por los del comité de iglesia. Luego cerró los ojos y siguió pensando en su lejano pasado.

El día sábado, que aún no tenía la suficiente claridad, fue sacudido por las ráfagas de fusiles automáticos que el viento caliente del Norte arrastró por todo lo ancho del valle. José Ignacio se levantó, arregló su cama, dio de comer y beber a las aves de corral, preparó el mate y fue a golpear la puerta de la pieza donde usualmente dormía su padre. Llamó dos veces y como no tuvo ninguna respuesta a su llamada, espía la cama por un hueco que había cerca del quicio. Allí no había nadie. La cama estaba como la había arreglado el día anterior, lo cual le hizo pensar que su padre otra vez había pasado la noche afuera. Dio media vuelta y probó el mate. Nunca lo había probado antes. De repente se sintió adulto, excitado por aquella bebida amarga que condensaba el sabor de la milenaria selva guaraní. Había mucho de magia, tiempo y minerales muertos en aquella bebida que al ser sorbidos revivían y transformaban a la persona, haciéndola más viva por fuera y por dentro. Tomó varios sorbos de aquella amarga bebida y luego silbando alegre se puso a limpiar toda la casa. Barrió el patio, la vereda y hasta la caballeriza. Repuso agua a los bebederos de los animales y con un trapo húmedo repasó todos los bancos, sillas y mesas de la casa. De todos chorreaban unos espesos jugos sanguinolentos. El sol empezaba a extender sus dedos de fuego sobre la lejana cumbre del cerro Ybytyruzú.

El pueblo estaba sumergido en un lechoso silencio apenas hamacado por el viento veraniego. José Ignacio, con el balde en la mano, salió hasta el portón. Desde allí se puso a contemplar

66 meditativamente el lejano paisaje del Ybytyruzú, bellamente agujereado, como una postal, por ceibos y lapachos en flor. Al otro extremo, la floresta del Alto Paraná, acercada por la limpieza del aire, carecía del halo de misterio atemorizante habitual. José no meditaba sobre las bellezas naturales del paisaje que le rodeaba, sino sobre lo que podía hacer son su incipiente e insoportable soledad. Un tren pitó a lo lejos. Instintivamente, José miró hacia la estación del ferrocarril, vio en el andén pastando a algunos burros y, ante las miradas indiferentes de algunos soldados, jugar a las cabras, quienes se adueñaron del galpón que alguna vez fuera una confortable sala de espera, pero que ahora rebosaba de bosta de vacas. Sus bancos, llenos de nombres y recuerdos, apenas servían para los propósitos acrobáticos de las cabras, que después de treparlos se lanzaban contra sus propias sombras hechas jirafas en la ya descolorida pared. Todo el valle empezaba a reverberar por la resolana. Al fin apareció y se detuvo en la estación el tren que cada dos o tres semanas, más o menos, pasaba por aquellos pueblos que alguna vez habían sido prósperos, pero que una vez desforestada la zona fueron abandonados por los ingleses, dejando al Estado paraguayo sus hierros viejos con la cara huella de sus “tiempos mejores”. Cuando el tren se alejó, perdiéndose en la curva, las cabras volvieron a sus travesuras de niños, conscientes de que nadie las molestaría.

—*Maeichapa José* —le saludó sorpresivamente una señora desconocida—. Esto te envía tu madre —le dijo, dándole un beso en la frente mientras apretaba contra su mano un pequeño paquete que la desconocida traía guardado bajo su reboso.

José Ignacio tomó el paquete sin pronunciar palabra, quedó paralizado por la sorpresa. Así, mudo, estuvo un rato en el portón, sin saber qué hacer con su regalo. ¿Cuándo vuelve mamá, dónde está?, preguntó, pero la extraña mujer ya se había ido.

Abrió el paquete. Adentro había un pedazo de dulce de maní y uno de los aros de su madre, que el reconoció inmediatamente.

Enero es el mes de las naranjas iluminadas y los grandes aguaceros que provocan por momentos las estampidas del odioso y calcinante verano. Aquella tarde de sábado parecía que iba a caer una tormenta, pero pasó de largo, por detrás del cerro. A José Ignacio todos los atardeceres le llenaban de una bella tristeza por una razón desconocida. Aquella tardecita estuvo sentado a la sombra de un frondoso paraíso, a orillas del bosque. El recuerdo de aquel cuento que le había contado su madre le perseguía como una codiciosa abeja y le incentivaba su fantasía, al punto de querer conversar con el añoso árbol que le brindaba todas las tardes su olorosa sombra.

—*Después de años de no hacerlo, un día Cupití llegó hasta donde el árbol —recuerda ahora José Ignacio sentado bajo su árbol—.* “*Muchacho, muchacho, qué gusto verte*”, le dijo el árbol temblando por la emoción. “*Te he esperado día y noche, todos estos largos años. Por ser fiel me enriquecí con la pobreza. Como vez, ni un solo nido de pájaro en mis ramas. Quise que no calle el silencio por si se acercaran el rumor de tus pasos. Ven, súbete a mis ramas, puedes saltar y hamacarte libremente. Me gustaba tanto oír tus risas*”. “*Ya no soy un niño para comportarme como un mono*”, dijo Cupití interrumpiendo al árbol con un tono de histérico. Luego, sintiendo vergüenza por la agresividad de su voz, agregó: “*Necesito algo más que tus ramas para ser feliz*”. En el largo silencio, el árbol, mientras observaba al joven, sintió que su savia se iba nutriendo de una nueva sensación que no pudo definir, pero que oscilaba entre el dolor y la angustia de la impotencia. “*¿Qué puedo hacer para ayudarte a ser feliz?*”, preguntó. “*Nada. Allá en el pueblo se vende la felicidad, pero yo no tengo con qué comprar*”. “*¿Y con qué se compra?*” “*Con dinero. Todo se compra y todo se vende por dinero*”, explicó Cupití al árbol. “*¿Creo que puedo ayudarte!*”, gritó entusiasmado el árbol. “*¿Cómo?*”, preguntó Cupití, intrigado por el

súbito júbilo de su amigo. “Sí, tú puedes llevar mis frutas y cambiarlas en la aldea por dinero... y ser feliz.” Cupií pensó un momento y después salió corriendo hacia la aldea. Cuando regresó con una enorme carreta estirada por dos somnolientos bueyes, ya el montón de frutas estaba en el suelo. El árbol, cuando vio que su muchacho sonreía, se emocionó y a poco estuvo de soltar las pocas frutas que se guardó por si algún día regresaba Marangatú, pero se contuvo.

—¿Y qué pasó después, mami?

—Cupií vendió en la aldea la deliciosa fruta que su árbol amigo le regalara y lo primero que hizo fue comprar, con el dinero obtenido, un regalo para Amambay, su novia. Ese día los tres, el árbol, Amambay y Cupií fueron felices.

—¿Allí terminó el cuento, mami?

68

—No, cada día, mes y año que pasaba, el árbol se ponía más triste, no porque se hubiera quedado sin sus frutas, sino por la ingratitud de Cupií, que nunca más volvió a visitarlo. ¿Ya tenés sueño? Te voy a hacer más corta la historia. Un buen día, cuando el sol estaba en el centro mismo del cielo y el calor abuyentaba el canto de los pájaros, que se refugiaban a la sombra de los hombres bajo la planta de sus pies, el árbol escuchó el sonido de los pasos de Cupií, quien se acercaba raudamente.

—¿Cupií otra vez, mami?

—Sí, José. “Muchacho, muchacho, qué gusto me da verte. Ven y súbete a mi copa”, le dijo el árbol mientras extendía amorosamente sus ramas. “No tengo tiempo, estoy apurado, sólo vine porque tengo un grave problema que no puedo comentar con nadie porque todo el mundo sabe...” “¿Necesitas dinero?”, le preguntó el árbol interrumpiéndole. Cupií, sorprendido por la pregunta, agachó la cabeza en silencio. Luego prosiguió diciendo: “Veo que ya no tenés ni una fruta. Mi problema... es que por fin Amambay ha decidido casarse conmigo y no tengo un techo, un rancho que la pueda proteger del calor del verano y en el invierno del frío”. Hubo un largo silencio que al final interrumpió el árbol diciendo: “Tú sabes muy bien que nuestra casa es

el cielo y que la vida misma nos da sombra y abrigo. Sin embargo, he visto a tantos hombres asesinando y llevándose a mis hermanos, que me imaginé que pronto ya no cabrían más casas en el mundo". "Las casas que hay allá en el pueblo son de la Compañía, dueña del bosque. Todas las maderas que tú ves pasar hacia la aldea van a parar a lejanas ciudades. Nosotros no tenemos derecho a dormir en esas casas y como no nos dan dinero por nuestro trabajo no podemos tampoco comprar... Está prohibido usar la madera de los patrones." "No sabía que el bosque tenía dueño —dijo el árbol para sí mismo—. Yo no puedo decir que vengan a vivir bajo mi sombra, ni puedo darte una casa, pero sí puedes cortar mis ramas y llevártelas para construirte con ellas un rancho, yo estaré feliz." A Cupití le pareció terrible la idea de cortar las ramas de su amigo, pero su necesidad era grande, así que fue a la aldea y se trajo un serrucho y cortó todas las ramas bien cerca del tronco. Después las cargó en una carreta tirada por bueyes, las ató con unos bejucos y se alejó del lugar sin mirar atrás. Los bueyes parecían entender la tragedia que representaba aquella mutilación irracional a la que sometía el hombre a su mejor amigo y mugieron a diño hasta desesperar a los dormilones leopardos y lagartos. Semanas más tarde, las ramas se convirtieron en rancho y cuando años más tarde el árbol se enteró por medio de un pajarito de que Cupití se había casado con Amambay y de que habían tenido un par de hijos, fue muy feliz. Mañana continuaremos, por hoy ya es suficiente.

Era mediodía, José Ignacio se dio cuenta por lo vertical de la sombra de las cosas. En aquellas horas, siempre el silencio se hacía más profundo, impenetrable e inhabitable. Ningún insecto respiraba y ningún pájaro se atrevía a surcar su inmensa geografía; sólo él quebrantaba aquella paz con el sorber de su tereré de acosada frescura. El ardiente silencio que inundaba todo era sin duda el cómplice ideal para seguir exhumando los lejanos recuerdos, tarea que recién culminaría, horas más tarde, con el desentierro.

El sol enérgico agonizaba en el horizonte, enrojiciendo todo el cielo y formando exorbitantes sombras en la pradera. José Ignacio recordó de pronto que aún no había encerrado a los terneros y ovejas en el corral. Se levantó y, abriendo los brazos en cruz e imitando con su boa el ruido del motor de un avión, se fue corriendo hasta su casa. Una vez terminado el trabajo, decidió ir a bañarse en la laguna del pueblo. Cruzó el alambrado de su casa; luego, para enderezar más su camino, decidió pasar por el baldío de los Castelli, en donde los militares del R.I. 14 habían levantado su campamento. Cuando se iba acercando a una de las carpas, sintió que alguien gemía dolorosamente. Se detuvo a mirar y vio a unos hombres desnudos, atados a un palo. Los cautivos estaban semicolgados y sangrando por todo el cuerpo. José Ignacio retrocedió hacia su casa, luego se dirigió corriendo hasta la laguna por las vías del ferrocarril, por donde anduvo corriendo y, saltando intercaladamente los durmientes de las vías, llegó por fin a la laguna. Allí, parado sobre el barranco, se desprendió los botones del pantaloncito y cuando se sacó las ropas le pareció que todas las cosas giraban. Tenía un fuerte mareo, su corazón agitado le hacía temblar todo el pecho. El cielo seguía estando totalmente rojo. José Ignacio vio que todas las cosas que le rodeaban estaban oscuramente coloradas. Se tapó la nariz y saltó al agua tibia de la laguna. Cuando emergió, se imaginó que el agua estaría azul, pero vio sobre la superficie, nadando, a dos sapos colorados. Miró a lo lejos, más allá del pueblo. La cumbre del cerro, al igual que sus manos y el cielo, estaba roja; miró su cuerpo, que por sentir frío se imaginó que estaría azul, pero tampoco. Entonces cerró los ojos y se sumergió nuevamente en el agua. Allí, con los ojos cerrados, vio ensangrentado todo su cuerpo y sintió el tibio fluir de la sangre por su piel. Con un desesperado esfuerzo se agarró del borde del barranco y salió del agua. Se

vistió a toda prisa y fue corriendo hasta su casa. Allí trató de olvidar su temor, su primera sensación de muerte.

Esa noche, al dormir soñó con monstruos verdes que le acechaban. Procuró volar hacia las ramas de un árbol, hacia los brazos de su madre, pero fue alcanzado y capturado por las bestias, quienes le arrastraron hacia un precipicio maloliente. Allí le ataron las manos con alambre espinoso y le cortaron la garganta con un machete; pero él sabía que no podía morir, ya que sólo se trataba de una pesadilla y entonces, en un gran esfuerzo, se desató las manos. Con una se tapó la herida para evitar la mortal hemorragia, mientras con su otra mano buscaba agarrar un objeto que estaba a su lado reflejando la luz de la luna. Cuando apareció nuevamente el monstruo para volver a atarle las manos, él le atravesó la garganta con el machete que habían olvidado allí a su lado. El monstruo se desplomó sobre su cuerpo, cubriéndole con una pestilente baba roja que parecía fuego, un vómito de rabia que al escaparse de sus venas lo fue transformando en un niño inconscientemente cruel: en soldadito.

Bruscamente se despertó. Se sentó en el borde de la cama y lo único que pudieron ver sus asustados ojos fue a su propio gato arqueándose. El resto de aquella noche lo pasó despierto.

La luz de la mañana le fue siempre alegre a José Ignacio, con ella siempre llegaban y se instalaban en el medio de su memoria los recuerdos más nítidos de su madre. Recordaba las grandes emociones, adornadas con colores robados a la fantasía, que ella le regalaba. Esos difusos días —que ahora ya le parecían siglos— en que ella le llevaba al bosque para recoger frutas silvestres y traer leñas eran los días en que no conocía aún el temor ni la soledad. Por primera vez, José Ignacio se dio cuenta de que extrañaba terriblemente a su madre ausente y buscó su presencia

en la casa. A toda hora le parecía oír su voz llamándole y sus pasos rondando por las piezas de la casa.

72 Antes de preparar el mate, José Ignacio espío por el agujero de la puerta la cama de su padre. Al notar que estaba vacía se alejó para dedicarse a los otros quehaceres. Terminados los trabajos, tomó dos frutas de mango y se fue corriendo hacia la cancha de fútbol del club 8 de Diciembre, en donde vio minutos antes de aterrizar dos avionetas. Era la primera vez que las iba a ver en tierra. Siempre las había visto pasar por entre las copas de los árboles o cerca de las nubes. José Ignacio oía a la gente del pueblo decir que desde las avionetas se lanzaban sobre el monte del pueblo del Alto Paraná a los prisioneros rebeldes vivos para que sus huesos les sirvieran de ejemplo a los demás insurrectos; pero todo su temor desapareció al ver que varios niños que habían llegado antes que él ya jugueteaban alrededor del aparato. José Ignacio se paró a pocos metros del avión y lo contempló con cuidado, lo primero que se le ocurrió fue compararlo con una libélula en reposo. Su tamaño, si bien mucho mayor de lo que suponía, no le impresionó en demasía; quizás el hecho de tener sus motores apagados le restó temeridad. Él quiso tocarle su vientre, pero un soldado le ordenó, en guaraní, que se alejara del lugar.

A la tarde, para matar su hastío y con el pretexto de ir a buscar a su padre, José Ignacio se fue hacia el centro del pueblo. Sin atreverse a entrar en el alambrado de los Castelli, pero espiando al pasar el bullicioso campamento de los militares, pudo ver con claridad a tres mujeres encadenadas y semidesnudas. (José Ignacio recuerda ahora esta escena como si fuese ayer.) Alrededor de las haraposas y cautivas mujeres, había varios soldados haciendo bromas entre sí.

Al principio, José Ignacio pensaba irse hasta la alcaldía, pero decidió marcharse en sentido contrario, caminando por la vía del ferrocarril, haciendo equilibrio sobre el riel. Le gustaba demostrarse a sí mismo su habilidad de buen equilibrista. En realidad, lo que José Ignacio quería era pasar por enfrente de la casa de don Rodas para ver si seguían los hombres barbados bajo las ovenias, deseo que después le pareció una morbosidad, ya que por desgracia aún estaban bajo los árboles, encadenados entre sí, agusanándose entre las hambrientas moscas que se disputaban con algunas avispas el excremento y pus que el sol del verano no lograba disecar.

El silencio humeaba en la cara de aquellos hombres. José Ignacio se acercó a la alambrada y buscó con la mirada al hombre que se parecía a don Vicente. Era ya imposible diferenciar uno del otro por lo sucio y haraposos que eran. En ese justo momento llegaron varios campesinos, civiles armados, José Ignacio corrió y se escondió detrás de unos rollos gruesos de maderas. Su corazón le golpeaba fuertemente no sólo el pecho sino su garganta y sus sienas, porque vio a su padre que venía encabezando el pelotón de campesinos precedido por seis hombres y una mujer de aspectos musgosos y atados entre sí con alambre espinoso arrancado a algún cerco. Todos, inclusive los armados, estaban descalzos y miserablemente arropados. Entraron por debajo del alambrado al patio de don Rodas.

Ante la llegada de los nuevos prisioneros hubo un susurrar generalizado entre los moribundos que llevaban ya días en la intemperie de aquel patio. El padre de José Ignacio ordenó a los recién llegados que se sentasen en el suelo, uno al lado del otro, formando un semicírculo. Uno de los prisioneros, ya antiguo, haciendo un extraordinario esfuerzo se paró y dirigiéndose al padre de José le dijo en guaraní: “¿Por qué nos vendiste, hermano?”

Tú mismo nos organizaste, allá en la Argentina nos diste el fusil y nos enviaste al monte...”. Un culatazo de fusil hizo caer al prisionero estrepitosamente, haciendo volar de susto a una nube de mariposas, moscas y enfadadas abejas. Alarmado por el alboroto, salió de la casa de don Rodas un hombre vestido de verde olivo; molesto por la claridad del día, frunció su frente, sacó de su bolsillo un pañuelo descolorido y se sonó ruidosamente la nariz mientras observaba a los recién llegados, dio unos pasos y dijo: “Esperen, ya viene en seguida el coronel”.

74

Al rato apareció el coronel y, sin saludar a nadie, se dirigió hacia los nuevos prisioneros: “*Co á liberal saiyú*”, estos liberales infelices, dijo dando una patada al primero de la fila y, para los demás, agregó: “Van a maldecir a la madre que los parió, pronto se van a arrepentir de haber nacido, hijos de perras”. Dio otra patada y se alejó hacia la sombra de un naranjo de iluminadas frutas. “Sargento —dijo el coronel—, tráigame uno acá”. El sargento desató con prisa al primero de los prisioneros y a empujones lo llevó hasta donde estaba el coronel. “Vos, comunista de mierda, quiero que me digas dónde quedaron escondidos tus camaradas.” El hombre interrogado tartamudeó algo ininteligible, quiso mirarle la cara al coronel, pero el miedo le desbarrancó la mirada. El coronel dio un paso adelante y le dio una bofetada al mismo tiempo de exigirle: “Hable, carajo, ¿dónde están los otros?”.

—No sé... yo no sé nada, hace muchas semanas que vagamos totalmente perdidos por la selva.

—¡Hijo de perra, ya vas a confesar! ¿Quién les estuvo llevando comida al monte? ¡Diga!

Sin esperar respuesta, el coronel agarró al prisionero de los cabellos y le dio un puñetazo en el estómago.

—¡Hable pues ya carajo! —gritó.

Las cigarras cantoras se mudaron asustadas a otras copas de árboles y el coronel sonrió maliciosamente a su sargento.

—¡Nadie, nadie! —gimió el prisionero.

—¡Cómo que nadie! —gritó el coronel.

—Sobrevivimos comiendo raíces y algunas frutas silvestres —aseguró el cautivo.

—¡Averigüe eso! —ordenó el coronel a uno de sus asistentes.

Ceremoniosamente el militar desprendió la camisa haraposa del rebelde y, de repente, con la velocidad de un relámpago, abrió con su cuchillo el vientre del interrogado y hurgó con la punta de su arma el estómago sangrante. El rebelde dio un grito de dolor y se desplomó sobre el charco formado por su propia sangre.

—Sólo mierda, mi coronel —dijo el asistente mostrándole la hoja de su cuchillo.

El coronel, aún extasiado por su ocurrencia, miró a cada uno de los milicianos y ordenó que le trajeran a otros prisioneros para seguir “interrogando”.

—¡Usted! —dijo señalándole con el dedo índice al papá de José Ignacio—. Venga e interrogue a su camarada, a lo mejor te tienen más confianza —y se rió como un loco.

El padre de José Ignacio se abalanzó sobre el prisionero, le tomó del cabello y, al levantarle la cara, descubrió que era Tomás, hermano de Filemón Cubilla, en cuya casa había pasado dos años, como uno más de los tantos exiliados que huyeron del régimen dictatorial que se consolidaba en el Paraguay.

—¡Nos vendiste, desgraciado! —le dijo el prisionero escupiéndole la cara.

—¿Vas a confesar? —preguntó el padre de José Ignacio tratando de ser autoritario.

—¡Miserable! ¡Vos y tu coronel! ¡Maricones, asesinos! ¡Pueden irse al diablo! —gritó el prisionero y echó otro escupitazo sobre la cara del improvisado interrogador.

76 El coronel simuló indignación por lo de maricón y se abalanzó sobre el prisionero encadenado de manos y pies. Agarró el machete de uno de los milicianos y le cortó las orejas. “¡Cobarde maricón!”, le gritó el desorejado al tiempo de lanzarle al coronel su saliva mucosa. El militar, limpiando su cara con la manga de su camisa, se retiró del lugar de la interrogación, pensando tal vez para el osado prisionero una lúgubre celda llena de cucarachas y ratas; una buena picanada, una pileteada o simplemente una caída libre de la temible avioneta. Se paró y, dando una veloz media vuelta, sentenció: “Sáquele la lengua ya que no la quiere usar. Pero primero vamos a ver los huevos que carga éste que se cree tan macho”. Un sargento, que al parecer era el ayudante del coronel Colmán, se abalanzó sobre el prisionero y dando una patada en el trasero al padre de José Ignacio le dijo: “Salga de aquí, conchudo, estás molestando de balde, no servís luego para nada”.

Un repentino aguacero hizo refugiar a los no prisioneros debajo de los árboles. José Ignacio aprovechó para escabullirse y alejarse del horripilante lugar. Más tarde volvió para ver el cadáver de Tomás, que fue expuesto en la plaza del pueblo para “servir de ejemplo” a los que eventualmente pretendiesen volverse contra el régimen imperante. El cadáver estaba al lado de los escombros con los que más adelante se levantarían la iglesia de San Miguel Arcángel. Le habían cortado la lengua y los testículos. A su lado estaba el balde en el que habían recogido la sangre para que no llenara el patio de moscas y perros callejeros.

Aquella noche José no pudo dormir. Miraba por la ventana sin cristales el cielo semiestrellado y veía de vez en cuando arremansarse

sobre la luna llena unos monstruos que en forma de nubes querían disimular la ferocidad de sus rostros. Por suerte, todos fueron deshechos con rapidez por el viento ardiente de sus oraciones.

Procuró dormir sin éxito. Había cerrado fuertemente los párpados a fin de no verse sino a sí mismo, por dentro, pero sólo podía ver el mundo ensangrentado del exterior. Sus pesadillas más horribles ahora estaban mezcladas irremediabilmente con su mundo real. No podía dejar de pensar en lo que había visto en el campamento de los militares y en el patio de don Rodas, así como tampoco podía dejar de pensar en los horrosos monstruos de sus pesadillas nocturnas. Revolcándose en su dura cama, no tenía otra alternativa que flotar y dejarse llevar por la fantasía de su mente infantil.

Como un pájaro de alas rotas corrió por la virgen espesura de una selva metálica. Por sobre las pocas claridades pasaban y repasaban las tenebrosas libélulas gigantes descargando sin cesar los cuerpos mutilados de los rebeldes que, al impactar con las musgosas piedras, hacían un ruido ensordecedor que los lanzaba nuevamente hacia el cielo para provocar minutos más tarde una lluvia roja de sangre y huesos. Esto no sólo espantaba a las negras mariposas que poblaban aquel inaccesible follaje, sino que atraía a los cuervos más degenerados de todas partes del mundo, llenando el aula de la escuela y el país de un tufo agrio que sólo servía para excitar el hambre áspero del viento norte y las ciénagas ocultas, en donde a los cocodrilos insaciables se les hacía agua la boca. En su angustiada huida, José Ignacio fue tropezando sin poder esquivarlos putrefactos cadáveres diseminados a lo largo y ancho de la inhóspita selva. Todos los cuerpos estaban sexualmente irreconocibles y de algunos sólo quedaban los huesos que no habían podido llevarse las hormigas coloradas. José Ignacio sintió que se le acababa el aire, ya no podía seguir

78 eludiendo por más tiempo el acoso sin pausa de los siniestros y hambrientos perros rojiverdes que le perseguían. Sí, eran perros, él los vio correr tras él por aquel espinoso follaje. Tropezó con la boca ensangrentada de un lagarto y se desplomó. Allí le alcanzaron los feroces perros que le persiguieron. Cerró fuertemente los ojos para no ver los enormes colmillos que más bien parecían cuchillos que llovían sobre su cuerpo indefenso. Sintió que a dentellada seca le estaban arrancando el vientre para beberse la tibia sangre verdeazulada que corría como agua asustada por entre sus piernas. A su lado, acostado en el suelo y ya medio comido por los bejucos carnívoros, sonriente gemía un soldado. José Ignacio, asustado, intentó salir corriendo, pero los perros no le dejaron levantarse. El soldado en reposo, que estaba de espaldas, se dio vuelta como queriendo ver quién había llegado. De las cavidades de sus ojos ausentes se asomaron como una llama verde unas raíces que alargándose cubrieron rápidamente el cuerpo de José Ignacio para protegerlo del acecho de los perros persecutores.

—Estamos muertos —le dijo con su boca sin labios—. Pero yo estoy feliz, tengo las manos libres, ya no soy un peón de la muerte —decía el soldado, al tiempo que sus cadavéricas manos buscaban afanosamente romper el fusil. Al lograrlo, una tremenda explosión hacía estremecer toda la selva. Sobresaltado, José se despertó y vio a su padre entrando precipitosamente en su pieza. El sol salía. “Levántate”, le ordenó, a la vez que iba abriendo las ventanas. José Ignacio procuró que su padre no se diera cuenta de que otra vez había orinado en su pantalón, en la cama.

Irónicamente, aquella mañana fue la más hermosa, recuerda ahora José Ignacio sentado en la sombra de su árbol. Era fresca, llena de sol, el campo estaba amarillo de flores y del duraznero caía una fina lluvia rosada. El aire olía a flores descuajadas. La

tranquilidad de las horas sólo era perforada por el ruido de los motores de las avionetas que iban y venían, subían y bajaban.

—*Había pasado mucho tiempo y Cupií no había vuelto jamás. El árbol se puso triste, muy triste. Mas, un día después de tanto tiempo, apareció, y el árbol tembló de alegría. “Ven —le dijo—, súbete hasta mis ramas, aún son niñas, pero ya sabrán sostenerte y columpiarte.” Cupií sonrió tristemente y dijo: “Estoy muy viejo para andar trepando a un árbol. Me faltan ganas, mis tristezas me pesan y la insatisfacción me roba el deseo de vivir”. El árbol se conmovió al escuchar la confesión de Cupií y le preguntó: “¿Qué pasó con tu alegre vida, muchacho?”. “Mis hijos... Es que mis hijos ya están grandes y Amambay, mi esposa, dice que si seguimos viviendo en esta aldea olvidada hasta por el diablo ellos no tendrán educación ni futuro.” “¿Futuro?”, interrumpió el árbol, que trataba de entender el drama humano de Cupií. “Queremos irnos a la gran ciudad, donde se gana buen dinero y todo es más divertido.” La ciudad, la ciudad y sus falsas estrellas, meditaba en silencio el árbol. ¿Más dinero? ¿Ganar bien es vivir bien? En mis cientos de años he visto demasiado para creer eso. Los adinerados de las ciudades han pasado por mi sombra en su marcha hacia las profundidades de la selva, procurando huir de sus bastíos y anhelando más vida. Y he visto a los pobres de las ciudades pasar por mi sombra con los llantos en los ojos, viejos y anhelantes de morirse por lo menos entre las áridas rocas, apenas embellecidas por las flores silvestres. “Quiero irme a la ciudad, huir de la pobreza, de estos lugares en que nací, de la explotación de los hombres blancos”, dijo Cupií interrumpiendo el pensamiento del árbol. “Esas cosas no son razones para renegar. La selva, la tierra no merecen tu desprecio. Sé que nunca aprendiste a vivir, a amar a los tuyos. Nunca valoraste los días de sol ni las lluvias de verano. Vas a descender a la ciudad arrastrándote como un mendigo más. Te aborrecerán los ricos y los pobres. A mí me hubiera gustado verte bajar victorioso, pero para eso era necesario primero armarte de virtudes y elevarte hacia las heridas de tus hermanos que sufren y luchan por mantenerse firmes en su viejo amor por la tierra y la selva.” El árbol*

guardó silencio y contempló amorosamente a Cupíi. Comprendió que era inútil hablarle duro. Su espíritu estaba perdidamente extraviado a causa de los predicadores de la muerte. Maldijo a la “civilización” que ha engendrado tantas ignorancias, desprecios, confusiones y locuras entre la milenaria cultura perfeccionada hasta la inocencia. Miró con ojos nuevos a Cupíi, que estaba con la angustia de quien se encuentra acosado por las confusiones, y le dijo: “No enlanguidezcas pensando en el futuro. Debes hacer tu voluntad. ¿Quieres irte a la ciudad?”. “Sí, pero no puedo. La balsa de los misioneros no ha vuelto a remontar el río y desde que terminaron de talar las ‘maderas preciosas’ la compañía maderera se ha mudado hacia otras latitudes. No hay camino que no sea el río.”

—¿Es verdad todo eso, mami?

80 —Déjame que te siga contando. El árbol estaba callado, sólo los suspiros de Cupíi molestaban el silencio. De repente, el árbol estalló en júbilo y le dijo al hombre: “Ya no tienes por qué preocuparte, puedes cortar mi tronco y construirte una balsa, así podrás llevar a tu familia adonde quieras. El rostro triste de Cupíi se iluminó de alegría, y esto le puso feliz al árbol. Al día siguiente, Cupíi trajo un hacha, cortó el tronco del árbol y lo llevó hacia la orilla del río. Allí construyó una balsa. Semanas después partió con toda su familia río abajo.

Hacia el mediodía, José Ignacio se internó por el sinuoso camino que conducía a la ex cancha de fútbol, ahora convertida en pista de aviación. Las copas de los añosos árboles y cocoteros que bordeaban el sendero reverberaban por el calor. Las desnudas piedras del cercano cerro parecían cristales incrustados al costado de una enorme víbora anaconda y los lapachos en flor brillaban entre el fuego verde del follaje, mientras en la zona umbrosa los ceibos se deshacían en sangre. Los lugareños que haraganeaban en sus hamacas, debajo de los galpones abiertos, al oír el ruido de los aviones que descendían, se levantaban sobresaltados. Tanto los hombres como las amas de casa se

asomaban al umbral de sus chozas, ponían sus manos en forma de visera para protegerse de la claridad del sol y a fin de hurgar mejor el camino que bajaba de la pista de aviación. Otra cosa, más que curiosear y estar en casa, no hacían, ya que aventurarse a ir a trabajar a la finca era exponerse a la sospecha suficiente para ser despojado inmediatamente de todos los bienes, incluyendo familiares, cuyos ganados preferentemente eran arreados del corral hacia la estancia del coronel y la tierra distribuida —si es que no lindaba con la hacienda del coronel— a los milicianos “más colorados”.

Pasaban las horas y, a mitad de camino entre el pueblo y la pista de aviación, José Ignacio se había trepado a la planta de un níspero lleno de frutas. Ya satisfecho de comer las deliciosas frutas se había recostado sobre una gruesa rama a recordar, con los ojos cerrados, todo lo que había visto y hecho en sueño esa última noche. La aldea seguía dormida.

A lo lejos empezaron a ladrar algunos perros en señal de que el pueblo empezaba a desperezarse. Al oír voces que se acercaban, José Ignacio se paró y por entre las hojas vio a un grupo de milicianos que bajaban hacia el pueblo arrastrando los pies por el cansancio de la caminata y por el peso del fusil al que no se acostumbraban. José Ignacio, al reconocer a cada uno de ellos, decidió mudarse a la parte más espesa del follaje para no ser descubierto por los inoportunos lugareños que, como buenos conocedores del lugar, se salieron de la línea del sinuoso camino y se dirigieron directamente a la planta del níspero. Comieron golosamente las frutas que estaban a su alcance. Sin importarles en demasía la escasa madurez, desgajaron algunas partes de las ramas altas que lograron alcanzar con la ayuda del caño de sus fusiles. Ya medio satisfechos, se rebuscaron por las más maduras para dejar el sabor dulce en la boca, pero ninguno de ellos

se atrevió a trepar hacia la copa del árbol. Don Nito Brítez, jefe de la plaza, con mejor humor después de saciado su apetito, comentó alegremente a sus compañeros el terrible hambre que había llegado a experimentar alguna vez.

—Esto es mejor que el chocolate Colmán —bromeó don Brizuela, más conocido en el pueblo como *Peru í*.

Hubo una risa generalizada porque todos sabían que se estaba refiriendo a las bostas de vacas que el coronel les daba a los prisioneros hambrientos.

—¿Y, compadre? ¿No vas a servirte postre? —dijo el profesor Troche al juez de paz, que se había retirado a la sombra de un cocotero cercano.

82 —No, gracias. Tengo demasiada acidez —se excusó, serio, el juez.

—¿No será que nuestro juez prefiere el “asado R. I.”? —dijo don Suárez, uno de los baqueanos del pueblo, quien momentos antes había comentado a los demás, con lujo de detalles y en guaraní, que en su presencia el coronel le había propinado una azotada al comisario del pueblo por ir a decirle que sus hombres estaban hambrientos.

“El primer latigazo —había comentado don Suárez— fue el asado y el segundo la mandioca y el tercero el vino.” Todos se rieron aquella vez sin que se supiera realmente si lo gracioso era la ocurrencia del coronel o la desgracia del comisario. En lo que sí estuvieron de acuerdo era en que el comisario era un tonto. Venir a recorrer la estancia de un liberal y quejarse de hambre. ¡Qué barbaridad! ¡Se mereció, claro que se mereció!

Descansaron un rato debajo del cocotero en donde estaba el juez, luego acomodaron sus sombreros en la cabeza, tomaron sus fusiles y se alejaron del lugar con dirección incierta o desconocida para José Ignacio. La tarde estaba todavía muy caliente,

aunque a lo lejos se podían apreciar unas nubes negras que amenazaban con apropiarse del cielo candente, que hasta ese momento era dominio absoluto del rencoroso sol.

—¿Marangatú se llama el otro indio, *mami*?

—Sí, ¿por qué?

—Porque quería saber si él también tenía mujer e hijos.

—Bueno, no. Pero él quería mucho a todas las mujeres como hermanas, y como no tenía hijos, así como don Vicente, todos los niños del mundo y en especial aquellos que sufren, eran para él sus hijos y trataba de consolarlos.

—¿Por qué nunca te acordás de él, *mami*? Contame algo de él.

—Bueno, ahora te voy a contar. A los pocos años, después de la partida de Cupú con su familia, llegó a la aldea Marangatú. Nadie lo reconoció. Su manera de hablar y andar como gente de la ciudad y los muchos años de ausencia conspiraron para que ni los más viejos de los aldeanos lo tuvieran en sus memorias. “Imposible. ¡No lo puedo creer!” le dijo ña Barbara, una señora centenaria que fuera su vecina, cuando le contó su nombre. “¿Qué diferente al muchachito flaco, sucio y descalzo que yo conocí. Mi cielo, me acuerdo que te gustaba conversar con las hormigas que llevaban huevo en la boca y llevabas siempre unas piedritas de colores en tu bolsa de seda verde.”

Para los ojos de Marangatú, la aldea estaba tal como la había imaginado en sus largas noches de añoranza. Aunque —reconoció— la encontró más bella de lo que esperaba. La sugestión que se imaginó traer en su corazón por la madurez de las leyendas que llevó siempre navegando en su sangre fue menos que la emoción de agarrarse de nuevo a sus raíces con la plenitud de la fuerza de su conciencia. Y como venía de recorrer grandes y ruidosas ciudades, le pareció que la aldea era todo lo que siempre había anhelado: un lugar lleno de paz. Una soledad de fuego entre la muchedumbre le había convertido en ceniza de silencio su corazón montaraz. Ese corazón que, ahora, al ver a unas muchachas sentadas a la vera del camino, sonriéndole, con los pies entre las briznas de hierbas, volvía a hacerse músculo y le latía como un pez sorprendido por la red de un pescador. Vio enfrente de la luz

trinar a los pájaros y sintió, de repente, que de los polvorientos cráteres de sus ojos corrían dos hilos de cristales líquidos hasta llegar a mojar los agrietados labios, poblados por viejas rocas de tristezas. Caminó hasta el brocal de un pozo, se miró en el profundo espejo y al verse con una sonrisa ancha se dijo terminantemente: “Aquí me quedo”. El mismo día de su llegada, como siempre lo había hecho, tomó una pala y se dirigió hacia el bosque, esta vez montado sobre un caballo, sobre cuya montura también transportó un pesado barril del que goteaban unos terrones de tierra abonada. A medida que Marangatú se acercaba al lugar de su árbol, su pecho se iba convirtiendo en un tambor, los latidos de su corazón le eran ensordecedores. El sol estaba radiante. Unos lagartos huyeron juguetonamente trepando sobre las musgosas piedras y las perdices, asustadas, volaron hacia monte adentro. Al fin, Marangatú llegó al claro del bosque y, ¡qué sorpresa!, en lugar del árbol sólo había un severo baldío de árida tierra, apenas embellecida con algunas flores silvestres y la sombra de un tronco que no sobresalía de la superficie verdequemada de los yuyos. Sintió en sus sienes el rumor de una terrible sed. Todo el bosque olía de repente a desierto en gestación. Ante la cruda visión de aquel inesperado paisaje, las lágrimas más amargas le corrieron de los ojos humedeciendo su cara primero y luego las raíces de las malvas bravías. Se arrodilló y con ternura acarició con sus temblorosas manos el tronco semi-seco. Un zumbido, como de las colmenas, surgió de súbito de las profundidades de la tierra. Era la voz del tronco y sus raíces, que también lloraban por la emoción del reencuentro. “Qué gusto me da verte”, le dijo el que fuera su árbol y Marangatú sólo movía la cabeza en señal de aprobación. “Lamento tanto no poder ofrecerte nada. Mis frutas, mis ramas, mis hijas y mi tronco se fueron y con ellos hasta mi sombra, ¿sabes? Te guardé por mucho tiempo una de mis mejores frutas. Siento mucho no poder darte nada ahora. No te he sido fiel”, se lamentaba el tronco entre sollozos. Marangatú, titubeante ante lo que estaba aconteciendo, se tiró al suelo y abrazó fuerte al tronco: “Tampoco yo te he sido fiel. Cuando te visité la última vez, me llevé una de tus frutas y estando lejos —se le quebró la voz mientras su mirada quieta

pareció penetrar en el tronco, atravesar el bosque, el cerro, el más allá de los mares y, aun más, el infinito—, estando lejos, convencido de que no regresaría, puse a germinar las semillas y... Todos estos años lo estuve mimando, dándole al arbolito el amor y el cariño que no podía hacerte alcanzar”. Los grillos cantaban alegres. El sol coloreaba de oro la cumbre del Ybytyruzú. En el baldío todo era ternura y serenidad. Marangatú se levantó y caminó hasta donde estaba su caballo y lo trajo tomando de la rienda hasta cerca del tronco. Allí le desató la carga pacientemente y puso el barril sobre el tronco. Luego retiró el caballo y, desenfundando el barril, aparecieron dos preciosos arbolitos de pacurí. Marangatú tomó la pala e hizo un hoyo entre las raíces del viejo tronco, quien al darse cuenta de qué se trataba, sollozó amargamente de felicidad. Marangatú abandonó el fondo del pozo recién abierto, le echó agua y con cuidado transplantó allí a uno de sus arbolitos. El vigor y la pasión de unos rayos del sol se desataron entonces sobre el baldío, llegaron filtrándose ruidosamente por entre el espeso follaje cercano y arremansándose formaron un extraño círculo alrededor del viejo tronco. Los ojos enrojecidos de Marangatú se llenaron de lágrimas y su corazón, al igual que las nubes del cielo con la tormenta, se exasperó ante la grandiosidad de la emoción sentida. Había deseado tanto aquel momento que no podía creer lo que estaba viendo. El tierno arbolito, sintiéndose en un lecho más seguro, movió lentamente las hojitas en un gesto de agradecimiento para con sus padres. Marangatú, parado en el círculo en ascua, parecía flotar, sonreía y se secaba las lágrimas de sus ojos al escuchar la emocionada voz del viejo amigo que le decía sin cesar con trémulas vibraciones: “Muchacho, muchacho, qué gusto me da verte”. Ahora duérmete, hijo, ya es tarde.

Todavía le parece a José sentir las manos de su madre acariciándole su cabello hasta que el sueño aparecía por la ventana entreabierta. Aquella última noche de cuento fue una de las más dulces, ninguna memoria amorosa podía dejarla de lado. José Ignacio nunca pudo sacarse la duda de si el cuento aquel seguía o terminaba.

En el pajonal, el agudo aullido de la tormenta, de un silencio inadvertido, envolvía a José Ignacio, que se sentía extrañamente nervioso y confundido. No era la primera vez que experimentaba esa sensación, siempre le llegaba, con puntualidad, después de haber recordar los cuentos que su madre le contaba de niño. La soledad le hacía sentir como sitiado por un profundo abismo. Se levantó y, mareado totalmente, se agarró del tronco del árbol solitario que le estaba brindando su sombra azulada. Se había abrazado con tanta fuerza al tronco que se escuchó un fuerte crujido subterráneo, como el de una raíz que se quiebra queriendo saltar al aire. Al escuchar el rumor, José se separó del tronco y le acarició como pidiéndole perdón o dándole las gracias por evitarle la inminente caída.

86 Lentamente sintió que la tormenta iba pasando. Miró deslumbrado los rayos de luces en su entorno y aspiró una y otra vez hasta colmar sus pulmones de un aroma remoto y sensual que el aire tibio hacía llegar desde algún lugar desconocido por encima del pajonal hasta la azulada sombra de su árbol. Miró hacia el sol para imaginarse la hora; luego, volvió a sentarse con lentitud en el mismo lugar de antes y siguió rememorando su atribulada niñez. Había dejado atrás la planta del níspero. Ahora estaba cebando tereré a su padre y otros milicianos reunidos bajo la sombra de un enorme eucalipto, cerca de la cancha-pista de aviación. Los milicianos se entretenían mirando a un grupo de “verdeolivos” jugar a las cartas y sacarse alguna espina que se les había introducido en los pies. La tarde era bella y fresca. El cercano cerro exhalaba un inquietante olor a fósil y retoño de palmera. Ahora recuerda. El sol estaba por traspasar la línea del horizonte cuando, como una libélula oscura, apareció de entre el fuego del ocaso la avioneta. Los soldados habían salido corriendo para espantar a las distraídas vacas que pastaban en la

pista. Aterrizó. Aún tenía su motor en marcha cuando los milicianos con sus fusiles en mano la rodearon como temiendo que volviera a levantarse. José pudo notar una pequeña diferencia con las que habían aterrizado días atrás, ya que ésta no tenía la banderita roja, blanca y azul en la cola, sino un pequeño rectángulo de color verdeamarillo. Miró el rostro de su padre y lo vio lleno de tensiones. El motor se paró y todos los milicianos se acercaron más al aparato sin ceder en sus concentraciones. Ante la expectativa general, un hombre con anteojos oscuros descendió del aparato. El silencio pareció multiplicarse ante su presencia. Miró a los milicianos con un aire más despectivo que de superioridad y, dando media vuelta hacia donde estaban los “verdeolivos”, los llamó con un gesto de la mano. Luego caminó hacia la puerta trasera del aparato y al tiempo de abrirla les dijo: “Comisario Irra, este paquete es para vos”. El comisario del pueblo y los milicianos se miraron como interrogándose, porque al parecer nadie sabía que el hombre de uniforme verdeolivo era el temible comisario Irrazábal, mano derecha del coronel Colmán. Un murmullo de admiración se escuchó entre los milicianos cuando el comisario se abrió paso por entre sus soldados y se dirigió hacia la puerta de la avioneta.

—¿Este paquete me envía mi coronel? —preguntó.

—Sí, y parece que entre ellos hay algunos parientes de nuestros cuates —dijo el piloto y le guiñó un ojo.

El comisario miró a los milicianos y rió sarcásticamente.

—Ya están todos interrogados y te sugiero que “soluciones” esta misma noche para evitar complicaciones innecesarias. ¿No encontraron a los prófugos de la vez pasada, comisario?

—Sí, mi teniente, a uno lo agarramos en Yuty, al médico. Teófilo Sánchez había sido que era su nombre verdadero. El yanqui nos dijo que le cortáramos los pies y ahí está en la plaza.

A los demás seguro que ya les comieron los tigres. En las condiciones en que estaban no pudieron irse tan lejos. Por toda la zona hicimos una peinada, revisamos casa por casa y no hay indicio de ellos. Además, la gente está colaborando con nosotros, cualquier sospecha están denunciando, en esto la preocupación del gringo es exagerada.

—Bueno, pero de todas maneras es mejor que mi coronel no se entere. Si vuelve a ocurrir otra fuga no te vas a salvar muy fácilmente —observó el piloto al comisario, tirando del interior del aparato unas piernas desnudas.

88 Como si fueran unas cosas líquidas, empezaron a chorrear hacia afuera unos cuerpos cubiertos con hilos de sangre y babas. El aire se puso pestilente. Se llenó de un olor nuevo para José Ignacio, que contemplaba la acción de los militares desde muy cerca. Aquel olor —recuerda ahora sentado bajo su árbol— no sólo se podía percibir por el olfato, sino que entraba por los poros para perturbar los más recónditos lugares del alma y lo menos que uno deseaba era huir lejos de aquellos hombres podridos que chorreaban del interior de la avioneta y que, sin embargo, parecían sólo generar en los verdugos un odio desmedido, un frenético deseo de acabar con ellos; no simplemente matarlos, sino desaparecerlos, evaporarlos hasta dejarlos hechos una nada. Cada prisionero que gimiente se asomaba con la elasticidad de una cosa acuosa, era acometido por el cardumen de pirañas humanas. Les parecía muy poca cosa el daño que les causaban los culatazos de sus fusiles y sus patadas, por ello buscaban las palabras más soeces para insultarlos, luego los escupían, los hacían revolver por el suelo pedregoso de la pista de aviación hasta que tomaban la forma de una cosa en desorden. Los prisioneros, si podían, sólo pedían por favor que los mataran. El ruego dejaba

perplejos a los verdugos, que no atinaban a seguir golpeando por temor a complacer a los indeseables.

Las oscuras nubes que se levantaban hacia el poniente aceleraron la llegada de la noche. El teniente cerró bruscamente la puerta del avión y dijo: “Ya está bien, Irra, ya están interrogados. Ahora lleve a sus milicianos y hagan su trabajo. Nosotros —dijo mirando a los otros cuatro militares que le acompañaban— vamos a revisar nuestros espineles, a lo mejor cayó alguna maestra”. Y se reían.

Los rayos de la luna que se filtraban por los pequeños huecos de las inquietas nubes, depositaron sobre el pajonal un polvo fosforescente. Las líneas que enmarcaban los contornos del cerro y los árboles, con la llegada de la noche, habían desaparecido, pero ahora con la luz de la luna volvieron para representar un extraño paisaje hecho de sombras y medias luces. En la hondonada, la aldea de Chararâ, bajo el influjo del temor y la luna llena, parecía dormir. Las casitas de pajas y barro eran blancas y bellas como los recién nacidos hongos, a pesar de que sus calles sin nombre eran sólo habitadas por los ladridos fúnebres de los noctámbulos perros sin dueño. Cada vez era más fácil a los ojos distinguir los objetos sin acentuar la adivinanza. La claridad azulada parecía más resuelta con acabar las distorsiones nocturnas. De pronto, una mano enemiga y poderosa le tapó la cara a la luna y sólo quedó sobre el aura del pajonal la fosforescencia de unos furibundos relámpagos. El mundo estaba a oscuras.

La luz de los primeros relámpagos sorprendió al comisario Irrazábal dando orden a los prisioneros para que “se cavén sus propias tumbas”.

—Estos desgraciados huelen demasiado feo para dejárselos a los chanchos —dijo a sus compañeros, después de referirles lo que el coronel había hecho con Rotela, uno de

los jefes revolucionarios capturado y ejecutado en San Juan Nepomuceno.

Y, como recordando algo que se le había olvidado, agregó:

—Está terminantemente prohibido colocar cruces sobre las tumbas de los guerrilleros. Ninguna señal está permitida.

Cada vez que la luz de la única linterna de los “antiinsurgentes” se apagaba, la noche parecía descender más, hasta que la explosión de un relámpago la hacía retroceder.

—Parece que se viene la tormenta —dijo uno de los civiles.

—Sí, acabemos ya con estos —sentenció el comisario y, tomando una linterna, ordenó a los rebeldes que pararan ya de cavar.

90 Les ordenó a los milicianos que les sacaran las palas y que los hicieran sentar a todos sobre el borde de la fosa. Así lo hicieron.

—¿Y qué? ¿No van a gritar: “Viva el Movimiento 14 de Mayo, viva la libertad, viva el pueblo paraguayo”? —preguntó burlonamente el comisario y mano derecha del coronel, al tiempo que alumbraba los desfigurados rostros.

El silencio. Tan sólo silencio había en aquellos rostros desfigurados. Un silencio sublime que grita ahora José Ignacio, esperando que lleguen los del comité de la iglesia.

El relampagueo seguía. El aire empezaba a oler a tierra mojada. El comisario agarró un machete y, acercándose a los prisioneros sentados al borde de la recién abierta fosa, los incitó:

—¡Vamos, vamos! ¿No van a gritar: “¡Asesino!”?

Repasó nuevamente con la luz de la linterna los rostros como esperando una súplica, pero no encontró en ellos nada, ni rabia, ni hostilidad, ni protesta, ni amargura. Sólo el porfiado silencio que les servía de comunión y confabulación. Exasperado por el mutismo de los prisioneros, el comisario tomó del cabello a una de las dos mujeres que se encontraban entre los siete sediciosos y le dijo:

—Es tu última oportunidad para decir algo —poniéndole el filo del machete en el cuello.

Nada. La prisionera siguió muda, como tratando de recuperar algo recién perdido en el laberinto de la memoria.

—¡Hable ya, perra de mierda! —gritó uno de los milicianos.

El comisario alumbró la cara de los voluntarios con rapidez. Era la cara del padre de José Ignacio, que estaba lleno de sudor y lágrimas. A grandes carcajadas rió el comisario y cuando volvió la luz de su linterna hacia el suelo, ya estaba en la fosa el cuerpo degollado de la rebelde.

—Ahora ustedes —dijo a los otros prisioneros y, tomándolos del cabello, les fue dando machetazos en la nuca a cada uno.

Llegó el rugido de la tormenta, primero; después, la torrencial lluvia que rápido ahogó el olor de la sangre y muerte surgido de los degollados cuerpos que allí quedaron semienterrados.

—¡Vamos! ¡Caven ya! —ordenó el comisario a sus hombres.

Los sepultureros, con la cara chorreante de sombras, sudor y lluvia, bailotearon un poco sobre el montón de tierra castigada y luego huyeron perseguidos por la tormenta.

José Ignacio, mojado por el sudor del miedo y la lluvia, pasmado por el espectáculo que acababa de presenciar, se acurrucó entre sus propias piernas. Estaba paralizado, escuchando desde el pajonal los últimos eruptos de borrachera que los verdugos hacían en su huida precipitosa hacia el pueblo. Inmovilizado por el asombro, José vio a la luz de los relámpagos cómo la fuerte lluvia y los millones de hojas, briznas y ramitas iban borrando las huellas del crimen. Fue entonces que se levantó instintivamente, ató dos palos en cruz y fue a clavarlos sobre la herida de la tierra, que iba cicatrizándose velozmente. Aún seguía cayendo la lluvia con fuerza cuando José Ignacio cruzó el portón de su casa, despacio,

parecía presentir el cansancio de vivir sosteniendo una enorme cruz en la memoria. Al día siguiente, como era domingo, se levantó temprano, espío la cama de su padre. Vio que estaba vacía. Dio de comer a los animales y se fue corriendo a la iglesia.

El sol veraniego, apaciguado por la lluvia de la noche anterior, irradió unas varas de luces por entre las nubes en retirada. En el aire limpio y perfumado, los montes y cerros relucían como en primavera.

Nunca hubo tanta gente como aquel domingo en la fila del confesionario, porque hasta los turcos y judíos se confesaban, recuerda ahora José Ignacio, sorbiendo su tereré. Cuando le tocó su turno, con gran entusiasmo, aunque sin tantos detalles, le comentó al padre Benítez lo que había visto.

92 —Padre, allá en el pajonal mataron a unos hombres —y pensando que al sacerdote le gustaría, agregé—: recé, padre, recé por ellos.

—Mal, hijo —le reprochó el padre—. Ellos no son cristianos. No deben llevar la señal de la cruz. Cometiste un pecado muy grande, debes irte y sacar ese símbolo sagrado. Ahora, como penitencia, vaya y rece un “Yo, pecador” con dos padres nuestros y después de cumplir lo que te pedí, nunca vuelvas a ese lugar que estará por siempre habitado por los muertos que viste. Ellos pueden contagiarte sus tristezas y pecados.

—Amén —dijo José Ignacio y se retiró.

El día estaba radiante; el aire, embalsamado por el olor de la tierra mojada y la llanura, reverdecida. Era casi mediodía cuando José Ignacio regresó de la iglesia a su casa. Recuerda ahora que nunca antes quiso exhumar esta parte de su memoria terriblemente oscura. Entró en el portón de su casa apresurado por el hambre que le retorció las tripas (hacía casi veinticuatro horas que no probaba bocado), pero se encontró con la sorpresa de

ver a su tía Emilia, con dos vecinos más, cargando en una carreta tirada por dos bueyes las sillas, mesas, camas y todas las cosas que podían llevarse.

—Desde hoy vas a vivir conmigo.

Fue todo lo que le dijo su tía al verlo llegar.

—¿Y mi mamá? ¿Mi papá no va a regresar?

La tía no sabía qué hacer, si inventarle una mentira o contarle la verdad. Se le acercó y le abrazó fuerte, pero no le dijo nada. En aquel gesto de compasión, José Ignacio presintió por primera vez que algo grave estaba pasando a sus padres.

—¿Dónde está mami? ¿Dónde está mi papá? —exigió saber.

La tía empezó a llorar. Sólo lloraba y le apretaba fuerte. Al final dijo:

—Tu papá nos dejó para siempre. Esta mañana lo encontraron ahorcado en la caballeriza de don Otto, el alemán.

José Ignacio recuerda ahora con tristeza que esa misma tarde lo enterraron al costado del cementero de Ciervo Cuá sin ninguna clase de ceremonia.

La primera noche en la casa de la tía Emilia fue terrible, recuerda José Ignacio, mientras la mira ascender la loma, guiando al grupo de personalidades venidas de la capital y encabezado por el doctor Vargas, del comité de iglesias, área de los derechos humanos. Les acompañan algunos lugareños armados con palas y azadas.

La noche aquella soplaban un fuerte viento del Norte, que doblegaba como tiernas briznas las gigantescas copas de los eucaliptos y apagaba a cada momento las llamas de la vela. Desde que llegó, José Ignacio se sintió incómodo en su nueva casa. No podía comer, estaba cohibido por la vergüenza. Se sentía observado por extraños ojos que le espiaban desde detrás de

los horcones. Cuando ya todos estaban dormidos, él seguía mirando los nidos de avispas coloradas colgados del techo. Oyó afuera el crujir de las hojas secas y sintió miedo porque escuchó que algo feroz mordisqueaba el quicio de la puerta. Se sintió sitiado en su angustia, le pareció ver por un segundo que la puerta se entreabría y que algo sin cuerpo entraba, recorría la pieza y se introducía bajo su cama. José Ignacio saltó hacia la mesita y, tomando la caja de fósforos, logró prender otra vela con la que iluminó la habitación. Pasó la noche sin poder conciliar el sueño y sin tampoco poder llorar como le hubiera gustado.

—Acá es —dijo la vieja Emilia, señalando el árbol solitario del pajonal.

94 José Ignacio se levantó y desde la sombra del árbol saludó con su sombrero a las gentes que venían llegando.

La vieja Emilia se mostraba en extremo comunicativa. La idea de poder plantar una cruz para que descansen aquellas almas en paz la entusiasmaba.

—Padre —dijo al doctor Ayala confundiéndolo con un sacerdote—, yo recé por quienes fueron muertos cerca del arroyo Pirapó, cerca del... al ladito del puente. Y les puse unas cruces pequeñitas a pesar de las prohibiciones. Allí fueron más de veinte los muertos. Todo el pueblo vio cuando los llevaron hacia allá. Iban atados unos con otros como animales. Todos eran gentes de la zona, liberales traídos como rebeldes, pero como yo conocía a muchos de ellos sabía que eran cristianos, hijos bautizados. Por eso un día que el ministro Insfrán, Eduardo creo que es su nombre, estaba en la alcaldía, fui y le pedí para rezar por ellos un rosario y él me respondió que no era necesario, que aquellos eran animales, que ni una cruz había que ponerles. Pero igual un día me fui y les hice una obra de caridad... De éstos —dijo señalando el árbol—, no sabía nada hasta que hace pocos meses

José me contó. ¿Verdad que es debajo del árbol? —preguntó entusiasmada a José Ignacio, que le respondió afirmativamente y se retiró de la sombra del árbol para ir a sentarse entre unos arbustos en donde siguió tomando su tereré y exhumando sus viejos recuerdos.

Esa tarde de domingo —lo vuelve a recordar ahora con toda claridad— enterraron a su padre, supuestamente ahorcado, al costado más oscuro del cementerio de Ciervo Cuá, sin ninguna ceremonia religiosa y por supuesto sin ser velado. El sol había ido opacándose poco a poco con el correr de la tarde. José Ignacio y unos pocos parientes, entre ellos ña Emilia, regresaban del cementerio sumidos en un profundo silencio. A la tarde violácea y de atmósfera embalsamada por los azahares de los naranjales inmensos, sólo le iban quedando algunos indecisos tintes del arrebol de la tarde. Al llegar al pueblo, el solemne silencio en que venían marchando se fue poblando de alaridos de perros y alguno que otro mugido. El sol había traspuesto la comba de las cuatro cumbres de unas oscuras y amenazantes nubes que se acercaban con rapidez, llenando con su extraña fragancia las angustiosas horas.

Al llegar al pueblo, con el pretexto de ir a cerciorarse de que no había quedado nada sin recogerse, José Ignacio se separó del grupo y se dirigió hacia la que fuera su casa. Antes de llegar vio en el patio, muy cerca de su arbolito de tayí, a las inquietas cabras que, presintiendo el abandono y la inminencia de la tapera, festejaban gozosas corneándose entre sí debajo de los árboles y a veces hasta en el galpón. Cuando vio de lejos a los intrusas, José corrió a espantarlas con unos cascotes. Después se dirigió a la parte trasera de la casa para tomar una bolsa de arpilleras vieja y una pala que habían quedado olvidadas cerca de la huerta. Respirando profundo, caminó hacia su arbolito. El aire olía a

menta. Como le había enseñado su madre, desenterró con cuidado el orgulloso lapacho para transplantarlo.

En la loma, igual que la noche anterior, la tormenta llegó con un rugido, haciendo retorcer las añosas palmeras y levantando como enormes rastrillos las briznas del pajonal. Ceremoniosamente, José Ignacio sacó la pequeña cruz que había improvisado la noche anterior sobre la fosa común y en su lugar se dispuso, ahora bajo la copiosa lluvia, a trasplantar su arbolito preferido. Para no deshacer la crucecita se alejó unos diez metros del arbolito y removió con la pala la tierra, amontonándola a la manera de una tumba. Plantó allí nuevamente la cruz haciéndola mirar hacia su recién transplantado lapacho, al que había cubierto con pajas y ramas secas para protegerlo. Cerca del pajonal se oía el estruendo de la lluvia al caer sobre las hojas de los bananos, ahogando todo otro sonido.

96

—¿Podés invitarme con tu tereré? —le preguntó uno de los excavadores a José.

Él pareció sorprendido por la pregunta, pero se levantó y trató de servir el mate sin darse cuenta de que la jarra estaba vacía.

—Ahora vengo —dijo el hombre que estaba en la fosa, dirigiéndose hacia el rancho con la intención de traer más agua.

Por el camino, a medida que bajaba hacia el manantial, resonaba cada vez más fuerte el eco de las palabras de su tía Emilia. Cada palabra le era como un martillazo en las sienes: “Allí fueron más de veinte. Yo recé por quienes fueron muertos cerca del puente de Pirapó”.

Fue una mañana brumosa. El viento tiraba del pelo a los árboles. Cabalmente aún no hacía un mes que oficialmente la guerrilla había sido exterminada, aunque la gente de la zona seguía sintiendo el peso de la guerra en su espalda. Si fue el silbato del aserradero Fasardi o si fueron los gallos del pueblo quienes

marcaron la hora del mediodía, ahora José Ignacio no lo recuerda. Aquella mañana con su amigo Agustín pescaban en el arroyo Pirapó. Al escuchar el ruido del motor de un vehículo que se separó en la cabecera del puente, José Ignacio y su amigo recogieron sus anzuelos y se fueron con sigilo a espiar a los recién llegados. Pensaron que podían ser los militares, pero al acercarse al lugar comprendieron que era un vehículo diferente de los que estaban acostumbrados a ver. No era un Toyota verde, sino de color blanco, con un acoplado sucio que se parecía a los vagones del ferrocarril. Los ocupantes, todos vestidos de civil, preguntaban algo al comisario Irrazábal, que sí vestía su uniforme verdoso, y éste les señalaba con el dedo un sitio cercano al puente, hacia la izquierda, si uno miraba hacia el pueblo, o hacia la derecha, si observaba hacia San Juan del lado de Asunción. Varias botellas de whisky pasaban de una mano a la otra, al tiempo que los civiles se iban disfrazando, poniéndose impermeables amarillentos, botas de gomas y en la cara unas máscaras parecidas al hocico de los cerdos. José Ignacio y su amigo Agustín, desde la complicidad de la espesura de los arbustos cercanos estuvieron presenciando sin ningún susto la extraña metamorfosis de los visitantes, escuchando sus bromas y observando sus acciones.

—¡Mira! ¡Parecen monstruos! —dijo Agustín.

No hay más monstruo que el hombre mismo, reflexiona ahora José Ignacio sentado a poca distancia de su árbol y del bullicio de la gente curiosa y de los gruesos terrones de tierra que van formando una gran pila de sombra azulada.

El efecto del alcohol empezaba a sentirse en los hombres porque todo era broma y risa entre ellos. Se acomodaron la máscara, se pusieron los guantes y con las palas al hombro se dirigieron al lugar indicado por el comisario. Con unos recios machetazos despejaron los voraces yuyos que empezaban a abalanzarse

sobre la tierra removida, y empezaron a cavar. El eco de las paladas parecían suspiros que hacían vibrar todo el subsuelo del monte. Como envuelto en una capa de vapores sombríos, de otro mundo, el comisario observaba la escena recostado en la puerta de la camioneta con una botella en la mano. De pronto pareció que la sangre se le helaba en las venas por el cuadro de horror que presenciaba. Una letanía lúgubre de lamentos fatigosos y gritos de ayes desgarradores llenaba el bosque. Exasperado tiró la botella contra unas raíces de bambúes que la erosión de la última inundación había dejado al descubierto. No era sino el zumbido del viento que añascaba el espeso follaje lo que le pareció al comisario un lamento desolador, lamento que al principio quiso ignorar tapando sus oídos con las manos. Vio entonces que los centenarios troncos se retorcían en gesto de dolor y, al agrietarse su piel, daban paso a borbotones de espumosa sangre. El comisario palideció y se hubiera caído de no agarrarse de la puerta de la camioneta. Uno de los hombres de civil, que supervisaba a los demás, lo miró extrañado y le preguntó qué le pasaba, pero él, sin decir palabra, se puso un pañuelo en la nariz y salió corriendo en zigzag hacia el puente. Un silencio trágico, total, quedó reinando entre los hombres.

El aire perezoso parecía desvestirse ante los ojos desnudos de la tarde. Aparte de la lucha de las palas contra las avaras raíces, no había nada que quebrantara la quietud. Era tan abrumador el silencio que los pocos pájaros que no huyeron del fragor de los fusiles, aturcidos, se descolgaban de las ramas de los árboles y caían a la fresca zanja de los cadáveres descarnados. Los hombres de la Operación Cesárea, como denominó el supervisor la tarea de exhumar los cadáveres de los rebeldes para llevarlos adonde ni el diablo, con su tiempo infinito, pudiera encontrarlos, no parecían muy felices con su trabajo. Fatigosamente se secaban el frío

sudor con las incómodas manos enguantadas. Parecían impresionados por los fetos barbados y de cabelleras largas que extraían del vientre de la tierra fangosa. Todas las sonrisas sin labios, los ojos sin sombras y hasta el lodo adherido a los cuerpos musgosos, le parecían amenazantes. Descontenta e insatisfecha la tierra, de no poder terminar su digestión vengativa, no disimulaba su rabia. En su gesto de prenderse al cabello de los cadáveres se le notaba al lodo su envidia al viento que, libremente, podía cantar entre los paladares semiquebrados, enraizados y trágicos, pero a la vez bellamente burlones, de los exhumados.

Detrás de los arbustos, apartando delicadamente con las manos las hojas y sosteniendo la respiración, José Ignacio contemplaba la extraña labor de los hombres enmascarados. Miraba al amigo que tenía a su lado y se preguntaba mentalmente a quiénes pertenecerían aquellas piernas flácidas y descarnadas que como culebras trenzadas se resistían al ordenamiento. ¿En qué casas habrían vivido aquellos cuerpos antes de haber sido lanzados a aquella zanja? ¿Cómo habría sido el camino que vio pasar sus niñeces? ¿Cómo habrían sido sus padres y sus amigos? Alguien, como si fuese un árbol, una mujer, una madre, ¿les estaría esperando en la puerta de una aldea silenciosa? ¿Serían ellos, los desenterrados, honestos padres de familia que regresaban de un mundo sin futuro con una nube de sopa caliente para sus hijos en la cabeza? Su amigo Agustín le miraba y parecía querer darle alguna respuesta a sus raras preguntas, pero no sabía nada. Nadie en verdad sabía nada sobre aquellos hombres infortunados. El coronel Colmán interrogó y ellos prefirieron no hacer callar el silencio que hablaba por ellos. Sí, recuerda ahora José Ignacio, se refugiaron detrás del silencio porque estaban sucios con el miedo de la gente y sabían que ninguna de sus verdades le sería reconocida a la luz del día, que hasta sus palabras más

blancas se las compararían con la rabia del lodo, y que lo lógico era que hasta las almas más limpias terminasen creyendo que habían venido a escupir la cara de Cristo, a cortar las manos de los creyentes, a cometer los crímenes más horrendos. Y no realmente a pensar en alegres maizales, como le dijera un día don Vicente durante una confusa charla que tuvieron, a orilla de la laguna, sobre la ausencia de su madre.

—Pobre gente, que Dios los tenga en su gloria —dijo ña Emilia al pasar, con una enorme cruz de madera improvisada en el pajonal, por enfrente de José Ignacio, que ya había regresado del riacho con su jarra de agua fresca, sustrayéndolo así de las garras de su álgidos recuerdos.

100 Un fuerte olor a tierra recién removida embalsamaba la tarde. José se levantó, miró a su alrededor, vio a la gente (en su mayoría pobladores de la zona) afanándose entre las raíces de su árbol. Procurando entender lo que estaba ocurriendo, le vino una tremenda gana de vomitar. Se sintió abrumado por todo lo que estaba ocurriendo y por lo que había ocurrido en su recuerdo. Se acercó a la sombra de su árbol y vio las desnudas raíces, temiendo que se derrumbara. Sugirió que se le pusieran puntales, pero le dijeron que no, que ya no era necesario seguir cavando. Mientras algunos se dedicaban a limpiar los objetos desenterrados, José Ignacio y otra gente del pueblo se pusieron a rellenar la fosa abierta debajo del árbol. Luego él se retiró hacia el pajonal para secarse el sudor que le corría por todo el cuerpo y tomar un poco de agua que su tía Emilia le ofrecía.

En la orilla del Pirapó los cadáveres desenterrados eran puestos en bolsas de plástico y depositados en el furgón de la camioneta blanca. ¿Cuántas bolsas habían sido? ¿Veinte? ¿Treinta? José Ignacio ya sabía contar hasta cien, pero aquella vez no se le ocurrió contar. Su preocupación más grande era la posibilidad de

que los enmascarados subieran hasta la loma del pajonal y, desconfiando de su arbolito, desenterraran su secreto. Ahora José Ignacio tiene los ojos perdidos hacia el pajonal. Nuevamente está hipnotizado por el fuego del recuerdo.

Tal como lo temía, la camioneta blanca se dirigió hacia la loma. Al cruzar el puente, se unió otra vez a ellos el comisario Irrazábal y cuatro civiles más, entre ellos el presidente de la seccional colorada del pueblo, que ahora estaba presente en la exhumación. Cuando llegaron a la lomada, cerca de la improvisada pista de aviación, el comisario Irrazábal, adelantándose a los demás civiles para internarse en el pajonal, taconeó una montañita de tierra floja y dijo: “Acá es, mi teniente”. El corazón de José Ignacio saltó de alegría, pues su arbolito lucía nuevas y saludables hojas. Estaba como a cinco metros del lugar indicado por el comisario. Su amigo Agustín le vio la cara de felicidad y aun sin saber la razón le abrazó con fuerza en señal de solidaridad. José Ignacio se mostraba sumamente feliz de su idea de transplantar su arbolito sobre la tumba de aquellos desconocidos, ya que en un principio se le había ocurrido sólo poner una piedra sobre la fosa y prenderle fuego al pajonal para que las cenizas borrarán las huellas de la tierra removida. Pero ahora, a menos de un mes, los yuyos, con la ayuda de la lluvia, habían hecho desaparecer todo indicio de la fosa.

El comisario había anunciado a los demás con seguridad el hallazgo del lugar buscado porque había visto la rudimentaria cruz que José Ignacio improvisara sobre el montón de tierra. Antes de dar el aviso, con expresión de felicidad había tomado los palitos cruzados y, tras contemplarlos con una maliciosa sonrisa, los había desarticulado, haciéndolos volar por el aire. El día iba avanzando con lentitud, pero el calor no cesaba. Cada vez era más intenso. “Si el infierno es así, tendremos

que comprarle al cura de Charará una sala con aire acondicionado”, bromeó el comisario. Primero fueron los hombres de capas amarillas quienes cavaron; después, en otra parte, los cuatro civiles; luego, al lado de la primera fosa, el exasperado comisario, hasta que un hombre medio gordo, de postura intransigente, desahuciado por el calor y la humedad dijo: “Olvídense, vamos ya”.

Los hombres de la camioneta blanca se alejaron. José y su amigo Agustín se acercaron a los pozos recientemente cavados. En principio fueron por simple curiosidad, pero luego descubrieron que también se acercaron con la esperanza de encontrar algo de valor que pudieran haber olvidado los hombres en su súbita retirada. Nada encontraron: sólo quedaban algunas botellas vacías y unas cuantas lombrices destrozadas. Sin decir palabra a su amigo, José Ignacio se internó en el pajonal y allí vio que una hiedra de afiladas uñas estaba amenazando con enroscarse a su arbolito. Con mucho cuidado separó la planta trepadora de su retoño y la dirigió hacia otro lado. No quería arrancarla por temor a señalar el lugar de su secreto. Fue aquel día que tomó la determinación de proteger, con su vida si fuese necesario, su árbol. También aquel día tomó plena conciencia de lo difícil que iba a resultarle mantener viva una memoria prohibida.

Atraído por las estridentes campanadas de las palas al entrecrocarse en el borde de la fosa reabierta, José Ignacio recogió su pensamiento y su mirada que regresaban del abismo del tiempo. Tropezó con la del sol, que apaciguado por la vejez, apenas irradiaba unas tímidas varas de luces por entre las nubes del ocaso. El aire olía a tierra hecha de corazones. El doctor Vargas sostenía en sus manos un pedazo de hueso terroso y con excitación se empeñaba en explicar a los demás que aquello era “otro fémur”. Los demás tomaban el hueso y tras darle una vueltas

lo pasaban con parsimonia a la persona más cercana. A medida que aparecían los restos óseos, los lugareños iban multiplicando sus rezos y sus cantos sagrados. Los objetos desenterrados del umbroso lugar iban siendo expuestos, a pedido de los fotógrafos, sobre un mantel blanco, ubicado a propósito en la parte más iluminada del pajonal. Era casi una fiesta observar al juez, al comisario y al cura del pueblo el interés con que analizaban las dentaduras postizas, cráneos, botones y algunos pedazos de tela conservados milagrosamente en el subsuelo a través de los tiempos. Los fotógrafos y periodistas también se disputaban las presas, conscientes de la nueva situación profesional que se gestaba en el país. Estaban incrédulos viendo al comisario ayudar a la gente a acomodar los huesos sobre la blanca sábana. En medio siglo de amordazamiento, la prensa había perdido la capacidad de decidir por sí misma lo que podía ser noticia y lo que no.

103

—Delvalle, ¿qué opinión te merece todo esto? —preguntó el doctor Vargas a la vez que hacía un gesto con la mano que abarcaba todo lo expuesto encima del mantel.

El señor Delvalle, uno de los periodistas más prestigiosos y críticos de la dictadura pasada, alisó su gran bigote en un gesto de madurar primero su opinión antes de dar.

—La lección que estos huesos nos enseñan es que no sólo la debilidad de la sombra paternalista de los generales, envueltos en el Golpe pasado, devolvió su libertad al pueblo. Ellos mismos se fueron liberando. Aquí hay prueba de que hace treinta años el pueblo ya luchaba y moría por liberarse de la dictadura.

—¡Pero eran unos suicidas! —intervino el juez de paz.

El periodista se calló y levantando la mirada hacia el juez, vio al borde de la fosa muy entretenido al párroco del pueblo limpiando un objeto encontrado dentro de lo que alguna vez podría haber sido una media de nylon. La voz cansada y semirronca de

la vieja Emilia subía y bajaba de tono implorando por el eterno descanso de los desenterrados. José Ignacio también contemplaba al sacerdote y, sin quererlo, recordó lo que éste le dijera aquel domingo en el confesionario: “Aléjate de ellos que no son cristianos, pueden contagiarte con sus tristezas”.

Ebrias del calor del día y del extraño aroma de la brisa serrana, las cigarras dejaron de cantar. Sobre los potreros empezaba a caer la sangre del sol moribundo. A medida que el cura le iba sacando brillo al objeto diminuto, también le brillaba la sonrisa un poco más. Pero súbito, con la velocidad y agilidad de un felino, José Ignacio se abalanzó sobre el sacerdote, arrancándole de las manos el material brillante. Sorprendido, el cura quedó paralizado, con las manos extendidas en el aire, como aquella que desde un abismo señala la cumbre lejana, y al ver que era José Ignacio quien le había arrebatado de las manos el aro, quedó lleno de vergüenza. Un frío extraño se adueñó de su cuerpo y de su mente, y no le dejó tragar las palabras coaguladas en la garganta. Un sin límite de cosas que creía ya olvidadas, le llegaron en aquella fracción de minuto que le pareció una eternidad.

104

—Dios te salve, María...

El rezo monótono de la vieja Emilia le hizo recobrar al cura movilidad y su mente empezó a girar vertiginosamente en procura de encontrar un control a la desagradable situación. Ante la sorprendida mirada de toda la gente, José Ignacio metió la mano en el bolsillo de su gastado pantalón y sacó envuelto en una hoja de papel otro aro: perfectamente igual al primero.

ENCUENTRO

Con un salto, Saturnino se apartó del angosto camino que bajaba hasta el arroyo. Una yará enroscada peligrosamente dormitaba en la ardiente y sucia arena.

Tomó un manojo de hierbas secas, para limpiar después el machete con el que pensaba dar muerte a la víbora. El sudor le corría por el cuerpo y mientras se limpiaba la cara con el dorso de la mano se puso a analizar una nube, apenas visible, por la distancia. El aire no olía a lluvia; luego miró el arroyo que, por la sequía, apenas tenía un hilito de agua en su vientre. “Carajo, si no es la sequía es la inundación. Si no son los fusiles, son las leyes. Polvos, miserias, calor, espinas, plaga, hombres, animales, plantaciones, palabras y sueño. Todos estamos maldecidos y sitiados”, dijo.

105

Miró un rato a la serpiente y la dejó durmiendo.

MEMORIA DE LA SOLEDAD

I

En la región del Guairá, pegada a la cordillera del Ybytyruzú, en una de las lomas más floridas del valle, se alzaba una magnífica casa solariega conocida como La Soledad. Al caserón, de gruesos adobes, convergían varios senderos de piedras pulidas por el tiempo, y lo rodeaban altas murallas de ladrillos, con revoques salpicados de coloridos trozos de cuarzo que brillaban al sol y a la luz de las estrellas como diamantes.

107

Se decía que don Blas Vicente Bordón, el solitario dueño de La Soledad, había heredado tanta fortuna de sus antepasados, que era capaz de tirar al río una carreta llena de monedas de oro sin que menguase su riqueza. Pero aun siendo en extremo generoso, no tiraba ni una cáscara de huevo, pues tampoco era ostentoso. Usaba, sí, su riqueza para satisfacer sus pequeños antojos de filántropo aficionado y las naturales debilidades del gran corazón de su joven, elegante y piadosa mujer, Angélica.

La vida en La Soledad transcurría serenamente, en paz. El limpio cielo del Guairá tenía una relación con el anhelo humano: su color invitaba a soñar y correr hacia la libertad y la alegría; era una gran bóveda azul donde retumbaba, como un complemento sonoro de la aurora, el relincho de los caballos salvajes y el canto de las aves. Sobre todo por la mañana, al desperezarse como un barrilete de oro tibio, el sol manso hacía llover entre la tenue neblina de las altas colinas unas finísimas hebras de seda dorada.

En todo el verde prado, siempre vestida de jazmines estaba la brisa, y de trémulas mariposas, los arbustos.

Aquel amanecer de otoño, que por tibio parecía primavera, las bandadas de papagayos, urracas, tucanes y otras coloridas aves bullangueras, como los loros maracanás y los tingasú, inquietos por el calor naciente, hacían mil fugaces sombras en el callado estanque del arroyo Pirapó, provocando un hervor de mariposas y de abejas; mientras, sobre la cumbre más alta del cerro, como un extraño tapiz de algodón, se asomaba lentamente una nube azul de corona plateada que presagiaba un cambio en las condiciones del tiempo.

108

Don Vicente Bordón venía de lavarse la cara en el fresco arroyo y, mientras contemplaba los alrededores de su dominio, se dejaba secar el rostro por el viento tibio, con aroma de lluvia, de la mañana. De lejos se notaba en sus ojos que estaba satisfecho con la vida. Aunque era un hombre de carácter reservado y las más de las veces estaba serio y callado, en su casa siempre había música y risas. Miró hacia su propiedad y vio a su hija Gabriela Soledad colgando de la viga del galpón unas largas y doradas serpentinas de piel de naranja y otras de papel seda que bailoteaban suavemente sobre la hamaca de cuero, donde Angélica, envuelta por un aire azul de confusión, jugaba con su fantasía. En las breves horas de descanso mañanero, sus manos, inquietas alas de paloma posadas con suavidad sobre el palpitante vientre hinchado, recreaban con fascinantes movimientos circulares la ilusión de concebir un hijo varón a fuerza de peticiones.

Don Blas Vicente Bordón era un hombre enérgico, emprendedor, de frente despejada; sus ojos claros miraban a los hombres y las mujeres con apacible firmeza; sus huesudos puños nunca se cerraban con injusta violencia, jamás su voz vibró alterada por la furia, nunca sufrió prejuicio alguno y menos se podía presumir que

fuera machista; vivía orgulloso de su esposa y de su hija Gabriela Soledad, que a los siete años tenía un parecido increíble con su abuela, pues como ella era fuerte y tenaz. Gabrielita, a pesar de ser flaquita y pálida, estaba hecha de acero; sus piernitas, además de sostenerla con firmeza, la ayudaban a correr por todo el campo, a alcanzar los almuerzos y a acercar las cantimploras con agua a los peones. Sus manitas de pájaros morenos desyerbaban el patio del rancho, cosechaban el algodón y hacían con cierta perfección todas las tareas de la casa, pero... los vecinos decían que don Blas Vicente Bordón, quizá por su carácter silencioso y medio huraño, aún no se sentía padre. Tanto insistieron sobre el tema que terminaron convenciendo a Angélica de que su marido vivía torturado por el anhelo de tener un heredero, un hijo varón.

Al principio, a Angélica le daba lo mismo el sexo de la criatura en gestación; además, los interminables trabajos de la casa no la dejaban pensar en los morbosos chismes que le susurraban sus vecinos. Sin embargo, poco a poco, creyó comprobar por sus propios medios la desmesurada obsesión de su marido por tener un hijo varón. Así empezó, tímidamente, a abandonar los días viernes su tranquilo y perfumado huerto para ir en busca de ayuda, primero, en casa de los médicos cercanos, y luego por los lugares más enmarañados de la región. Así, un día, con la excusa de ir a pagar una promesa a la Virgen de Itapé recorrió de punta a punta, en carreta y otras veces montada en una yegua, los pueblos del Guairá, Caazapá e incluso algunos del Alto Paraná con el fin de dar con los más afamados hechiceros y milagreros.

Día a día, segundo a segundo, crecía el vientre de Angélica y también su preocupación. Tal era su angustia y confusión que el día que llegó a Charará, se llenó de un indecible alivio pues según su comadre Rafaela, allí vivía don Tuní Galeano, el adorado y temido hechicero que ostentaba el poder sobre todos los elementos

de la naturaleza, el que podía asegurarle la masculinidad de su simiente. Mas la tranquilidad duró poco. Antes de llegar al humilde templo del hechicero, éste salió del rancho medio en ruinas y señalando su barriga le dijo: “Va a ser una preciosa niña”. Angélica volvió a La Soledad con su comadre más confundida que nunca. Tras consultar largamente con los ángeles negros de su almohada y con su comadre Rafaela, tomó la decisión de negociar con Lucifer y Galeano la masculinidad de su futuro bebé, a cambio de unas cuantas alhajas de oro y el sacrificio de trece gallinas.

IIO Dos semanas después de la entrevista, Angélica encontró el momento propicio para ir nuevamente a pasar unos días en casa de su comadre Rafaela, mientras duraba la ausencia de don Blas Vicente Bordón, quien viajaba a la capital para recibir una condecoración del gobierno por su valiente actuación en la Guerra del Chaco. Ella se marchó sola, con su comadre, de La Soledad.

La misma noche que llegó a Chararâ, aprovechando la claridad que brindaba la luna llena, Angélica, su comadre Rafaela, el hechicero Galeano y un vecino de nombre Labrí Cardozo, que les sirvió de baqueano, salieron a escondidas de los vecinos para subir hasta la cumbre del cerro Kandú. Allí, lejos de los cantos de los gallos, realizarían la liturgia que acercaría a Angélica, Galeano mediante, a los seres de las tinieblas.

El viaje a través del tupido monte de milenarios helechos, poblado por árboles afelpados de musgos, tiñosos de líquenes cubiertos de plantas parásitas y de enormes animales fosilizados que estaban estrangulados por bejucos tan gruesos como los propios troncos de los lapachos, más los miríficos murmullos de torrentes de insectos y arroyos, mezclados con los ruidos inenarrables de las trece gallinas y una fauna selvática desconocida, habían impresionado tanto a Angélica y a Rafaela que, de manera alternativa, se desvanecían, lo que motivó que pese

a los buenos oficios del baqueano, no pudieran llegar a la cima del cerro antes del tercer canto de los gallos, momento preciso indicado por el hechicero Galeano para iniciar la liturgia. El frío amanecer había sorprendido a Angélica exhausta, sin su bolsita de alhajas y a sus cansados amigos dormidos tranquilamente en un ascua de luz filtrada a través de los altos vitrales verdes sobre las frescas hojas de los culantrillos, en pleno bosque.

2

Según cuenta la gente del lugar, durante el primer embarazo, Angélica y su comadre Rafaela ya habían recurrido a la divina providencia; a los santos y a las cruces milagrosas conocidos en el valle para que, a cambio de promesas de abundantes velas, naciera varón. Tan convencidas estaban entonces las dos de que el bebé sería de sexo masculino que fueron al pueblo a comprar las camisas y los pantaloncitos de color celeste y, al regresar, le pidieron a don Blas Vicente Bordón que seleccionara dos nombres de sus antepasados para bordar en los bolsillitos.

III

—Con que no le pongan Blas ya estaré más que satisfecho. Ese nombre no me gusta —había respondido él.

Todo presagiaba la llegada del heredero. Nadie se imaginaba lo contrario. Quizá todas aquellas absurdas expectativas, generadas falsamente por la ciega fe, hicieron que fuera, o al menos pareciera, muy grande y dolorosa la decepción de don Vicente, quien desde el día que nació su hija dejó de hablarle a su mujer y a los sirvientes.

Tal vez fue por eso, también, que los vecinos, cuando se enteraron de que Angélica volvía a estar preñada y don Vicente Bordón recuperaba a su hablar, concurrieron de forma masiva

para felicitarlos y desearles mejor suerte. En un principio vinieron las vecinas y luego los vecinos; después llegó la gente amiga de lugares más alejados y, detrás de ella, una colorida multitud. A medida que iban llegando las caravanas a La Soledad, don Vicente tuvo la sensación de una grosera y masiva profanación de su intimidad. Se sintió aturdido. Protestó airado, pero todo fue en vano. Su oposición a que pasaran por encima de las murallas y ocuparan con sus animales los espacios libres de la casa no tuvo éxito. Superado por los acontecimientos, cayó en un grave estado de agobio y permaneció días enteros en su habitación sin comer ni hablar.

II2

Los primeros extraños en venir fueron los ex funcionarios del ferrocarril, despedidos por el nuevo gobierno por su negativa a afiliarse al Partido Colorado. Ellos habían solicitado, con cortesía y humildad, el permiso para entrar y darle algún bocado a sus hijos y, si se les hacía muy de noche, también para quedarse a dormir bajo los árboles. Pero otras gentes que llegaron más tarde entraron como manada de vacas, desconociendo por completo la autoridad de los dueños de La Soledad. No había forma alguna de detenerlas. Hombres y mujeres, con sus niños y niñas, con sus perros y gatos, con sus cabras y ovejas, con sus chanchos y gallinas, asaltaron la casa ignorando los portones como si se les acabara el tiempo. Desesperados, como corridos por animales bravos, tapujándose, corrían para refugiarse en La Soledad, dejando a su paso unas estelas rojas y negras de barro que traían adherido a los pies. Cada uno entraba y se posesionaba del espacio que creía le correspondía según la importancia que se atribuía a sí mismo. Los vecinos más pudientes ocuparon las piezas vacías, mientras los pobres se instalaron en los corredores. Mas, contiguos o separados, a pesar de la circunstancia, los lugareños conservaron intactas

sus viejas rivalidades y desprecios, fundados en dudosos credos, linajes o descoloridas ideologías.

Nadie hubiera creído que una aldea tan pequeña, que aparentaba estar deshabitada, contuviera tanta variedad de gente. Don Blas Vicente Bordón conocía casi a todos por su nombre, apodo y filiación política, pero al ver reunidos a los Irala con los Núñez, a los Matiauda con los Cubilla, a los Martínez con los Melgarejo, y a mucha gente desconocida de cerca del bosque, sospechó que estaban allí con los innumerables forasteros con fines de robo. Por la rendija de la ventana se pasaba horas enteras espionando, mas el ambiente en el patio era de camaradería, como si todos se hubieran conocido, lo cual le hacía entrar aún más en sospecha, pues él sabía muy bien que todos ellos se de-testaban desde allende los mares, desde épocas inmemoriales.

113

Como si algo hubiera faltado al bochornoso ambiente, una mañana temprano, atraídos quizá por el ruido de la multitud, llegó una caravana de gitanos y, como las demás gentes, sin pedir permiso, acamparon en el portón principal de La Soledad. Llegaron por el camino de piedras pulidas por las lluvias y el tiempo, con sus cuarenta carros tirados por enormes caballos pintados de blanco, dando gritos, cantando como si hubieran tenido el corazón en la garganta, descendieron de sus carros con los martillos y los clavos en las manos. Al compás de sus alegres canciones, acompañadas por el ritmo de unas endemoniadas panderetas, simulando indiferencia a la curiosidad de la gente, empezaron a martillar, a clavar sus maderas prefabricadas y, ante el asombro de todos, dejaron construidas en un santiamén sus coloridas carpas. Hombres, mujeres y niños, ante la admiración de los parroquianos presentes, dando gritos de diestros magos, bajaron los baúles de hierro y sacaron de ellos los pañuelos de seda, de rosa y de claveles; los abanicos de luna, de pajas, de

dragones y todo lo que iban a vender; cosas que brillaban y encandilaban a la gente que se apretujaba para mirar, tocar y sentir. Las mujeres tenían la cabeza atada con primaverales pañoletas y lucían largas y floridas faldas, y los hombres tenían ojos grandes, eran morenos y llevaban las camisas de ancho cuello amarradas al frente. Mientras los mayores de los gitanos levantaban las carpas, ya sus niños se agruparon y salieron de seis en seis para vender velas azules de las diosas de India, cruces para hacer milagros, yerbas para hechizos, hilos de oro para bordar, botones de marfil, aceite para el reuma, termómetros para el amor, pastillas para la fiebre y pintura para rejuvenecer borrando las canas.

II4

La Soledad se convirtió en el epicentro de una romería, de un festival afiebrado de competencia, destreza y apuesta. Pronto los corredores del caserón se llenaron de imágenes de santos varones, de escapularios, de bolsitas con huevos, plumas, pelos de quién sabe qué y semillas, hojas y flores de hierbas, arbustos y árboles supuestamente machos. Había días que, por recomendación de los hechiceros, don Vicente Bordón salía a juntar a los varoncitos de toda la zona para que retozaran ante los ojos de Angélica, y mientras él acariciaba su vientre, les repartía bolitas, caramelos y baratijas de llamativos colores. También se había comprado de la tienda de los gitanos, pese a que nadie sabía usarlo, un novedoso aparato de dos ruedas llamado “bicicleta”. Le servía para atraer la atención de los niños tímidos y así, por la curiosidad, facilitar su trabajo de exponerlos ante los ojos de la señora de La Soledad.

A medida que avanzaba el embarazo de Angélica, la casa parecía un hormiguero. La gente iba y venía con bebidas de raíces de árboles masculinos de orígenes lejanos, con polvos de hojas de verbena, ruda, romero y varios otros conocidos solamente por los hechiceros que, a precio de oro, salían a recoger los viernes a la luz de las estrellas. A los seis meses de embarazo, los

techos del caserón ya se encontraban llenos de picos y patas de aves silvestres, de pezuñas y cuernos de animales raros. En las guampas habían tallado, en forma rudimentaria, aunque algunas eran en verdad magistrales, imágenes de santos y diablos. Sobresalía de entre todos aquellos fetiches un enorme cuerno de toro con el escudo y la bandera del Paraguay y la leyenda “Paz y Justicia”, trabajado bellamente por un conocido artista nacional que, luego de terminar el tallado con algunas ingeniosas incrustaciones de piedras preciosas, había tomado la decisión de suicidarse, diciendo a don Vicente que con aquel obsequio se despedía del mundo, que hacía un buen tiempo ya que en aquel ambiente embrutecido, de ignorancia, superstición y machismo, su existencia y sus trabajos no tenían sentido, pues sólo eran objeto de burla y desprecios. Don Vicente procuró disuadirlo de su maligno propósito, asegurándole que vendrían días mejores. Hablándole de la llegada impostergable de la primavera, de que no hay mal que dure cien años, que hay que tener fe. El artista, dentro de su atormentada razón, procuró comprender los fantásticos anuncios del dueño de La Soledad, de entender el argumento que lo haría renunciar a su vil decisión.

115

—Yo sé que vendrán días mejores, mas el tiempo humano, mi amigo, es breve. Debería usted saber que los artistas tenemos necesidades humanas y que la existencia humana requiere de algo más que fe y esperanza. Y no le estoy hablando del pan o el vino, sino de las incomprendiones. Le estoy hablando, por sobre todas las cosas, de la soledad enorme y enloquecedora de la vida. Yo sé que mi muerte será tan absurda y tan inútil como mi existencia, pero muriendo uno deja de existir y dejando de existir, uno deja de sufrir —aseguró el artista.

—Sólo Dios tiene derecho a tomar la vida —intentó replicar don Vicente.

116 Pero era muy tarde. El artista, tras un leve terror que brilló en los ojos y luego de que la absoluta convicción del miedo se apoderase de todo su ser con la certeza de que su decisión no era un sueño ni una mentira, sacó de una decorada guampa una víbora yarará y la llevó directamente a su yugular. Mientras don Vicente y la desesperada gente que lo rodeaba buscaban la manera de atrapar y matar a la fatal serpiente, el artista ya había expirado. Al darse cuenta del deceso, consideraron que era inútil atrapar a la serpiente, que se había refugiado en la ropa de la víctima, y decidieron envolver con una frazada el cuerpo del artista con la víbora y enterrarlos juntos. Pero a la noche, alguien alentado por la necesidad o la ambición, amparado por la oscuridad, volvió a abrir la fresca tumba para robar el envoltorio; y fue así, al parecer, que el venenoso ofidio se escapó de la tumba. Esto explica que a los pocos días volviera a morder a unas cuantas inocentes criaturas.

3

Por el humo de las fogatas con ollas de fritanga, de los hisopos con incienso y otras hierbas aromáticas para el sortilegio y, sobre todo, de la bosta de vaca que se quemaba para alejar a los mosquitos, La Soledad estaba siempre cercada de una extraña niebla que borraba con su vaho oloroso los muros, los árboles y hasta los linderos del rancho. La condición difusa del ambiente agudizaba la imaginación y hacía surgir y desaparecer, ante la mala visión de la gente, diablos y ángeles por todas partes, en especial por entre las ramas altas de los árboles. Al atardecer, cuando el aire frío del cerro bajaba hacia el valle, esta niebla se hacía tan espesa que para entrar o salir de La Soledad había que ir empujándola como cuando se avanza en el agua.

Si bien es cierto que el humo de las fogatas, donde se cocinaban los variados alimentos de la concurrencia, llenaba el aire de un blanco sucio, se podía apreciar que en las afueras del caserón predominaba, a través de las serpentinas de papel, el azul, color preferido de don Vicente. Sin embargo, Rafaela había enmarañado los viejos senderos de piedras con cintas de seda roja por orden del hechicero, para evitar “malos influjos y ojeada”. La gente, pensando que se trataba de una disputa de colores políticos, en nombre de Dios empezó un operativo de apaciguamiento llenando el patio con miles de muñecos amarillos hechos de yute, que colgaron como una lluvia de canarios de los sarmientos. Eso sí, el interior de la casa, a pesar de la blancura de la cal de sus paredes, se mantuvo siempre de color azul celeste por las luces surgidas de las velas hechas con esperma de ballena y grasa de carpincho macho, ardientes en común llama votiva.

117

Tantas fueron las fórmulas, recetas, tantos los fetiches arriados por la gente, que el continuo tumulto en el patio de La Soledad perturbaba los sueños de Angélica y de don Vicente, quienes permanecían sentados, acariciando escapularios y amuletos otorgados por curas y hechiceros, que pendían en sus pechos en perfecta armonía.

Cada palmo del corredor que circundaba la casa se encontraba angustiosamente disputado por una tupida turba de existencia. En el interior del caserón, y en especial en el cuarto donde se encontraba la cama de Angélica, a toda hora era confusión: llama, humo, rezo y canto. Y en las afueras había una constante e indisimulada disputa entre contrincantes profesionales, santos, dioses, demonios, monstruos y genios tutelares de vívidas y perdidas leyendas traídas por cada una de las visitas. En las noches sin luna parecía que nuevos elementos de la naturaleza bajaban de los cerros, entrechocándose y formando un vapor fosforescente y frío que, con

lentitud, envolvía y hacía crujir el caserón, y que sólo se disipaba con los últimos cantos de los gallos y la luz de los primeros rayos del sol. Extrañados por los fenómenos, los franciscanos y las hijas de María del pueblo fueron hasta la capital del departamento y trajeron al temible padre Lare. El cura párroco de Villarrica del Espíritu Santo llegó a las inmediaciones de La Soledad pasado el medio día, mucho antes de la entrada del sol, y lo primero que hizo antes de traspasar sus muros fue echar a los gitanos, mandar limpiar el basural que éstos dejaran y bendecir el portal. Estuvo el resto de la tarde y la noche entera en el caserón y se maravilló de la amabilidad y generosidad de sus dueños. Además, dijo enamorarse de la serranía del Guairá, por su similitud con su Toledo natal. La Soledad, con sus caminos y sus muros de piedra, al parecer le impresionó sinceramente pues, derramando unos lagrimones, dijo que le recordaba a su casa y su aldea de España.

118

La tarde que el padre Lare llegó a La Soledad, el cielo estaba raro. Se sentía en la piel el aire pegajoso, señal inequívoca, según don Victoriano Romero, que también se encontraba ese día en La Soledad, de que un temporal violento reventaría en cualquier momento. El padre Lare, por llevarle la contra a Romero, único activista conocido de la secta Testigos de Jehová, dijo que no, que apenas vendría una suave brisa seguida de una mansa llovizna, que no era justo andar alarmando a la gente, anunciando grandes tribulaciones, sin tener la más mínima certeza de los designios de Dios. Don Victoriano Romero no se sintió ofendido ni desafiado, pero sí molesto por ser deliberadamente contradicho en público por el sacerdote. Con discreción tomó su Nuevo Testamento y salió al patio a otear el oscuro horizonte. El padre Lare lo observó de reojo y quedó preocupado al darse cuenta de que su competencia estaba orando para que el temporal llegase lo antes posible. Don Victoriano, convencido de que la tormenta llegaría

en cualquier momento, se dirigió al círculo de gente en el que se encontraba el padre Lare y preguntó: “Entonces, padre, ¿puede jurarnos que no viene la tormenta?”. Con gesto de fastidio, el padre Lare bajó con lentitud su jarra de vino, la apoyó sobre la mesa y mirando a la gente de su alrededor dijo que no había por qué preocuparse, pues más allá de las nubes brillaba el sol y que él había encomendado a Santa Rita que la lluvia fuera mansa. Al darse cuenta de que la fresca brisa que soplaba ya se estaba volviendo viento, don Victoriano dijo, irrespetuoso, al cura:

—Creo que será necesario irte más algo. Santa Rita ya no podrá hacer nada.

El padre Lare se hizo el desentendido, pues vio que los relámpagos se sucedían con más intensidad y hacía aparecer como si las cosas de La Soledad elevaran súbitamente los párpados, asombradas, para volverlos a bajar sumiéndose en la noche sin alma, llena de gemidos. Don Vicente Bordón, más alegre que nunca, servía en persona el asado y el vino a los presentes. De súbito, el viento paró por completo y las gentes de La Soledad se pusieron pálidas. El aire se pobló de un pesado silencio en el que sólo el respirar pausado del padre Lare se escuchaba como un lejano rumor de gente aserrando. De pronto, vino el tremendo resplandor de un relámpago seguido de un trueno tan fuerte que parecía que hubiera partido el caserón en dos. Y, a un fuerte torbellino desatinado en el patio, le siguió un furibundo ventarrón que hizo volar parte del techo de la cocina. No pasó un minuto antes de que el primer ramalazo de agua se descargase, en forma violenta, sobre los techos de La Soledad. Don Victoriano tomó la jarra del padre Lare y, como un futbolista que acaba de concretar un gol, salió corriendo por los corredores a festejar la llegada de la tormenta. Al devolverle su jarra de vino, intacta, le

dijo que allí estaba la prueba de que en los santos no se puede tener confianza; era mejor tratar directamente con el patrón.

A la mañana, después de desayunar seis chorizos, cuatro huevos fritos, una gallina entera asada al horno y un plato de mandioca, el padre Lare montó su asno y, a manera de despedida, dijo a los franciscanos y a las hijas de María:

—Para los creyentes ninguna explicación es necesaria; para los que no creen, ninguna explicación es posible; el oro llama a los falsos profetas y a la desgracia.

4

120 Poco a poco, tras los franciscanos y las hijas de María, la gente más católica del pueblo fue abandonando el patio y los corredores de La Soledad, pues sus almas se sentían cada vez más oprimidas por el extraño peso de la puja entre fuerzas del bien y del mal, que se estrangulaban entre sí disputando, sin pausa, un misterioso reinado.

Fue un tibio día jueves, cuando los primeros dedos del sol despuntaban sobre las colinas, que Angélica se dispuso a marchar hacia el pueblo con su hijita Gabriela Soledad. Pensó que ya estaba en su fecha y que lo mejor sería estar cerca del curandero y de la comadrona de confianza. Era el tiempo de las mieses: reían en los sembrados los rubios granos de trigo y, a los costados de los caminos, las doradas espigas de maíz se hamacaban con lentitud, impulsadas por la suave brisa. En La Soledad, como todos los días que siguieron al embarazo de Angélica, había un ambiente de regocijo, de fiesta, pero aquel jueves era aún más especial. Don Vicente había mandado preparar un banquete, desayuno mucho más abundante de lo acostumbrado. A tal efecto, las mujeres con

sus niños, adelantándose a la madrugada, se habían ido al mandioccal y, de venida, habían recogido abundante leña. Los hombres, por su lado, habían preparado debajo de la vieja ovenia cuatro largos mesones de madera y, más hacia el arroyo, un ancho tablón listo para recibir a los animales a ser sacrificados. En el corral se escuchaban los estridentes lloriqueos de los cerdos, mientras las aves generaban un alboroto inenarrable. En el patio trasero de La Soledad, un puñado de impacientes hombres adultos, jóvenes y niños, como victoriosos guerreros, blandían varios instrumentos punzantes. Cada chillido de auxilio que lanzaba el animal atrapado aumentaba la ya desmesurada ansiedad de los hombres armados. Cuando apareció el cerdo arrastrado por las patas atadas hacia el sitio de la ejecución, la impaciencia se disolvió en gritos. Ante la inminencia del crimen, en los expectantes ojos se podían ver destellos paganos y gozos salvajes. Al llegar cerca de la mesa formada por los tablonés, voltearon al infortunado animal y los hombres, jóvenes y niños formaron un círculo guasón en torno de la criatura. De pronto, la relampagueante luz matinal dio sobre el filo de un largo cuchillo y el cerdo, al sentir que el puñal atravesaba su corazón, profirió un alarido e intentó una desesperada huida. Entre pavorosos y estridentes bramidos, los hombres lo persiguieron; uno lo agarró por la oreja, otro por el rabo. Comenzó entonces una farsa de lucha feroz hasta que lo regresaron junto a la mesa. Tan pronto como las patas del animal se inmovilizaron, los gritos de regocijo que habían estallado en los guerreros se apagaron. Subieron al animal muerto sobre los tablonés y punzaron su garganta a fin de recoger la sangre para las morcillas.

A medida que la mañana iba avanzando, unas nubes con cara de bestias de fuego y piedra se levantaban lentamente hacia el poniente. Don Vicente las miraba preocupado; exasperado por

los nervios, ayudaba a su mujer a montar sobre Claudia, la yegua, y apenas pudo participar en el sacrificio de los cerdos.

Todo estaba listo para la partida. Las imágenes metidas en dos talegos colgaban abultadamente a los costados del animal. Sólo faltaba el cesto grande con las reliquias y los yuyos. Don Vicente Bordón simulaba prisa. Sin embargo, pese a estar preocupado por el mal tiempo, hacía pasar los minutos dando vueltas por el caserón repartiendo caña, vino y monedas de plata y oro entre los visitantes. Iba hasta el fondo de la pieza en busca de algo muy importante y volvía con las manos vacías a preguntarle a su mujer si no le faltaba nada, si no había olvidado nada.

—Nada, *che cambá*, nada —le respondía cariñosa Angélica.

122 De pronto, el temblor de un trueno lejano se filtró por entre los ladridos de los perros de la casa. Sólo entonces, don Vicente tomó la mano de Angélica y lleno de ternura le dijo:

—Vete, vete que yo te sigo enseguida.

Cuando Claudia se disponía a marcharse, una vez más la volvió a frenar porque quería mirar un instante más a su Angélica y susurrarle un te quiero lleno de sinceridad. Ella, conmovida y preocupada, contestó:

—Ojalá, Vicente, que nuestro hijo sea varón.

5

El sábado, a más de una semana de la partida de Angélica, las frías y melancólicas manchas de la luz del sol en la superficie cubierta por flores blancas, contrariaban a la larga y oscura sombra de una cruz de madera recién plantada en medio del cementerio de Charará. Angélica ya no estaba en el mundo de los vivos, con el dolor de la frustrada fecundidad se había marchado, para siempre,

hacia el abismo sin brújula de la parca. Dentro del esqueleto de una yegua muerta, donde le puso el curandero de la zona para facilitar el parto, una hemorragia brutal y homicida, que la comadrona quiso detener con telas de arañas, le trajo sin vida al hijo tan esperado. El día viernes, cuando le dijeron a don Vicente que su esposa había muerto durante el parto, él sintió un zarpazo en su corazón, un pavoroso vendaval de confusiones que se precipitaba sobre su noble espíritu; pero por hostil y sofocante, se negó a creer. Mas, poco a poco, en la misma medida en que iba asimilando la brutal noticia, fue sintiendo cómo el dolor iba entrando en su pecho con un delirio empapado de eternidad, como para no dejarlo ya nunca. Sintió que la amargura lo iba envolviendo con una turbación insana, que la madre de todas las angustias, densa, desvergonzada y humillante, se iba aferrando a todo su ser. Al salir a la calle, sin saber exactamente por qué, se sintió observado, acusado en el tribunal de las perversas miradas de los amigos, de las murmuraciones aniquiladoras; se sintió culpable y exangüe.

123

Al llegar a la casa de su comadre Rafaela encontró a toda la gente del pueblo iniciando el velatorio. Él no tuvo fuerza para rezar, ni espíritu, ni ideas; se sentía del todo débil e inútil, incluso para decir algo que contentara a la gente hipócrita que lo rodeaba envuelta en falsas lágrimas. Le entró una cobardía sin nombre, un deseo de empequeñecerse hasta desaparecer para que nadie lo viera nunca más, para que nadie se acordara de su existencia. Miró a la gente y, al ver en sus ojos luces de regocijo apenas disimuladas por las sombras de fingidos dolores se indispuso; se convirtió en un animal desesperado, tétrico.

6

124 Aquella mañana de sábado, al día siguiente de enterarse de la mala noticia, don Vicente Bordón, tras enterrar a su esposa y su hijo, vagó por los umbrosos bosques del cerro buscando resignación con el desconsuelo más puro, sin límite. Caminando por un sendero alfombrado de hojas secas a ninguna parte fue, poco a poco, con la fría soga de un silencio largo, ahorcando la aurora de sus sueños. Luego, mientras la retina de su mente ardía en la terrible contemplación de los recuerdos y sentía cómo un cuchillo helado, cubierto de ponzoña, partía su corazón y llenaba sus ojos con lágrimas de sangre, empezó a liberar los primeros gemidos que terminarían en ensordecedores gritos de dolor; en desgarradores aullidos cuyos ecos se extendieron por los valles, deslizándose entre el follaje hasta más allá del oscuro toldo vegetal. Días después, de regreso a La Soledad, abandonado y falto de esperanza, se encontró con algunos rostros desmigajados de gente que por no dejar lo que había sobrado de los comestibles aún estaba allí, simulando compartir sus penas. Pero ya nada tenía importancia. Todo aquello apenas modificaba el doloroso silencio que apretujaba su corazón, y sólo le sirvió para comprender lo terrible que sería vivir la vida desde ese instante.

Ni bien llegar se refugió en el cuarto más alejado del patio; allí, en la umbrosa pieza, procuró su antigua paz y calmar la turbulencia de sus pensamientos. Fue imposible. Las horas se volvieron lentas, hoscas; había desaparecido el coro de trinos y, de las ventanas, la cascada de coloridas luces y hasta el perfumado aliento de la brisa serrana. Todo era humedad, oscuridad y tristeza. Había enterrado sus sueños junto con su esposa y desde ese instante no halló un momento de ilusión o paz. El recuerdo de la sonrisa de Angélica era una pesadilla, el empecinamiento

de los recuerdos más felices estaba fijo y central, como una feroz cuchillada en su mente. Procuró dirigir su corazón por un camino sin borrasca, pero éste lo tiraba para otro, lleno de tormento. Como jauría de perros hambrientos, las angustias, el dolor y los desengaños, trezados en turbio festín, empezaron a acechar su cabeza y su pecho de animal herido.

Al principio, el dueño de La Soledad intentó oponer resistencia, pero pronto comprendió que era inútil. Sus sentidos estaba destrozados por los colmillos de la desesperanza y, como suele suceder siempre, fue obligado a tomar un atajo indiscriminado para encontrar alivio a su enorme carga de dolor. Pronto, su vida trastornada por la desgracia cayó prisionera del alcohol, de las bebidas más asequibles para dar refugio a sus penas. En pocos días, en su orgulloso rostro no se veían más que los escombros musgosos de la ruina. Sus ojos, penetrantes llamas azules, estaban apagados. Sus pupilas habían quedado en el pasado, acariciando con obstinación los contornos pedregosos de un castillo de ilusión que ya no existía. Un largo dedo de sombra había cubierto su edén. El sol de La Soledad era de los más viejos. Sus rayos, antes dorados, tibios y ardorosos, no tenían ni la más mínima memoria de ternura; eran anémicos, perezosos e indiferentes. El extemporáneo viento frío traía la conjetura que tiempo después sería el sello de la obstinación desbordada; su álgido aliento caía desde el Norte y el Sur como de metal, haciendo que en los jardines las flores se acartonaran, se quedaran sin memoria: sin su perfume y sin su color. Mientras, los pájaros, cegados por la falta de luz y calor, emigraron a cualquier parte en busca de alimento y de un sol más solidario.

En pocos meses, a lo largo y ancho de La Soledad se respiró un aire de abandono. El viento, los rayos, las lluvias, los granizos y las sequías mutilaban brutal y selectivamente los árboles y plantas,

126 hijos del esfuerzo de don Vicente. Éstos, en circunstancias buenas, quizás eran comunes; pero él, por aquellos días, no sentía más que espinas sobre espinas bajo sus pies. Su mente estaba terriblemente traumatada, la angustia era un fuego helado omnipresente que habitaba su corazón como una especie de reloj de arena que revolcaba el dolor en continuado. De noche, mirando la pálida luna desde la ventana del caserón, ferozmente solo en su habitación, entre el estrépito del silencio de las paredes, quizás por primera vez comprendió que amaba a la Angélica; comprendió que su amor, como el cauce del río que se va quedando sin agua, era cada día más profundo. Y de golpe, comprendió lo injusto que había sido con ella, lo injustos que son los hombres con las mujeres. Sin entender por qué, se vio a sí mismo representando a todos los hombres: pegando, maltratando, humillando a una indefensa mujer, sólo para hacerle saber que estaba de mal humor, que él era el hombre. Para aumentar su tormento, también veía en su recuerdo a Angélica, repitiéndole la misma frase de la boda: “Yo, Angélica, deseo que tú, Blas Vicente Bordón, seas mi esposo, que me aceptes por esposa y prometo amarte y serte fiel hasta la eternidad”. Angélica dejaba de repente de ser una lejana estrella, distante de la caravana gris de sus tristezas, para convertirse en una opresiva presencia. Estaba más bella, sumisa y alegre que nunca; siempre sentada a contraluz, a la orilla del crepúsculo, con los últimos oros del atardecer prestigiando su rostro de madre y esposa feliz. Él se acercaba y le acariciaba los cabellos como a una niña hasta adormecerla en sus brazos.

—Oh, Angélica, desde ahora hasta siempre, toda la vida, llevaré los rayos de este sol de mi recuerdo, para regalárselos a mis ojos cuando en ellos pretenda caer la noche —decía, como una oración, abrazando y besando el frío y musgoso poste de la alambrada.

Todos. La tierra, el cielo, el aire, la luz, el agua, el fuego y los demás elementos de la naturaleza se volvieron opresivos y despiadados, no sólo con Vicente Bordón, sino también con sus vecinos. La tristeza y el eco de un silencio sucio y perturbador estaban en todas las cosas inertes y, ni qué decir, en el andar vacilante de los seres vivos. En el silencio de las noches se oía el susurro, otrora arrullador y relajante, de los caudalosos arroyos. Como un mal augurio, como el presagio de mayor pesadumbre para la gente de la comarca. Cualquier sonido que pretendía hacer vibrar con placer los sentimientos estaba fuera de lugar. Así lo entendió el arpista Félix y, una madrugada de aurora indecisa, tras pasar la noche sin poder afinar su instrumento de treinta y seis cuerdas, se puso su sombrero de paja y marchó a otra parte, al otro lado del cerro. Las madrugadoras muchachas, al ver al joven arpista —apodado *mitá guazú*— pasar por enfrente de sus casas, no podían resignarse a admitir lo que veían sus ojos. Incrédulas se treparon a las tranqueras, a las plantas de los duraznos y de los guayabos para desde allí, agudizando la vista, contemplar con los corazones oprimidos cómo la música de su única felicidad, encerrada en aquella extraña forma de féretro, se perdía por la ondulada pradera. El arpa, misterioso instrumento con forma de ataúd, que hasta aquel día llenaba de sueños e ilusiones sus jóvenes corazones, ahora en profundo silencio se perdía quizás para siempre, a lo lejos, colgado de la mano del querido artista. Tras su partida, era como si un cielo de silencio hubiera aterrizado sobre el horizonte inerte de la región. Para los oídos de los lugareños, entre las roturas del silencio sólo quedaba un sonido tormentoso: el lamento del urutaú. Lamento que por las noches llenaba el valle, reinando como lo hace el sonido del silencio en la bóveda de una campana abandonada. El canto

del urutaú, pájaro lastimero y lúgubre era sucio y repugnante; era como una ola vaporosa de eterno dolor y maldición.

128 Por su parte, Vicente Bordón se había convertido en el hombre más solo del mundo. Noche tras noche, revolcado sobre el pastizal de La Soledad, revolvía el cielo con sus estrellas tratando de encontrar el sueño que le abriera un paréntesis aliviador a su corazón y su mente. Era inútil, los mosquitos del recuerdo estaban en todas partes con su perfume de antigua angustia, anticipándose a sus deseos. Qué hacer con el pasado seguía siendo la dura tarea de su presente y su futuro. De aquel hombre que había sido, ya no era ni la mitad; pero aunque ningún orgullo le sobrevivía no se entregaba. Era consciente de su desgracia y sufría, no por la pérdida de su honra y gloria personal, sino por su poca entrega en el mezquino y efímero tiempo que le había tocado vivir con Angélica, su compañera.

La Soledad también era, apenas, la sombra de lo que había sido. Como a Vicente el dolor, cuando quería, le hacía doblar las rodillas con el peso del recuerdo, cualquier inocente anhelo de remozar la casa llegaba, de manera inexorable, acompañado de un latigazo al corazón y la memoria. Hasta el instinto de supervivencia se rebelaba entonces contra su vida en claras y fatales provocaciones. La Soledad era una flor mustia. Angélica, la encargada de cultivar el jardín, estaba muerta y su hijita Gabriela Soledad, encargada en desyerbar el patio, estaba lejos, en un país de extraños. La servidumbre había desaparecido y las hojarascas, junto con las malas hierbas, habían cubierto todos los espacios del caserón y sus alrededores.

Tiempo después, a dos años más o menos de aquel día aciago en que la parca pasó por La Soledad y se llevó a Angélica con su hijo recién nacido, sobre todo los fines de semana, se sucedieron las carretas con bueyes en marcha; éstas proyectaban sus sombras en fila desde la loma por donde pasa el camino que conduce al otro lado del cerro, hacia La Soledad. Las lánguidas sombras de las caravanas eran para los sentimientos de Vicente Bordón otra capa de tristeza. Con un profundo sentido de culpabilidad miraba cómo aquellos hombres y mujeres con niños, seguidos por sus animales, pasaban a contraluz frente a La Soledad. Pasaban con tanta lentitud como si hubieran sido peces dormidos que iban evaporándose hasta perderse en la distancia. Aquella que ahora pasaba perforando el frío silencio de la mañana sabatina era la última familia que podía considerarse vecina, pues las demás se habían mudado pocos meses después de la muerte de Angélica. Ahora sí se había quedado solo. Con sus penas.

129

Pese a que en todo el valle se afianzaba el silencio y el reinado de un claro equinoccio, en La Soledad las noches eran peores que los días; infinitamente más largas y desoladas. Tras el insoportable calor del sol, que obligaba a sudar hasta por las uñas y huir a toda vibración de vida, llegaba el frío de la noche que hacía temblar las raíces y enloquecer a las savias en su sueño subterráneo.

—Esta tierra está maldita —le habían gritado los vecinos al iniciar el éxodo en silenciosa caravana.

Pero Vicente Bordón no los escuchó aquella vez, ni nunca, pues estaba sordo por los recuerdos y el alcohol. Vivía absorto. Por una extraña cobardía disfrazada de piedad, la gente lo esquivaba, evitaba cualquier tipo de encuentro con él y los niños,

contagiados por los mayores, a la sola mención de su nombre, temblaban de terror. Con el correr del tiempo, el hombre de La Soledad sólo daba miedo y pena, pues tenía siempre un rostro grave, tallado en materia de montañas que lo mostraba como un animal doloroso, cargado con todas las angustias y tragedias del mundo. Era la imagen de todo lo feo y triste que puede llegar a ser un hombre que fue hermoso y feliz. Revés de un ser que dio todo, vida y alegría, a la gente y a la aldea; vulgar juguete de un cruel destino que lo ha convertido en un caricato, en un estoico fantasma perseguido por el pasado, que vive a espaldas de los vivos y de sí mismo.

Las hojas del calendario, como alas de una mariposa, habían volado. Ahora el tiempo era el de los últimos días de un otoño impreciso. Los árboles estaban sin hojas, desnudos, tenían plegadas las ramas hacia el suelo y sólo eran acariciados por la voz cansada de los vientos. Los senderos pedregosos de La Soledad estaban llenos de musgos secos y hojarascas que parecían campanas de sucio cristal. No había ninguna sombra de pájaro ni de pez en los estanques del menguado arroyo. Tampoco había huella siquiera de la última lluvia en los negros surcos de los sembrados. Sin embargo, Vicente Bordón se presentaba honesto y entero ante la luz de cada mañana, convencido de que el precio de su error lo saldaría la vida. Su lucha por abandonar el alcohol empezaba a tener cada día más sentido, pues en los paréntesis de lucidez su alma sentía la salud de vivir acompañado por el pasado y no perseguido por él. Una nueva certidumbre había nacido y

crecido en su interior y, como el hombre es el reflejo o resultado de lo que tiene en su corazón, su mente se llenó una vez más de una ansiedad de ser generoso y de dar amor. Así, un día decidió ir al pueblo y tras confesarle al cura párroco que desde la muerte de su mujer, con quien no había sido tan justo, no había podido cerrar los ojos y armonizar el sueño, le donó toda la fortuna en metales que tenía enterrada en La Soledad para que se repartiera entre la gente más necesitada, y para que se construyese un templo de piedra para San Miguel Arcángel. Tan sorprendido estuvo el sacerdote ante la enorme cantidad de oro y plata recibida que no supo qué decir, pero prometió construir un templo de piedra, ladrillos y tejas con un alto campanario y denominarlo en su honor: “Iglesia de San Blas”.

—Convertiré a San Blas en patrón de este pueblo y cada 3 de Febrero, día de San Blas y de tu cumpleaños, habrá una fiesta patronal para recordar este milagro.

De regreso a La Soledad, Blas Vicente Bordón pasó por el cementerio a rezar y dejar unas flores silvestres a Angélica. Tras la donación y confesión liberadora, recobró su fuerza interior y volvió con más ahínco a su trabajo. Los meses y años siguientes los dedicó a regar con su sudor todo el árido terreno de La Soledad, que alguna vez fuera noble, pero que por entonces estaba olvidado por la generosidad de la naturaleza y parecía crecer en dificultades y extensión según iba disminuyendo la fuerza de su dueño.

—¡Que el diablo haga lo que Dios manda! —se decía mientras repartía alegre los hilos de su sudor entre las escualidas hortalizas.

A fuerza de resignación empezó a sentirse cómodo en su soledad y a amar cada delirio en su detalle y los días con sus atardeceres llenos de presagios. Pensaba que el alma de la tarde, rojiza en la envejecida luz de esa hora, era el rostro de Angélica.

Cada vez la presencia de Angélica se afianzaba más y más en su mente. La presentía por todas partes: en la luz y la sombra que jugaban entre los maduros cardos, entre los vestigios del jardín. Empezó a presentir que una primavera archivada con su nostálgico aroma de campo en flor bajo el suelo seco explotaría en cualquier momento. Sin embargo, la naturaleza se volvía, con su clima endiablado, cada vez más fiera e inclemente.

132 Por esa época, para combatir el silencio Vicente Bordón empezó a conversar con los mudos animales y a veces hasta consigo mismo, ya que por años ningún humano se atrevió a acercarse. La superstición de la gente hacía que el diablo apareciera hasta en los poblados vecinos y que por las noches se sintieran, a kilómetros de distancia, los vuelos de bandadas de murciélagos lanzándose en picada desde las esquinas del infierno para rasguñar la maldecida existencia del hombre de La Soledad.

Después de años, en una temprana pero oscura noche de diciembre, el mes de olorosas e iluminadas frutas en el recuerdo, vencido por un cansancio que se parecía mucho a la muerte, Vicente cayó en un tranquilo y profundo sueño que duró días. Dormido, pese a la incomodidad de su raída hamaca, su aire de hombre atormentado fue denotando un estado de contento. Su rostro, máscara oxidada donde el tiempo ocultaba su signo, pareció de repente relajado y sus labios empezaron a murmurar palabras tiernas, amables. En las tinieblas del laberinto de su sueño había sucedido el repentino, pero esperado, encuentro con Angélica.

Al despertar sintió el chirriar del portón y el olvidado murmullo de la lluvia al caer sobre las hojas secas de los bananos que, como el suelo, ardían al saciar su sed de prolongado verano. Convencido de que seguía soñando, no intentó levantarse. La imagen de una Angélica silenciosa seguía aún pegada a la retina de sus ojos.

—Sólo el silencio es digno de expresar nuestro amor. Todo está bien, no digas nada —le decía ella una y otra vez.

Ya estaba por amanecer. Los perros, atados a los horcones del galpón, ladraron con insistencia y las aves del corral se alborotaron denunciando la presencia de un extraño en la casa. Vicente se levantó con pereza de su hamaca y, tras apartar con las manos unos harapos que servían de cortina, miró incrédulo la lluvia caer sobre las letárgicas hojas del banano que se elevaban y caían en un profundo jadeo. Cruzó con lentitud el umbral de la puerta y se dirigió hacia el patio. Allí, con la indecisa luz del alba, que poco a poco se apropiaba de líneas y contornos, pugnando con la flor de la niebla, en mágico equilibrio, vio como en un sueño que los lirios, las dalias y cardo santos marchitos por la larga sequía, envueltos por un rumor tierno que salía de las profundidades del suelo, lentamente se levantaban. Con la llegada de la lluvia, a lo largo del cercado del huerto toda la vegetación humillada, temblorosa, llena de esperanza reverdecía y hasta florecía con una desesperada ansiedad de belleza y altura. También en el centro del patio, debajo de los esqueletos de la parra, vio una temblorosa y chorreante sombra con forma humana, que al verlo susurró:

—¿Papá? ¿Es usted, papá?

Por la sorpresa de la aparición y la pregunta, Vicente quedó paralizado y mudo como una piedra, pero al ver que ella corría a su encuentro abrió por instinto los brazos y gritó:

—Gabi, Gabi, mi hija querida.

Y ambos, bajo la lluvia, se confundieron en un largo y silencioso abrazo. En la intemperie, la húmeda cabellera de la lluvia, siempre manteniendo su tibia suavidad como para no dañar el calor del abrazo y de las cosas en general se derramó con mayor fuerza sobre la maraña de los sarmientos que rodeaban La Soledad. Las hojas de la parra, niñas aún, mostraron su

satisfacción sacudiéndose en las frágiles ramas. Luego la lluvia se hizo impalpable como el varillaje de una sombra y un griterío de aves mojadas que sacudían sus alas se extendió por todo el valle. Al amanecer, la lluvia se retiró y la luz empezó a estallar en todos los rincones, haciendo huir la herrumbrosa noche por las ventanas ya sin cristales de La Soledad. Vicente, al descubrir que su antiguo sol no se había apagado, celebró el acontecimiento con el infantil placer del llanto y la risa entremezclados. Abrazó a su hija Gabriela Soledad con tanta pasión que si hubiera tenido fuerzas la habría dañado. Como un colibrí que danza sobre una flor, giró sobre su hija y la besó una y otra vez. Miró las aguas del arroyo que bajaban bullangueras, burbujeantes por la pendiente y, como para asustar a los pájaros que dejaban oír sus alborozos, tomó su sombrero y lo lanzó por el aire. Dejó que todas las emociones contenidas en su pecho se escaparan a través de sus vibrantes *sapucaí*, sus gritos.

9

El valle que rodeaba La Soledad rebotaba una vez más de luces y colores. Entre cataratas de relinchos, mugidos y trinos, la nueva primavera desperzaba su voz en los lapachos y en los cedros del cercano cerro. Todas las cosas que estaban muertas ante los ojos de Vicente renacían y producían un cosquilleo en su corazón. Incluso Angélica, siempre tan seria y callada en vida, ahora desde la amplitud de la acción de los muertos, le sonreía en cada espiga de las mieses maduras. El corazón de Vicente, sometido por años a crueles desalientos, volvía a abrirse a la vida con una jubilosa ansiedad de vivir. A pesar de que en el interminable verano su piel no había hecho otra cosa que absorber

la crueldad del viento y del sol por una única flor: la del pan. Estaba contento. Aun si su verde infierno era mucho más pequeño que su soledad, sabía que la luz cálida y amable de la vida había vuelto a su existencia para abrir en su recuerdo un viejo baúl donde el aire de la mañana, las lluvias, las flores y los cantos de los pájaros se llamaban Angélica. La amada ausente ahora estaba con él como el perfume donde hubo una flor, acompañándolo por todas partes; callada, pensativa, con la mirada dulce, serena e infinita.

—Usted tiene más vida que todos mis gatos juntos —le gritó una mañana al llegar junto a la alambrada de La Soledad el señor Adolfo Alike Matiauda, nuevo influyente político del pueblo, tío del flamante Presidente de la República.

El señor Matiauda estaba sorprendido al verlo tan vigoroso y por lo bien cuidadas que encontraba sus plantaciones, pues había escuchados los rumores de que el dueño de La Soledad había muerto de una extraña enfermedad, producto de una irreversible locura. Don Vicente, que lo conocía bien pues en más de una ocasión había asistido económicamente a su familia, sólo se limitó a levantar con respeto su sombrero para responder el insólito comentario que había servido de saludo. Luego, empuñando su machete, continuó con sus labores sin demostrar mayores ganas de conversar. Don Adolfo entendió el gesto y continuó su viaje.

El tiempo, con su olor a piedra lavada, pasaba inseguro, con lentitud, sin que las condiciones climáticas mejorasen; pero Vicente, en su obstinada y silenciosa lucha contra los desafíos de la naturaleza, había aprendido la sumisión, característica de los resignados labriegos.

Un mundo se había borrado para que otro naciese. El dolor, que había sido la realidad, la vida, lo presente siempre, había

dejado de ser. Ahora sus necesidades eran pocas: había retado a su destino más ignorado, más íntimo y no volvería a perder su armonía interior. Era lo único importante que quedaba en su vida.

136 La mayor parte de lo que cosechaba en su campo salía a repartir a los más necesitados de la región. Cuando los luceros empezaban a gimotear en el cielo, Vicente regresaba con el rostro lubricado por el sudor de los lejanos arrabales o de los verde-quemados surcos a su casa para darle a la noche su fatiga. A veces, desde la ventana ya sin cortinas ni cristales de La Soledad, a la luz de la luna y las estrellas, contemplaba la lona bellamente bordada por maizales, cañaverales y otros distintos cultivos, y le invadía una amarga tristeza al mirar las huellas de las carretas, ya profundas por los años de lentas erosiones, que bajaban hasta su rancho. Por la madrugada, mientras tomaba su mate amargo, pensaba sobre el día en que la gentil muerte pisaría nuevamente su huerto. “Entonces, apenas habrá un arado ennegrecido, un eje mudo, unas herramientas de metales oxidados y un silencio agrario muy breve en mi honor”, pensaba. Y como toda felicidad fincada en la tierra y en el amor está hecha de arena hermosamente engañosa e impuramente efímera, su hija, después de tres meses de filial compañerismo, decidió regresar a Montevideo. “Ay, qué será de mi niña”, se había dicho Vicente mientras veía a Gabrielita alejarse por la azulada pendiente de La Soledad, tomada de la mano de su destino, que había ido a buscarla para llevársela a otro cielo, que el destino le regalara al no nacer varón.

IO

Los años habían pasado perezosamente, pero al fin llegó el tiempo en que volvieron a florecer los bambúes y los lapachos del cerro. La Soledad, con el majestuoso cerro Ybytyruzú como fondo, lucía a fines de aquel año como una bella postal. Vicente Bordón se extasiaba contemplando aquel paisaje que, según su padre, el mismo cielo intentaba imitar en vano.

A ojo midió su tierra, que se extendía desde el río Pirapó a horcajadas sobre otro arroyo hasta llegar al pie de la primera colina que precede al hermoso cerro. El establecimiento estaba limpio. La entrada, pese a que ya no había nada escrito en el derrumbado portal, todavía era conocida como La Soledad. El caserón de paredes de adobe y techos de paja, construido por su abuelo a principios del siglo XX, se mantenía firme y, a pesar de su estado ruinoso, aún estaba habitable. Enormes y lozanos lapachos, cedros y miles de cocoteros manchaban de sombras y colores sus alrededores; la pradera era de un verdor fresco y alegre. Sin duda, aquella tierra era de una generosidad, si bien común en aquella región, diferente a las demás.

Aquella mañana en que Vicente Bordón contempló extasiado su campo, tibiamente el sol de noviembre se desperezaba sobre la temblorosa esmeralda de los surcos. Parado sobre el barranco de un largo río silencioso, meditaba. Se agachó para limpiar la tierra empastada en su azada y, por simple intuición, con el machetillo apartó las ramas de un tronco en brotes; ahí abajo, al amparo dulzón de las hojas dormía una yará con los ojos abiertos. Fuera de su costumbre, tomó un palo y dio muerte a la víbora, tras lo cual continuó su trabajo con la misma tranquilidad del comienzo. Las nubes viajeras de vez en cuando ocultaban el sol.

Un alegre aroma de aire mojado llenaba el valle y los pulmones de Vicente, que hizo una pausa, se quitó el sombrero y midió con la mirada la posibilidad de lluvia. En ese momento, a lo lejos, entre los zarzales, un hombre a caballo que venía hacia el maizal inquietó a los pájaros bullangueros. Bordón, ya desacostumbrado a las visitas, se subió a un tronco a observar con cierto recelo y preocupación. En un caballo blanco de pelo brillante, con botas de caño largo y un pañuelo rojo al cuello, venía un jinete envuelto en un aire silencioso de héroe. Por un fugaz momento, Bordón quedó pensativo, pero de repente vio que el caballo estaba arrancando una de sus mejores plantas de maíz y se percató, con indignación, de que el hombre a caballo no mostraba ninguna intención de evitar la injusta mutilación del fruto de sus esfuerzos.

138 Instintivamente, tomó su machete y, gritando improperios, dio unos pasos para reprender con dureza al jinete, pero al descubrir quién era el hombre se volvió casi con vergüenza. Era el nuevo amo del pueblo, el señor Adolfo Alike Matiauda, quien lo saludó:

—*Mbaeichapa, carai* Bordón.

—Buen día —contestó Bordón, cargando su peso en posición de descanso sobre la azada.

Después se hizo un silencio largo que parecía molestar a los perros. Ellos estaban con las orejas levantadas y los músculos de las piernas en suspenso, como para saltar en cualquier momento sobre el intruso. También el viejo Bordón estaba así, tenso y confuso. No quería admitir que un hombre vulgar se le apareciera como autoridad; aunque ya sabía que con el nuevo gobernante, a don Matiauda le sobaban cualidades para ser jefe político de la zona: ignorancia absoluta, temperamento despótico y fama de cuatrero incorregible.

—La verdad es que no sé cómo empezar —dijo don Adolfo desde el caballo, fingiendo una pesada pena por lo que iba a comunicar.

Hubo otra vez un silencio.

—Y, por el principio —dijo por fin el viejo.

—Tiene razón, aunque a veces es mejor empezar por el medio, así no se está muy lejos ni del comienzo ni del final —dijo don Adolfo y volvió a callarse.

El caballo siguió arrancando los tiernos cogollos.

—Bueno —dijo al fin—, vos sabés que yo también soy pobre y que necesito esta tierra. Ya hace varios meses mandé a avisarte que no la cultives más. La Soledad ahora me pertenece. Tengo el título y no te sirve seguir cultivando porque la voy a mandar alambrazar para el invernadero de mi ganado.

—¿Y se puede saber quién le dio el título? —preguntó Bordón con una risa nerviosa.

—El gobierno —contestó con sequedad don Adolfo.

—¿El gobierno? Pues yo también tengo un título que me dio el gobierno. Mas no se trata de eso. Esta tierra es mía desde antes de nacer. Usted lo sabe mejor que nadie —mientras hablaba, el viejo Bordón recorría con su mirada la superficie reverberante de la sementera.

Como hombre, como ser humano, como dueño de una dignidad natural, jamás se había sentido tan lleno de impotencia.

—Averigüé sobre su título y no está registrado en el Instituto de Bienestar Rural. Seguramente ya prescribió. No sé, pero créame, soy justo con usted. Las mejorías que realizó aquí no valen tanto, pero como mi obligación es pagarle, ya deposité el doble del dinero que me sugirió el Juez de Paz y Justicia. Recuerde que yo sólo quiero la tierra. La casa, con lo que a usted se le ocurra sacar y llevar, lo puede hacer —le dijo don Adolfo, con un tono lleno de generosidad.

EL AIRE QUE EL CIEGO SE IMAGINA

A casi veinte años de la muerte de Agustín sigo sin comprender totalmente las intenciones que tuvo al enviarme su borroso manuscrito. Antes que nada, debo confesar que Agustín y yo éramos conocidos de la infancia, no hasta decir amigos, pero casi. Nos teníamos ese extraño apego que la complicidad genera en los niños. Al caer la noche —éste es uno de los pocos recuerdos que guardo de él—, yo le ayudaba a llevarle sandía a los haraposos guerrilleros que estaban prisioneros en el patio de Don Rodas. Corrían los primeros meses del año sesenta. En aquellos días Chararâ, nuestro pueblo, se encontraba militarizado y sus habitantes estaban condenados a no saber nada del mundo. Allí no llegaban los periódicos y las pocas radios que había fueron confiscadas por los soldados del coronel Colmán. Como yo todavía no me iba a la escuela y era curioso, Agustín era para mí una especie de vidente en un país de ciegos. Él ya había visitado la ciudad y sabía de cosas que yo aún no vislumbraba, me fascinaba conversar con él. Fue así que cuando los militares se retiraron por unos meses, me uní a él con mi armónica para conformar el dúo más exitoso en las veladas de la iglesia. Para mi oído de músico precoz, Agustín tocaba maravillosamente la guitarra, aunque nunca se alejara demasiado de la-re-mi.

Cumplí los 15 años y, al marcharme a la ciudad de Buenos Aires (huyendo de la afiliación al partido colorado y del servicio

militar obligatorio), perdí todo contacto con Agustín, así como lo perdí con todos mis amigos de la infancia. Hasta mi regreso diez años después y pocos días antes de su muerte, no me di cuenta de que lo había olvidado por competo. Recuerdo el día que la madre del ya finado Agustín vino a buscarme en la casa de mi abuela a fin de entregarme el terroso cuaderno. Me quedé tan sorprendido que no supe qué decir. También ella parecía incómoda. “Son cosas incoherentes, el pobre estuvo tan mal”, me dijo y se fue a conversar de gallinas con mi abuela. Cuando hojé el cuaderno encontré en un papel suelto una nota dirigida a mí que decía: “Hermano, ruego que antes de leer, pienses una alegre melodía; no creas que su acento busca alguna compasión”.

142 La primera vez que leí los poemas y anotaciones, seguramente porque no sé mucho de estas cosas, me parecieron algo confusas, pero de ninguna manera incoherentes, como me señalara su madre. A pesar de la falta de anotaciones cronológicas, encontré que contenían elementos reveladores sobre las anécdotas que circulaban en diferentes versiones sobre su persona. Además, reflejaban con fidelidad los acontecimientos locales y hasta nacionales de aquellos días. Pero lo más importante, quizás, fue que al releerlas una y otra vez, sus anotaciones me ayudaron a comprender cómo se desarrollaba la vida de los habitantes en aquella perversa aldea nuestra, cuyos días repletos de nada oscilaban entre un pasado inerte y un futuro incierto. Lo llamativo del caso es que muchas de las historias que la gente vertía sobre el extraño comportamiento y posterior “locura” de mi amigo tenían su punto de figuración en el diálogo que mantenía con un imaginario (o real) pájaro. Sabemos que el alma de un idealista es siempre un pájaro, que con sus alas y pico de cristal procura romper la vana cáscara del mundo material de los hombres vulgares. El monólogo

con su pájaro, que Agustín registró en su diario, refleja a mi entender a un ser humano lleno de nobles sentimientos. Quiero creer que mi amigo eligió la locura personal como medio de no sucumbir a la demencia colectivamente establecida y para rescatarse de la corrupción generalizada. Hoy puedo ver con más claridad porqué a la gente del pueblo le parecían absurdas las palabras de Agustín, y puedo comprender que su mal fue más bien resultado de las incomprensiones de la realidad de un hombre sensible y lúcido que vivió entre las mordazas e ignorancias de una sociedad anómala, irracional y alienada por los vicios de la dictadura vigente en aquel entonces. Agustín nunca fue un loco. Con el inhumano encierro, se cometió con él el más premeditado de los homicidios.

Es difícil establecer los límites de cuándo comenzaron las desventuras de Agustín, ya que para algunos lo que él hacía y decía eran “locuras”, mientras que para otros sólo se trataba de excéntricas de un joven que había andado por la capital. Nadie supo con exactitud la causa de su mal, aunque al parecer su vertical postura anticlerical y antidictatorial llevó al comisario, al juez y al cura del pueblo a afirmar que la causa de su desgracia había sido la lectura de libros sobre magia negra y marxismo. (Un colibrí liba de muchas flores y no por eso le crecen hojas o se vuelve flor.) Según sus padres, nunca se encontró entre sus cosas más que un libro, tan subrayado como deshojado, de Vargas Vila.

En el pueblo circulan cientos de anécdotas sobre las “locuras” de Agustín que hasta hoy se comentan; pero hay una que por razones cronológicas quiero mencionar, ya que al parecer fue la que decidió a sus padres a encerrarlo. Digo “me parece” porque en una de las primeras páginas de su diario menciona indirectamente el incidente. Cuentan en el pueblo que un Domingo de Ramos, Agustín entró a la iglesia, miró a la gente

vestida impecablemente y mientras se dirigía hacia el altar fue desnudándose, provocando la estampida de las mujeres y el primer gran escándalo del pueblo. Transcribo a continuación lo que Agustín escribió en su diario:

144

Temprano madruga la hora de la despedida. Hoy comienzo mi camino hacia el crepúsculo. Se acabó el tiempo de la máscara. Mi camisa ya no me aguanta. Siento que Dios sufre en mi pecho. La conciencia ha superado mi vergüenza. Ahora tengo una piel distinta y aunque mi contorno es más áspero y amargo, una pasión muy dulce canta en todo mi ser. Yo sé que al desvincularse de lo inútil con sueño de gigante dormido, el mundo me mirará hostil y fríamente. Pero seré libre, dueño de mí mismo. No voy a hipotecar por nada las alas que me han crecido. Ni dejaré que los sueños sean refrenados por los inquisidores. Mostraré a Dios quiénes falsificaron su firma.

El 29 de septiembre de 1976 Agustín amaneció muerto. Sus frías manos estaban endurecidas, aferradas a las rejas de hierro de la celda construida especialmente para él en la parte trasera de la casa de sus padres. En su cuaderno había una última inscripción:

Cada árbol sabe que la libertad no consiste en poder marcharse, sino en poder quedarse.

Presentación

A CARGO DE ROCCO CARBONE

buenos**aires**
enero**2009**

*A Manuel CO: que sepa jugarse a los contrafrentes.
Y a Martín Lienhard, que ya se jugó por ellos.*

*Carajo, si no es la sequía es la inundación. Si no son los fusiles, son las leyes.
Polvos, miserias, calor, espinas, plaga, hombres, animales, plantaciones, palabras
y sueño. Todos estamos maldecidos y sitiados, dijo.*

Catalo Bogado

MEMORIAS DE UN PAÍS SITIADO. O EL OLVIDO TAMBIÉN TIENE MEMORIA

A*cercamiento*. El título de esta presentación es una suerte de hipótesis que trata de “sitiar”, con dos sintagmas, la complejidad de *Insurgencias del recuerdo* de Catalo Bogado. Y el epígrafe que lo precede y que deriva del sexto cuento –“Encuentro”–, alude al que se da entre un hombre y una yarará. De algún modo, anticipa este libro, que es el producto de un encuentro: el de Catalo conmigo (sin que aún se sepa quién de los dos funge de yarará). Primera razón. Y la segunda: ese epígrafe explícita de manera tajante una condición existencial del Paraguay. La de ser una isla en el medio de América Latina. De hecho, al hablar de Paraguay suele apelarse a esa extraña categoría de la *mediterraneidad*. Ésta puede definirse no sólo como una cuestión de índole geográfica, sino también y sobre todo como un complejo cultural que de algún modo constituyó la “paraguayidad”. Esto es, un pueblo aislado del resto del mundo. Sitiado, de esto se trata. Máxime a lo largo del período stronista, durante el cual se creó una sociedad “anómala, irracional y alienada por los vicios de la dictadura vigente” (“El aire que el ciego se imagina”: 143). De ese estado de sitio habla el epígrafe. Mediterraneidad que, a través de un encuentro –el mío con Catalo–, se abre al contorno; es así que *Insurgencias del recuerdo* sale de sus fronteras y se publica en la Argentina.

148 *Tríptico*. Ahora bien, para ir entrando en el tema de *Insurgencias del recuerdo*, un tríptico: literatura-historia-memoria. Sea. Un texto literario cuyo afán es el deseo de recuperar la historia (en el sentido de relato histórico) y pretende articular una dimensión plural: de tipo ético, moral y político, en la sincronía. Y digo esto porque en la narrativa de Catalo asistimos a la (re)construcción de la historia por medio de la narrativa. Con *Insurgencias del recuerdo* accedemos a ciertas franjas de la historia del Paraguay a través de los intersticios de una narración que apunta al develamiento de una historia llena de mentiras serviles. Se trata de un texto literario que funciona sobre un entramado histórico. En *Insurgencias del recuerdo* presenciamos una relación dialógica –una intersección, si se quiere– entre literatura e historia. Ambas empeñadas en la misma empresa cognoscitiva. Catalo escribe a partir de la historia que siente y sabe propia, relacionada con su territorio nacional, presentado como una realidad central. Pero pese a esa base histórica el criterio rector al que se atiene es el de producir narrativa. Es así que los ocho relatos que presentamos aquí, son tanto ajenos a la precisión del hecho estrictamente histórico como a su interpretación; y más que como indicación de lo que fue o pudo haber sido, *Insurgencias del recuerdo* puede leerse como alegoría nacional o fábula histórica. Hecho que podemos corroborar en “Memoria de La Soledad”, sin ir más allá. La Soledad, gran metáfora del Paraguay, al comienzo es una “magnífica casa solariega”, “caserón de gruesos adobes” (107), que va convirtiéndose paulatinamente en un páramo, llegando a sostener finalmente el narrador que “esta tierra está maldita” (129). Catalo escribe a partir de la historia no para producir un sustituto de lo real sino para ofrecernos otra manera de leer lo real paraguayo. *Para que la palabra triunfe sobre el olvido en un país donde hay una tendencia manifiesta a perder la memoria*. Para que la

literatura sirva y guarde esa memoria de lo que se esfumó en la conciencia colectiva.

Escribir a partir de la historia, entonces. “Qué hacer con el pasado seguía siendo la dura tarea de su presente y su futuro” (128). Esta frase, por demás gráfica, referida a Blas Vicente Bordón, el protagonista de “Memoria de La Soledad”, es reveladora de todo *Insurgencias del recuerdo*. La menciono porque a través de ella quiero llevar a cabo una operación, la siguiente: insertar este libro en una serie mayor de las letras latinoamericanas. La del cruce entre historia y narrativa.¹ De hecho, este cruce, tal como la disolución de los límites genéricos, aparece en las letras latinoamericanas desde su comienzo con las crónicas de la conquista. Entramados cuya finalidad fue narrar historias verídicas de un mundo ajeno a la conciencia europea, relatadas mediante artificios y alusiones literarias con vistas a volverlo comunicable. Entendible, por ende. Siguiendo arbitrariamente la serie: *Facundo* de Sarmiento posee una tónica similar. Y hablando de literatura paraguaya, Roa Bastos cae de las matas. Su novela mayor relata (*historiza*: mejor que cualquier texto histórico) cómo Gaspar Rodríguez de Francia se convierte en *Yo el Supremo*; texto que revisa una notable porción de la historia del Paraguay. En esta serie sitúo a Catalo Bogado. Porque para formular este tipo de narraciones no hay que recuperar los hechos en sí, sino su memoria. *Una memoria marcada por la historia*. En efecto, tanto la historia como la memoria comparten un mismo “principio”: el pasado. Pero mientras la primera se encarga de reconstruirlo, interpretarlo y narrarlo, la segunda funciona como su reservorio. Precisando: “Mientras la historia aborda el pasado de acuerdo a las exigencias disciplinares, aplicando

1. En este cruce, sigo los postulados de Sosnowski (2000).

procedimientos críticos para intentar explicar, comprender, interpretar, la memoria se vincula con necesidades de legitimar, honrar, condenar” (Bisquert y Lvovich 2008: 7). Y con esto entramos en otra fisura.

150 *Memoria.* A mano alzada: a raíz de largas y repetidas experiencias de violencia dictatoriales, en América Latina el concepto de memoria se ha vuelto central, como reivindicación, para distintas agrupaciones. H.I.J.O.S. en la Argentina. Para no abundar. La Comisión Verdad y Justicia en Paraguay. La Comisión para el Esclarecimiento Histórico en Guatemala. Y un largo etcétera. Dicho esto, antes de hablar acerca de qué tipo de “manipulaciones” narrativas Catalo lleva a cabo con la memoria, considero pertinente preguntarme qué solemos entender por este concepto. Al decir *memoria*, ante todo, nos referimos a la facultad de recordar; como tal, es uno de los articuladores básicos de la existencia humana. Si hablamos de memoria individual aludimos a la facultad de reproducción de los gestos apre(he)ndidos. Y con *gestos* me refiero a una serie integrada por hechos, recuerdos, experiencias, sucesos, conocimientos, habilidades, etc. Ahora bien, “si la facultad de recordar parece eminentemente individual, los contenidos de la memoria individual remiten a otra memoria mayor, colectiva y marcada por la historia y la cultura de la sociedad en que se desenvuelve la vida de un individuo determinado” (Lienhard 2000: 16). Y a la inversa: la memoria colectiva se funda y apoya en una porción significativa de las memorias individuales. Es así que “las operaciones de la memoria tienen dimensiones que trascienden el recuerdo de lo vivido por cada individuo. En general, cada grupo [...] aspira a mantener viva su relación afectiva con aspectos [...] de su pasado. Este tipo de relación es el que permite el establecimiento de relatos sobre un pasado común, que constituyen el sustrato de la identidad

de los grupos. Estos relatos se transmiten y refuerzan a través de distintas prácticas de rememoración o conmemoración, permitiendo establecer lo que se suele denominar memoria colectiva” (Bisquert y Lvovich 2008: 8). De esto descende que con *Insurgencias del recuerdo* presenciamos la memoria individual de Catalo Bogado, cuyos contenidos remiten, recíproca y complementariamente, a la memoria marcada por la historia, la política y la cultura del Paraguay moderno. Desde la Guerra del Chaco hasta Ycuá Bolaños, pongamos. Y ésta es una memoria de índole colectiva en tanto sistema de interrelaciones de memorias individuales (Bastide 1994).

Concretando. Insurgencias del recuerdo recupera y se encarga de relatar una memoria colectiva (algunos de sus fragmentos, mejor dicho) que atañe a sectores subalternos, en el sentido de oprimidos, situados generalmente en el Paraguay rural profundo. Sectores que usualmente no cuentan la Historia, y que no son contados por ella, complementariamente, porque ésta es el reino de los sectores dominantes. En este sentido, la narrativa cataliana contrapuntea la versión dominante de los hechos (que instaura los silencios, los olvidos: la que resguarda y protege los traumas de la memoria) y se propone como discurso contrahegemónico, con un alto grado de denuncia, que enfoca víctimas, perseguidos, asesinados. Con un doble propósito –artístico y político–, el libro que tenemos en las manos procesa fragmentos extraídos de la memoria colectiva paraguaya. Es así que lleva a cabo un trabajo de rescate escritural, donde *rescate* quiere decir conservar, manifestar y recrear formas y contenidos de dichos fragmentos, de los que el mismo Catalo es depositario. De hecho, para que la memoria se exhiba, para que su contenido pueda comunicarse,

necesita de alguna práctica. De una práctica discursiva² o una *performance*, que puede ser danza, conmemoración, música, cuadro, documental... En el caso de Catalo, nuestro actor que recuerda, el contenido de un sector de la memoria colectiva paraguaya se manifiesta por medio de una expresión verbal: la literatura.

Ahora pretendo mirar *Insurgencias del recuerdo* de más cerca, con vistas a esbozar un panorama. Y quiero hacerlo a partir de su hipótesis central, obsesiva y repetida con ahinco: el Paraguay es un país que sufre de olvido. O de amnesia colectiva: “la gente de esta parte de la tierra tiene morbosamente corta la memoria” (“El amor de la memoria”: 124). Cortedad que puede considerarse como producto de los traumas políticos, sociales, históricos que atravesó el país a lo largo de su existencia. Traumas múltiples. Los más evidentes: la dictadura del Dr. Francia que, después de la independencia (1811), se prolongó entre 1814 y 1840, dando vida a una terrible orfandad institucional; el “genocidio americano” provocado por la guerra contra la Triple Alianza (1865-1870) integrada por Argentina, Brasil y Uruguay. Entre 1932 y 1935 el Paraguay vuelve a sufrir los terribles embates de una guerra con la hermana Bolivia por los hallazgos petrolíferos en la zona del Chaco Boreal, cuya explotación estuvo a cargo de la Standard Oil. O, sin ir más allá, el sanguinario régimen dictatorial de Stroessner Alfredo, ese “hombre providencial” que hubiera debido sacar al país del oscuro pozo en el que estaba sumergido a mediados de los años 50 y que, en

152

2. Entiendo “discurso” en la acepción de Lienhard: la “‘práctica discursiva’ remete para qualquer prática, verbal ou não, que permite, no âmbito de um acto de comunicação, transmitir uma mensagem. Neste sentido, não só a fala, como também uma dança, um ritmo de tambor ou um comportamento ritualizado são elementos constitutivos de um ‘discurso’” (2005: 30, nota al pie).

cambio, lo hundió en un cúmulo de infamias, encarcelamientos, deportaciones, desapariciones. Consabido: Stroessner gobernó casi 35 años y no encontró mayores obstáculos para mantener su hegemonía. Barrió con toda organización que no estuviera de acuerdo con el régimen. Y si bien “toleró” algunas pequeñas componendas con sectores opositores, no tuvo inconvenientes para controlar las aisladas (*y heroicas*) manifestaciones populares que carecían de una formación sólida como para enfrentar al aparato estatal. Traumas históricos, entonces, a raíz de los cuales, conjeturo, la sociedad paraguaya perdió núcleos importantes de su memoria colectiva, extraviando –acaso– la capacidad de orientarse en sus sucesivos presentes históricos anteriores al esperanzador gobierno de Lugo. De hecho, “la memoria colectiva de una sociedad o de un grupo social ofrece instrumentos y pautas para la interpretación del pasado, la percepción del presente y la proyección del futuro” (Lienhard 2000: 13).

Para ir aguzando el punto de mira, quiero agregar que la literatura de Catalo responde a una doble articulación. Recordar, por el derecho: no cabe duda. Y denunciar, por el revés. Para que no se pierdan ciertos hechos crispados (traumas) que integran de lleno la memoria colectiva paraguaya. En este sentido, es posible tildar *Insurgencias del recuerdo* como literatura de protesta. Esto es, de estridente nota acusatoria. Denuncialista, si se quiere, porque uno de sus fines es recuperar –denunciando– la memoria de hechos sombríos de la historia del Paraguay que cayeron en el olvido colectivo. Y lo hace teniendo presente que “hay memorias que sólo son catálogos de ruinas” (“El amor de la memoria”: 61). En efecto, Catalo sostiene que Paraguay es: “un pueblo muy desmemoriado. Un par de años después, pocos son los que guardan memoria de las cosas que sucedieron aquel 1° de agosto de 2004. Pues las telenovelas, los mundiales

de fútbol y las llamas de tantas otras basuras [...] las fueron borrando *del cielo de los recuerdos*, como se *borró* aquella inmensa humareda negra del fatal incendio que enlutó el hogar de miles de familias paraguayas y el del personaje cuya historia les vengo refiriendo” (“Crónica de un sobreviviente del Ycuá Bolaños”: 20). Este extracto de Catalo recupera el recuerdo relativo al *shopping* Ycuá Bolaños, ubicado en el barrio Trinidad de Asunción, que en 2004 se incendió. Al momento del accidente, los guardias de seguridad cerraron las puertas del complejo comercial para evitar que la gente que se encontraba en su interior se llevara productos sin pagarlos. Resultado: 396 personas murieron (la mitad de ellos eran niños) y 500 resultaron heridas. La literatura, entonces, al tiempo que lo denuncia, se sobrepone al olvido: “perdóneme que insista; no puedo resignarme a creer que usted no sepa nada sobre él. [...] Por eso me extraña mucho que usted me diga que no ha escuchado nada” (ibíd.). E insiste enfática en subrayar los hechos triviales y cotidianos, pero también aquellos memorables, para que alguien como *Bolaños jary’i* (“el fantasma de Bolaños”, un personaje que en el incendio pierde a su familia) no sea considerado un mero ser inmaterial, “complemento grotesco del paisaje de la Asunción moderna” (21). La literatura recupera, y pretende reinstalar en la memoria colectiva, “el oscuro velo de los recuerdos” (ibíd.). La literatura de Catalo recuerda hechos que la memoria colectiva prefiere silenciar –y por ende los denuncia–, al tiempo que se solidariza con lo narrado. En efecto, estamos frente a una literatura solidaria. Para no abundar, el narrador de “Crónica de un sobreviviente del Ycuá Bolaños” –al asistir a la rutina posincendio de Tobías Bordón (el *Bolaños jary’i*), que consiste en llenar baldes de agua con vistas a apagar un fuego imaginario– se acerca “corporalmente” a su personaje y le secretea (en una oralidad netamente latinoamericana,

mediante una lengua de resistencia —el guaraní—, código ubicado en los bordes de la cultura dominante estipulada por el “castellano amanerado” de la ciudad): “¡*Jabake, jabake pye’e ñambogue!* ¡*Èku’èke pye’e!* (¡Vamos, vamos rápido a apagar! ¡Muévase rápido, corra!)” (24). Y después de haber apagado el incendio virtual: “¡*Oguema, ñamboguepama, kova ke tata na bendyveima mba’ëveicha veró, chamigo!* (¡Está apagado, ya apagamos, este fuego ya no tiene ninguna posibilidad de volver a prender ninguna llama, mi amigo!)” (25). Solidaridad hacia un marginado, que se exhibe por medio de la utilización de una lengua marginada. A través de la narración, ambos llegan a ocupar el centro del escenario.

Nos vamos entendiendo, me sospecho. Se trata de una literatura que denuncia, llena los vacíos del olvido y se solidariza con lo que recupera. *Insurgencias del recuerdo* no establece complicidad alguna con las “ratas del silencio” (“La clausura”: 13): olvidos de la memoria histórica de su país, historia de violencias, de exilios, torturas y ejércitos. Ratas de las que fueron cómplices, durante décadas, los ecos del olvido. En frases sobrias, escurridizas y aparentemente casuales aparecen, entonces, *los puentes* construidos con “tanto sacrificio y muerte” por los bolivianos prisioneros de la Guerra del Chaco. Una voz contemporánea recupera la memoria de la segunda gran guerra que dejó al Paraguay de rodillas a lo largo de cinco años para registrar las devastaciones que produjo. Guerra que aparece, con la fuerza de una manía, cuando se relata la historia de Galeano Tavy, un campesino sin tierra como los que llenan hoy en día las fronteras del Paraguay de Lugo en los departamentos del Alto Paraná, Caazapá, Kanindeyú, San Pedro, Caaguazú, Concepción. Galeano, como todos los protagonistas de Catalo, es un *tipo*, en el sentido de que sus características individuales se sacrifican para condensar aquéllas de un grupo. Se trata de un campesino paupérrimo, asentado en un ranchito situado

156 en un escenario de pobreza. Legítimo propietario de ese lugar desde siempre porque hasta “mi bisabuelo, [...] en este lugar nació” (“Galeano Tavy”: 38); porque fueron sus ancestros quienes rompieran la virginidad y fecundaran esa tierra cruel “con sudores y sangre” (40). Bien, su única querencia, con la anuencia de un gobierno corrupto, es confiscada por un *dueño de la tierra* (sintagma íntimo en las letras latinoamericanas gracias a la novela de Viñas),³ que llega a caballo para informarle que usurpará sus bienes. Galeano protesta: “no se puede arrancar a un hombre de su tierra como si fuera un yuyo. ¿Qué haré sin estas tierras? ¿Adónde iré? Ya soy viejo, no conozco otro lugar” (39). Y efectivamente es así, la narración da pruebas. No conoce otro lugar ni otro lugar lo conoce a él, salvo “el Chaco donde luché tres años sin preguntar jamás de quiénes eran las tierras” (ibíd.). Se nos aparece, así, otra tragedia: la de los campesinos desalojados, corridos a la fuerza de su lugar de origen. Y es aquí, una vez más, que con la prepotencia de toda denuncia, la literatura se hace cargo de narrar la historia de un sujeto colectivo que, como tal, resume la historia de todo un pueblo. Y lo hace cuando a Galeano se le agota la capacidad –de por sí módica– de protestar. De hecho, si bien desea gritar en contra del *don*, “seguir discutiendo, [...] las palabras ya habían huido de su boca seca” (40). La literatura de Catalo presta su voz a Galeano (donde el préstamo es un volver a conceder). Y, en la sincronía, lo recupera para la memoria colectiva cuando su presencia ya no llama “la atención de nadie” (43), ya que los años “le fueron borrando de la conciencia” (ibíd.). En su afán de narrar,

3. A Blas Vicente Bordón le sucede lo mismo (lo dicho: los personajes de Catalo funcionan como *tipos*). En su caso, quien busca desalojarlo es *don* Matiauda, a quien “le sobraban cualidades para ser jefe político de la zona: ignorancia absoluta, temperamento despótico y fama de cuatroiro incorregible” (“Memoria de La Soledad”: 138).

de recuperar la historia y otorgarle su verdadero nombre a las cosas enfocadas, esa literatura se impone con tanta insistencia, con tamaña prepotencia, que a pesar de que en la zona “nadie tiene clara memoria de su nombre” (ibíd.), la narración termina evidenciando que el nombre de nuestro personaje no es ni Galeano, ni Tavy, ni Galí, sino Saturnino. Una narración jadeante desafía la historia, el vacío de memoria imperante en el Paraguay, y recupera el nombre de las cosas tal como debería ser. Como fue. Y lo hace porque Catalo responde a ese postulado de Idries Shah que recita: “Todo relato, imaginario o no, presta su luz a la verdad” (45).

Insurgencias del recuerdo retrata una realidad por demás crispada. Tan saturadamente crispada que *casi* no ofrece vías de escape.⁴ Ni siquiera con los sueños. En efecto, los personajes de Catalo –memoriosos, recuerdan muchas veces fechas puntuales y concretas, además antagónico a la desmemoria imperante en el país– son “soñadores”. No en el sentido de “románticos”, sino porque sueñan con frecuencia. Los suyos, sin embargo, no son sueños escapistas. Digo, estos podrían permitir que los personajes se ausentaran, momentáneamente, de un mundo de pobreza, de violencia a nivel familiar (de los hombres respecto de las mujeres) y nacional, de temor, de “terrible miedo al sistema de gobierno imperante” (“El amor de la memoria”: 57). Por medio de sus sueños los distintos personajes podrían marcar una fractura con lo que son, con lo que les acontece y con su ubicación social. Esto es, podrían servirles a los soñadores para oponerse de manera flagrante a su mundo. Pero no. Los suyos son sueños que no los remiten a aventuras maravillosas, ni les conceden la posibilidad de apartarse de lo cotidiano, sino que de

4. Digo *casi* porque, como veremos más adelante, la presencia de la tupida naturaleza del Paraguay campesino funciona como línea de fuga, tanto para los personajes como para el lector.

algún modo lo anticipan. O lo ratifican. No se trata de sueños escapistas sino premonitorios. Anticipan lo que pasará en la realidad narrativa y la confirman en sus pliegues más horripilantes. De hecho, antes de que el *don* dueño de la tierra llegue con su caballo para informarle a Galeano que debe abandonar la tierra de sus ancestros, éste tiene un sueño que es más bien una pesadilla anticipatoria. Sueño cuya función no es de *Ersatz* (sustitución, reemplazo o compensación), sino que confirma las reglas del universo del discurso de Catalo. No impugna lo abyecto de la realidad narrada, sino que la reafirma corroborándola. Como en el caso de José Ignacio: “Sus pesadillas más horribles ahora estaban mezcladas irremediablemente con su mundo real” (“El amor de la memoria”: 77).

158

Realidad dramática, la del Paraguay retratado por *Insurgencias del recuerdo*, poblada de traumas e integrante de un ciclo mayor propiamente latinoamericano. Una pródiga constante —¡ay!— en la historia del subcontinente. *Ciclo de las barbaridades*: se hamaca sin descanso entre puntas tan antagónicas como agónicas: rebeldía y represión. Ciclo que implica migraciones forzadas, ostracismos, exilios interiores y exteriores, desgarramientos, desarraigados, subversiones, torturados y torturadores, ejércitos y desaparecidos. Ciclo que influye en las modalidades y las características de la producción literaria latinoamericana: “allí nos tuvieron por seis meses incomunicados. Bajo ningún cargo formal, excepto el de subversivos [...]. ¿Ves estas cicatrices? Y tengo otras que no me atrevo mostrar a nadie” (“La escuela”: 11), así estrena Catalo su libro. Y sigue: “el militar desprendió la camisa haraposa del rebelde y [...] abrió con su cuchillo el vientre del interrogado. [...] Sáquenle la lengua ya que no la quiere usar. Pero primero vamos a ver los huevos que carga éste que se cree tan macho” (“El amor de la memoria”: 76). Va de zambra: de dictaduras

hablo. Y en nuestro caso específico, de la dictadura stronista, que en el marco de *Insurgencias del recuerdo* se exhibe a través de un microlugar: una pequeña aldea guaireña ubicada al pie del cerro Ybytyruzú, llamada Chararâ (hoy Eugenio A. Garay). Lugar que en el marco del libro aparece como sinónimo de *barbaridad*, centro de operaciones antisubversivas, y que puede considerarse como una gran metáfora del Paraguay.

La dictadura stronista, a la cual Catalo refiere de manera más bien oblicua, es recordada y denunciada a través de los nombres del tenebroso coronel Patricio Colmán y de su mano derecha, el comisario Irrazábal. Nuevamente, dos *tipos*, ya que condensan las características de toda una corporación: con su despotismo, corrupción, desprecio por lo popular, disfrute de la esclavitud del otro, negación de toda práctica democrática y un consabido y largo etcétera. Militares que durante el stronismo se volvieron “naturales del Paraguay”. Una porción significativa de la población se acostumbró tanto a ellos y a sus desmanes que en las grandes concentraciones tributaba públicos agradecimientos a sus verdugos. Y hasta se autodegradaba haciéndose cómplice de sus asesinos. Gracias a la milicada “la gente ha perdido el natural instinto de la libertad” (“El amor de la memoria”: 50). Colmán e Irrazábal, entonces. Entre el 59 y el 60 instalan en Chararâ un campamento militar para reprimir al Movimiento “14 de Mayo”, que pretendía derrocar a la dictadura encabezada por Stroessner. En aquella época se cometen todo tipo de abusos contra los campesinos; los insurgentes son torturados, lanzados desde aviones, degollados o tirados a los chanchos. En el extracto siguiente asistimos a la descripción de unos cuerpos que de tan torturados adquieren la forma del agua. Unos militares los bajan de un avión, con un odio desmedido, sentimiento que va más allá del *dar la muerte al otro*: “Como si fueran unas

160 cosas líquidas, empezaron a chorrear hacia afuera unos cuerpos cubiertos con hilos de sangre y babas. El aire se puso pestilente. [...] hombres podridos que chorreaban del interior de la avioneta y que, sin embargo, parecían sólo generar en los verdugos [...] un frenético deseo de acabar con ellos; [...] desaparecerlos, evaporarlos hasta dejarlos hechos una nada” (“El amor de la memoria”: 88). Si la tónica de la dictadura stronista –como la de las demás dictaduras latinoamericanas– es la violencia sin medias tintas, el salvajismo a ultranza, la literatura de Catalo la denuncia y apunta su artillería contra quienes la avalaron con su silencio, su condescendencia y falta de rebeldía: la población de Charará, a la que pone en el centro de su foco. Nos la muestra arrodillada frente a dioses paganos, la perspectiva que enfatiza la verticalización de la violencia. El torturador, en la parte alta del cuadro. Arriba: ubicación propia de las rabiosas estatuas de la Iglesia católica, símbolos mudos de una violenta colonización. Abajo: arrodillados, los oprimidos, autodegradados por y con sus propias sonrisas.

Frente a esta realidad dramática no parece haber evasión posible. O escape. Pero a este páramo sombrío la literatura denunciante de Catalo opone, con ademán gentil, un espacio otro. Se trata del paisaje bucólico, silvestre: la naturaleza tupida del Paraguay campesino. Su cromatismo de colores –el intenso rojo pastel de la tierra, verde tereré los árboles– contrapuntea enfático y estridente el escenario de muerte impuesto por el stronismo. Aparece el elemento vegetal: una naturaleza humanizada, un árbol que “vanidosamente coqueteaba adornando sus ramas con loros, papagayos y lagartijas de colores” (“El amor de la memoria”: 61). Frente a la absurda negatividad de la dictadura, el paisaje es relatado y percibido positivamente. Escenario natural y humanizado, lugar de la serenidad, que funciona como

la negación del otro espacio, dramático, en donde transita la milicada con fusiles, jeeps, violencias. Este escenario natural es un espacio de la niñez. De hecho, llega a nosotros por medio de una voz materna —la de una guerrillera muerta— que le relata una historia a su hijo José Ignacio. Espacio de la niñez, y en la sincronía, espacio de la intimidad. Contrapunto de la dictadura —*topos* de la miseria, el despotismo, la falsedad, la crueldad y la corrupción—, donde todo es arbitrario y en el que sólo impera un ademán compartido: la esclavitud que remite a la pérdida del “natural instinto de la libertad”, surge ese lugar compensatorio. A la perversidad de la dictadura, máximo ademán de la mayor degradación humana (de ambos lados; de uno: el del verdugo; *y del otro: el del permisivo silente*), se opone este lugar que implica, también y sobre todo, la activación de la palabra materna. De lo más prístino y despojado de toda degeneración. Palabra que se encarga de habilitar la salida, o el alejamiento, si bien momentáneo, del universo dictatorial. Apelar a un paisaje natural, campestre, esplendoroso, sirve para contrastar la opresiva visión de la dictadura. En este sentido, Catalo transforma una radical oposición dialéctica propia de las letras latinoamericanas (la que opone los conceptos de civilización y barbarie), que se exhibe en —su reducción operativa— la dicotomía ciudad-campo. Y la altera otorgando al campo y su elemento natural distintivos enfáticamente positivos.

Concluyendo. De esta mirada a vuelo de pájaro desciende que la espantada memoria del Paraguay de Catalo Bogado nos hace revivir esa frase reveladora según la cual la historia no soporta el vacío. O se avanza o se retrocede. Y la literatura que presenta *Insurgencias del recuerdo* avanza, en un “Dale que va”, bella y activa. En la revuelta. Porque la (re)construcción de la historia, dentro de la libertad otorgada por la literatura, es un hecho

contestatorio, que debe medirse con otras versiones y tradiciones latinoamericanas, a menudo integrantes de la historia oficial y su “versión autorizada”. Predominante y hegemónica: una inflexión más del olvido.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

BASTIDE, Roger (julio-diciembre de 1994), “Mémoire collective et sociologie du bricolage”, *Bastidiana*, n° 7-8, pp. 209-242.

162 BISQUERT, Jaquelina y LVOVICH, Daniel (2008), *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional/Universidad Nacional de General Sarmiento.

LIENHARD, Martin (coord.) (2000), *La memoria popular y sus transformaciones / A memória popular e as suas transformações. América Latina y/e países luso-africanos*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert.

LIENHARD, Martin (2005), *O Mar e o Mato. Histórias da Escravidão*, Luanda, Kilombelombe.

SOSNOWSKI, Saúl (2000), “Il romanzo totale e la riscrittura della storia”, *Storia della civiltà letteraria ispanoamericana*, PUCCINI, Dario y YURKIEVICH, Saúl (dirs.), Torino, UTET, pp. 534-557.